

La querrela de las mujeres en las paradojas
de Ortensio Lando



Edición crítica y traducción de
Estela González de Sande

Colección
MenForWomen. Voces Masculinas
en la Querella de las Mujeres

Vicente González Martín
Mercedes Arriaga Flórez
Daniele Cerrato

Directores
Comité Científico

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia
Javier Gutiérrez Carou, Universidad de Santiago de Compostela
Irena Prosenč, Universidad de Lubiana
Mirella Marotta, Universidad Complutense de Madrid
Barbara Meazzi, Universidad de Côte Azur, Francia
Alessandro Ferraro, Universidad de Génova
Marcelo Pereira Lima, Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil
Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina
Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut, USA
Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile
Monica Farnetti, Universidad de Sassari
Matteo Re, Universidad Rey Juan Carlos de Madrid
Roberto Trovato, Universidad de Génova
Ellen Patat, Universidad de Estambul, Turquía
Julia Benavent, Universidad de Valencia
Daniela de Liso, Universidad Federico II de Nápoles
Matteo Lefevre, Universidad de Universidad de Roma "Tor Vergata"
Raquel Gutiérrez Sebastián, Universidad de Cantabria

Estela González de Sande (ed.)

LA QUERRELLA DE LAS MUJERES EN LAS PARADOJAS

Ortensio Lando

Dykinson, S.L.

2024

La Querella de las mujeres en las paradojas de Ortensio Lando

Estela González de Sande (Ed.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto I+D del MINECO
“Menforwomen. Voces masculinas en la Querella de las Mujeres”.

Proyecto PID2019-104004GB-I00 de investigación financiado por:



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L. El presente volumen cuenta con el VB del Comité Científico de la Colección y ha sido sometido a evaluación por pares doble ciego.

© De la introducción, de la edición crítica bilingüe y traducción: Estela González de Sande

© Del texto: Ortensio Lando

© De la presente edición: Dykinson S.L.

© Diseño portada: Belén Abad de los Santos
1º edición: 2024

Editorial Dykinson S. L.
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España
Internet: <https://www.dykinson.com/>
E-mail: info@dykinson.com

ISBN: 978-84-1170-951-4

LA QUERRELLA DE LAS MUJERES EN LAS
PARADOJAS DE ORTENSIO LANDO

Con una selección de paradojas traducidas al
castellano

Ortensio LANDO

EDICIÓN, ESTUDIO CRÍTICO BILINGÜE Y TRADUCCIÓN
ESTELA GONZÁLEZ DE SANDE

SOBRE LA AUTORA

Estela González de Sande es doctora por la Universidad de Salamanca y profesora Titular del área de Filología Italiana de la Universidad de Oviedo. Entre sus líneas de investigación destaca la literatura italiana moderna y contemporánea con especial atención a la producción de las escritoras. Es autora de numerosos artículos y libros entre los que destaca *Tradicción y modernidad en la narrativa de Raffaele Nigro* (Lanciano, 2006), *Leonardo Sciascia e la cultura spagnola* (Catania, 2009), *Poetas cortesanas en la Querella de las Mujeres* (Sevilla, 2013) y editora de diferentes volúmenes colectivos, entre ellos, *Las revolucionarias. Literatura e insumisión femenina* (Sevilla, 2009), *Las relaciones italo-españolas: traducción, lengua y literatura* (Sevilla, 2013), *Boccaccio e le donne* (Roma, 2014) o *Interconexiones: Estudios comparativos de literatura, lengua y cultura italianas* (Madrid, 2021).

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN CRÍTICA

ORTENSIO LANDO Y SUS PARADOJAS	7
1. Ortensio Lando.....	8
2. <i>Paradossi, cioè sententie fuori del comun parere</i>	11
2.1. Ediciones y aspectos formales	13
2.2. Estructura y contenido	17
2.3. La confutación de los <i>Paradossi</i>	21
3. La traducción española de las <i>Paradojas</i>	23
4. Ortensio Lando en la Querrela de las mujeres	26
5. La defensa de las mujeres en <i>I paradossi</i>	42
6. Referencias bibliográficas.....	57
7. Bibliografía de Ortensio Lando.....	61

OBRA

PARADOJAS, O SEA SENTENCIAS FUERA DEL COMÚN PARECER	69
Paradoja VIII.....	71
Paradoja XI	75
Paradoja XXI	80
Paradoja XXV	85
Paradoja XXIX	94
PARADOSSI, CIOÈ SENTETIE FUORI DEL COMUN PARERE	101
Paradosso VIII	103
Paradosso XI	107
Paradosso XXI	112
Paradosso XXV	117
Paradosso XXIX	125

ORTENSIO LANDO Y SUS PARADOJAS

Estela GONZÁLEZ DE SANDE
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

Este libro es fruto de las investigaciones llevadas a cabo en el marco del proyecto de I+D+i “Men for Women. Voces masculinas en la Querella de las Mujeres”¹, que versa sobre la contribución y participación de los hombres en la *Querelle* en Italia, a lo largo de cinco siglos, del XIII al XVII.

Ortensio Lando es una de esas voces, un humanista de inmensa erudición, escritor polígrafo, que participó activamente en el debate sobre la supuesta inferioridad femenina que permeó en el panorama literario, político y social del Renacimiento europeo.

La crítica se ha ocupado ampliamente de la figura y la obra de este escritor, dando origen a un excelso repertorio de estudios sobre su vida, la autoría de sus textos, el comentario de sus obras, su fortuna dentro y fuera de Italia, los intertextos y fuentes literarias, la censura, su estilo o su pensamiento. Sin embargo, el tema de las mujeres, tan recurrente e importante en la obra de Lando, se ha descuidado y son muy pocos los críticos que afrontan este argumento. Así pues, esta investigación, con la relectura de su obra en clave femenina, contribuye a colmar ciertas lagunas aún existentes en lo que a su producción se refiere.

Por otra parte, da a conocer su libro más notorio, a saber, los *Paradossi*, presentando una traducción al castellano de aquellas paradojas en las que se aprecia la aportación de Lando a la Querella de las Mujeres. Se trata de una selección de cinco paradojas, tres de ellas inéditas en España. El objetivo es acercar esta obra al público español, evidenciando el pensamiento filógino de este autor, aún desconocido en nuestro país. Sus textos, además, ofrecen un precioso catálogo de mujeres

¹ Men for Women. Voces masculinas en la Querella de las Mujeres en Italia. Ref.: PID2019-104004GB-I00. Plan Estatal 2017-2020 (Generación Conocimiento). Página web: <https://menforwomen.es/es>

excepcionales de todos los tiempos, esencial para la reescritura de la historia de hombre y mujeres.

Lando formó parte de esa pléyade de literatos que en el siglo XVI se armaron de su pluma para ennoblecer al “gentil sexo”, en una época fértil de literatas, artistas y mecenas, con las que compartía pensamientos, aficiones e ingenio. Se enfrentará, pues, a muchos de sus coetáneos, a aquellos que tildará de calumniadores y adversarios de las mujeres, a aquellos que denigraban el sexo femenino y que pretendían perpetuar su condición de inferioridad. Sus escritos son un testimonio de las voces disidentes, de los que no solo rechazaron esa inferioridad, sino que proclamaron, en muchos casos, su superioridad moral e intelectual.

1. ORTENSIO LANDO

Milanés, nacido en la primera década del siglo XVI², cuya vida subyace en muchos de sus escritos, siendo la fuente esencial de los primeros biógrafos para la reconstrucción de su itinerario vital. En palabras de Bongi: “Il principal monumento che oggi rimanga della sua vita è nelle scritture di lui, nelle quali sparsamente ha lasciato memorie di sé” (Bongi, 1851: VII). Los datos que ofrece, sin embargo, no son suficientes ni siempre fidedignos, ya que, como advierte Sanesi “vi si trovano alcune notizie evidentemente, o probabilmente, inventate; altre contraddittorie fra loro” (Sanesi, 1893: 5). No obstante, diferentes estudiosos han podido constatar la información más significativa de su biografía³.

No cabe duda de que fue un hombre polifacético, soldado en sus años de juventud (Bongi, 1851: VIII), eclesiástico, estudiante de Medicina y Teología en la Universidad de Bolonia, maestro de

² La crítica no ha podido determinar una fecha exacta de nacimiento, pero sí un intervalo probable entre 1500 y 1512.

³ Para una biografía en español, se señalan los trabajos de Jalón (2015: 148-150) y González (2024: 16-23). En italiano, se proponen, entre otros, los estudios de Fahy (1965), Seidel Menchi (1994) y la entrada del *Dizionario Biografico degli italiani* (vol. 63, 2004), realizada por Adorni Braccesi y Ragagli.

latín, hombre de la corte, literato, crítico y traductor. También fue un escritor errabundo, que vivió en distintas ciudades de Italia y de Europa, entre ellas, Milán, Padua, Génova, Siena, Pavía, Bolonia, Venecia, Florencia, Ferrara, Brescia, Lucca, Trento y Nápoles. Fuera de Italia hay constancia de su permanencia en Lyon, Estrasburgo, Basilea y Zúrich.

Se sabe que hasta 1534 perteneció a la Orden de los Agustinos, año en que, presumiblemente, la abandonó⁴. A partir de entonces, su vida está marcada por el peregrinaje, el cultivo de las letras, la búsqueda de mecenas y protectores, y la participación activa en los cenáculos intelectuales y culturales de la época, especialmente, filoprotestantes y reformadores. Se embebió de las ideas de Lutero y de Erasmo de Rotterdam, motivo por el cual fue perseguido por las autoridades eclesiásticas, teniendo que alejarse de Italia en distintas ocasiones. Una de ellas quedó reflejada en la misiva enviada a Joachim Vadian, en mayo de 1543, donde Lando afirma su luteranismo y confirma la persecución por parte de la Iglesia católica:

Sono milanese, mi chiamo Ortensio Lando, medico. Avendo tradotto in italiano molti scritti di Lutero per promuovere la causa evangelica, sono stato costretto a cambiare aria per sottrarmi alla calamità che il santissimo papa mi aveva preparato [...] Per questo sono venuto a Coira (En Grendler, 1969: 24).

De Coira (Suiza) se trasladó a Lyon, donde podía gozar de mayor protección y, sobre todo, tenía la posibilidad de trabajar. De hecho, sus dedicatorias de los *Paradossi* están firmados en Lyon, en el año 1543.

En 1540 ingresó en la Accademia degli Elevati de Ferrara, con el sobrenombre “il Tranquillo” y en 1545 en la Accademia

⁴ Está documentado su ingreso en 1523 en un convento agustino con el sobrenombre de Geremia (Adorni Braccesi y Ragagli, 2004) y los años de vida monástica en diferentes conventos de Padua y de Boloña. En 1533 Seidel Menchi lo sitúa en el convento de San Agustín de Pavía (Seidel Menchi, 1994: 316). En esta provincia lombarda muchos hermanos de la congregación de San Agustín, con los que Lando tuvo relación, eran proclives a la Reforma, como Giulio Della Rovere y Ambrogio Cavalli (Adorni Braccesi y Ragagli, 2004). En 1534 hay testimonios de su exilio a Lyon, tras ser acusado de apóstata.

Ortolana de Piacenza, donde se concentraban lectores y traductores de Cornelio Agripa de Nettesheim, como Ludovico Domenichi, Giuseppe Betussi y Anton Francesco Doni (Adorni Braccesi y Ragagli, 2004).

Por lo que respecta a su producción, fue uno de los escritores más prolíficos del Humanismo renacentista, con obras de muy diversa índole, tanto en latín como en romance, y una enorme variedad de géneros, siendo autor de novelas, tratados, epístolas, diálogos, sermones, consolaciones, composiciones fúnebres o paradojas.

Fue, además, un autor controvertido y polémico, “tan seguido como perseguido, tan estimado como repudiado” (González, 2024: 23), que gozó del mecenazgo de figuras relevantes como Lucrezia Gonzaga, por la que nuestro autor sintió una verdadera admiración, dejando huella de su estima en numerosos textos.

Su exordio tiene lugar en 1530 con la obra *Dominicanae precationis*, escrita en latín y publicada en Lyon en la imprenta de Gryphe. A esta le seguirá, en 1534, sus diálogos latinos *Cicero relegatus* y *Cicero revocatus*, también en Lyon y con el mismo editor. Diálogos que anticipan el estilo que caracterizará toda la producción landiana: contradictoria, paródica, heterodoxa y ecléctica.

El carácter subversivo y herético de muchos de sus textos hizo que su obra y su persona fueran censurados y perseguidos por la Inquisición dentro y fuera de Italia. Si bien sus libros no fueron firmados con su nombre, sino con numerosos pseudónimos⁵, su particular modo de escribir, así como la repetición de algunos *nom de plume*, los hacían fácilmente reconocibles. Entre sus pseudónimos destaca el elegido en la Academia ferraresa, “Tranquillo” o “Tranquillus”, pero firmará también como “Hieremias” o “Gieremia”, nombre adoptado en la Orden de los Agustinos. A estos nombres de pluma se suman otros, además de las obras que publicó anónimas o con la firma de coetáneos, dejando, habitualmente, algún rastro de la autoría en el interior de

⁵ El enmascaramiento del autor a través de pseudónimos se debe a su condición de “Agustinianae professionis desertor” y “excullatus ille transfuga”, como lo definió Sixto de Siena en su *Bibliotheca Sancta* (Rozzo, 2011: 183).

ellas, ya fuera por menciones expresas de acontecimientos de su vida o por su peculiar oratoria.

De lo que no cabe duda es de que fue un autor “a la moda”, de enorme popularidad y éxito, que se involucró en las cuestiones más candentes de su tiempo, con espíritu crítico y actitud mordaz, participó en la Querrela de las Mujeres, en la reforma protestante, en la revisión del canon literario y, en definitiva, en todos los asuntos que inquietaron a los intelectuales de su siglo. En palabras de Serena Pezzini:

Dove si trovano i nodi centrali dell'inquietudine del secolo, là lui c'è: il ciceronianesimo, il messaggio di Erasmo, il fermento religioso, l'utopia moriana, la *querelle des femmes*. Non solo c'è, mas empre nello stesso modo, con lo stesso atteggiamento: la dispersione centrifuga dell'”opinione”; l'ammissione di una regola, di un valore, e subito dopo l'affermazione del contrario con la stessa veemenza (Pezzini, 2002: 68).

Una descripción de su escritura que entronca con la ofrecida por Giambattista Corniani, crítico que ya en el siglo XIX señaló el carácter contradictorio y anticonvencional de Lando: “Or fu censore, or apologista di Cicerone; pubblicò opere sue facendone onore ad altri; vituperò molti e se stesso ancora, dipingendosi deforme di corpo e di spirito” (Corniani, 1855: 54).

A Lando se le atribuyen más de treinta libros, publicados en un arco de tiempo de aproximadamente dos décadas, desde 1530 hasta 1553⁶. En todos ellos podemos apreciar el perspicaz ingenio, la enorme erudición, el sentido paródico y el “mal del siglo” que definió a este autor.

2. *PARADOSSI, CIOÈ SENTENTIE FUORI DEL COMUN PARERE*

Ortensio Lando fue el precursor de la paradoja en lengua vulgar. Este género fue el que mayor celebridad le procuró dentro y fuera de Italia, siendo su libro de *Paradossi* largamente

⁶ En apéndice a las referencias bibliográficas se presenta una bibliografía completa y actualizada del escritor.

difundido, reeditado y comentado; traspasando muy pronto las fronteras nacionales con traducciones al castellano (1552), al francés (1553) y al inglés (1593). Su inclusión en el Índice inquisitorial en 1554⁷ no impidió su enorme éxito ni truncó el desarrollo de este género en Europa, que fue cultivado por autores como John Donne, Marie de Romieu o Francisco Sánchez de las Brozas. Es por ello que el corpus crítico del autor se centra, en gran medida, en el estudio de las paradojas, en su repercusión y en su transcendencia en el panorama cultural, histórico y social.

Lando, hombre de inmensa erudición y gran conocedor de la filosofía y de la tradición grecolatina, se sirve de la paradoja empleada por autores como Cicerón, para exponer una serie de argumentos “fuera del parecer común”, distorsionando y alterando los arquetipos ciceronianos, tales como que la belleza es un bien o que la sabiduría es necesaria para vencer la locura, e insinuando que “los asertos antiguos, incluyendo los evangélicos, traslucían siempre sus razonamientos opuestos” (Jalón, 2015: 11). Así, ofrece al lector una visión moderna de diferentes preceptos, muchos de ellos ya presentes en los diálogos del *De remediis utriusque fortunae* de Petrarca, componiendo treinta paradojas, algunas de ellas con contenidos muy similares, a veces idénticos, a los de la obra petrarquesca, pero revisados y dispuestos en clave moderna.

Su narración sigue siempre el mismo patrón: presenta dos conceptos opuestos y, a continuación, argumenta por qué uno es mejor que el otro. Para ello, recurre a numerosos ejemplos, extraídos de diversas fuentes, entre ellas las Sagradas Escrituras, los filósofos de la Antigüedad, autores clásicos griegos y latinos, los escritores del *Trecento* o sus propios contemporáneos, todo ello con el propósito de testimoniar y corroborar sus “disparatadas” afirmaciones.

⁷ Previamente, en 1544, los “Esecutori contro la Bestemmia” ya habían emitido una sentencia para la confiscación de los *Paradossi*, por haber sido impresos sin licencia. Sin embargo, en el Índice de libros prohibidos de Venecia de 1554 se prohibirán todas las obras de “Hortensius Tranquillus” (Lazcano, 2008: 252 y González, 2023: 104). En 1559 el Índice de Roma prohíbe todas las obras del autor y el Índice de Valdés condena la traducción al castellano de sus paradojas, tituladas *Paradoxas o sentencias fuera del común parecer*.

2.1. EDICIONES Y ASPECTOS FORMALES

Los *Paradossi* se publican por primera vez en Lyon en 1543, en la imprenta de Giovanni Pullon da Trino, con el título, en lengua vulgar, *Paradossi cioè sententie fuori del comun parere, novellamente venute in luce*, y el subtítulo “opra non men dotta, che piacevole, & in due parti separata”. Se presenta, por tanto, como una novedad con la expresión “novellamente venute in luce”⁸ y como una obra “no menos docta que placentera”, que el autor confiesa haber escrito como distracción para “sofocar el calor” del verano.

Io mi ricordo, illustrissimo Signore, che partendosi la S.V. da Rimini, mi commandò che come prima giunto fussi in Ferrara le mandassi una copia de' miei Paradossi, quali avea scritto l'estate passata non per acquistarne fama, ma sol per fuggir la molestia del caldo (Lando, 2009: 2).

Esta dedicatoria se firma en Lyon, pero la redacción de los *Paradossi* se produce con anterioridad, como sostiene el narrador⁹. Se deduce, además, que sus paradojas ya eran conocidas por su círculo más íntimo.

La obra sale a la luz sin nombre de autor, aunque en la carta a los lectores que se incluye al final del libro, firmada por Paolo Mascranico, se dice que el autor es “M.O.L.M, detto per soprano il Tranq.”, es decir, “Meser Ortensio Lando Milanés, llamado el Tranquilo”.

Por otra parte, el segundo libro de paradojas concluye con un “SVISNETROH TABEDVL”¹⁰, o sea, “Ludebat Hortensius” al

⁸ El término “novellamente” indica, en este caso, “di recente, da poco”, es decir, “recientemente” (Cfr. Enciclopedia Dantesca (1970). Así pues, señala la reciente publicación de las *Paradojas*. Este término era habitual en las impresiones de la época para anunciar las novedades editoriales.

⁹ Sobre la fecha de composición de la obra, véase Corsaro (2000).

¹⁰ No será la única vez que recurra a un anagrama para revelar su autoría. La obra *Commentario delle più notabili et mostruose cose d'Italia* (1546) finaliza con un “SVISNETROH SVDNAL ROTVA EST”, es decir “Est avtor Landvs Hortensivs”.

revés, que no sólo revela la autoría, sino también su propósito: “jugar” y divertirse, a través de un juego de retórica sin precedentes en la literatura en lengua vulgar.

El carácter lúdico con el que son concebidas sus paradojas para, como observan algunos críticos, “practicar la oratoria”, es, quizá, el motivo por el que Lando pretendía imprimir tan solo dos copias, una para cada dedicatario de los dos libros que conforman sus *Paradossi*. Esta información se recoge en la carta a los lectores al final de la obra, donde se afirma que fue el conde Colatino da Colalto¹¹ quien lo persuadió para que diera a conocer su libro a un público mayor.

Colatino da Colalto, giovane virtuosissimo, e nato sol per far altrui giovamento, il quale, veggendo esser fra questi paradossi sparsi quasi infiniti precetti morali, molte istorie, molte facete narrazioni con stile dolce e facile, commandogli che per ogni modo gli lasciasse stampare né ci defraudasse più longamente di sì piacevole e util lezione. Fece egli buona pezza resistenza, alla fine vi acconsenti (Lando, 2009: 102).

Tanto las dedicatorias, como la carta a los lectores, nos ofrecen información muy valiosa sobre la obra. En este caso, por ejemplo, Mascranico presenta el texto a los lectores como ameno y útil, con infinitos preceptos morales y muchas historias, narradas con un estilo “dulce y fácil”. Aspectos que propiciaron, sin duda, su larga difusión. Al estilo fácil se suma el uso de una lengua familiar, la lengua materna de Ortensio Lando, aquella que empleaba con sus amistades. Sobre esta cuestión resultan de gran interés las dedicatorias de sus dos libros.

Dogliomi ben che per la brevità del tempo, e per la tumultuosa vitta c’ho menato [...] non abbi potuto fare ch’essi uscissero con maggior prudenza e dottrina scritti di quel che fanno. Non mi sono neanche, Signor mio, curato di scrivere toscanamente, come

¹¹ Joven mecenas que habría financiado la publicación de los *Paradossi*. Su nombre aparece en una entrada del *Dizionario Biografico degli Italiani*, XXVI, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1982, pp. 780-782, elaborada por Nicola Longo.

oggi di s'usa di fare, ma gli ho scritti nella forma che solito sono di parlare con e miei più familiari amici (Lando, 2009: 2).

En este caso se dirige al cardenal Cristoforo Madruzzo¹², destinatario de su primer libro. El autor justifica la elección de la lengua en el poco tiempo del que disponía y en su ajetreada vida. Retoma el tema de la lengua en la dedicatoria de su segundo libro, destinado al reverendo Cola Maria Caracciolo¹³, añadiendo otro motivo más para el empleo de la lengua milanese:

[...] aspettava forse che io li scrivessi in lingua toscana, come far sogliono tutti quelli che vogliono dar favore alle lor composizioni. Non niego io certamente che volentieri fatto non l'avessi, se di me tanto mi avessi potuto promettere, ma ricordandomi d'esser nato nella città di Milano, e fra' Longobardi longamente vissuto, mi venne al cuore una certa diffidenza la quale di sorte m'impaurì che subito abandonai il pensiero di scrivere toscaneamente, e ricorsi a quella forma di parlare che già preso avea parte dalla mia nudrice, parte ancora da' migliori scrittori (Lando, 2009: 48).

Lando ennoblece su propia lengua, aquella que ya habían utilizado “migliori scrittori”, dando un varapalo al toscano, lengua vehicular de la literatura italiana. No es extraño en un autor como Lando, controvertido y contracorriente, el uso de una lengua distinta al toscano, no por falta de destreza o confianza en sí mismo, como él sostiene, sino como muestra de rebelión a las normas establecidas y, en este caso, a la tradición toscana. En

¹² Figura relevante en el ámbito político y cultural italiano. En 1539 fue nombrado obispo de Trento y desde su posición en la corte tridentina trabajó al servicio de Carlos V, sosteniendo las pretensiones del monarca del imperio universal, amparado por la cristiandad. Participó activamente en la organización del Concilio de Trento e influyó notablemente en los dictámenes dimanantes del mismo. Su relación con Ortensio Lando ha quedado plasmada en los escritos del propio Lando, ya que el autor se refiere a Madruzzo en diversas ocasiones. En su dedicatoria asegura que el cardenal “lo ha alimentado”, es decir, le ha dado trabajo. Sabemos que Lando estuvo al servicio de Madruzzo en Trento y que fue para él una figura de referencia (Corsaro, 2000: 2).

¹³ Nicola Maria Caracciolo fue obispo de Catania desde 1537 hasta su muerte en 1567. Perteneció a la poderosa e influyente familia Caracciolo.

palabras de Corsaro, se trata de “una professione tutto sommato esplicita di antitoscanismo e di rifiuto del regolismo letterario” (Corsaro, 2009: 118).

A pesar de no escribir en toscano, como aquellos que desean mayor fama (Lando, 2009: 48), sus paradojas adquirieron una notoriedad sinigual. La obra se publicó en Venecia, en 1544, es decir, meses después de su publicación en Lyon y a esta edición le siguieron, el mismo año, otras dos impresiones¹⁴. Con fecha 1545 se publican también en Venecia otras dos ediciones, sin nombre de editor ni de impresor¹⁵. Existe otra edición lionesa de 1550 y otra veneciana de 1563; esta última casi veinte años después de la primera edición. El motivo recae en el incremento del control de las publicaciones por parte de los “Esecutori contro la Bestemmia” y la actividad de los “Tre savi sopra eresia”, creada en 1547. Además, en el transcurso de esos años, se habían publicado en Venecia los primeros índices de libros prohibidos: el Catalogo dellacasiano (1549), el Cathalogus (1554/1555) y el Índice de Pablo IV (1560), apareciendo el nombre de Lando (“Hortensius Tranquillus”) en los dos últimos (Fahy, 1988: 191)¹⁶.

Completan las ediciones de los *Paradossi* las versiones expurgadas de 1594 en Bérgamo y de 1602 en Vincenza. Ambas con licencia de las autoridades religiosas, pero con mutilaciones relevantes y la supresión íntegra de varias paradojas: en la edición de Bérgamo se incluyen diecisiete paradojas de las treinta totales y en la edición de Vincenza únicamente quince.

¹⁴ Conor Fahy en su estudio de las ediciones venecianas de los *Paradossi*, justifica las sucesivas reediciones en 1544 por la necesidad de mostrar que la obra había sido publicada con anterioridad a la sentencia del 2 de agosto de 1544 de los “Esecutori contro la Bestemmia”, que perseguía y condenaba la obra de Lando. El crítico reproduce integralmente la sentencia en su ensayo. Vid. Fahy, C., “Le edizioni veneziane dei Paradossi di Ortensio Lando”, en *Studi di filologia italiana*, XL, 1982, pp. 155-191 e incluido en el volumen Fahy, C. *Saggi di bibliografia testuale*, Padua, Antenore, 1988, pp. 169-211

¹⁵ Fahy señala a Venturino Ruffinello como posible impresor de las ediciones de 1545. *Ibid.*, p. 186.

¹⁶ Para el estudio de la censura de los *Paradossi*, véase: Corsaro (1997). “Tra filologia e censura. *I Paradossi* di Ortensio Lando” y González (2023). “La figura de Ortensio Lando en la España de los siglos XVI y XVII: entre recepción y censura”, pp.98-128.

En el año 1996 Antonio Corsaro realiza una edición moderna de los *Paradossi*, tomando como referencia la edición príncipes de 1543¹⁷. Esta edición se pone a disposición online en la web de Nuovo Rinascimento¹⁸ y el libro, en formato impreso, sale a la luz en el año 2000 en la editorial Storia e Letteratura, con una introducción y un valioso estudio crítico.

2.2. ESTRUCTURA Y CONTENIDO

La obra *Paradossi, cioè sententie fuori del comun parere* se compone de dos libros que engloban un total de treinta paradojas, de una extensión media de entre dos y seis páginas dobles cada una. El primer libro contiene catorce paradojas y el segundo dieciséis. Destina el primer libro al cardenal Cristoforo Madruzzo y el segundo a Cola Maria Caracciolo, abriendo cada uno de los libros con la correspondiente dedicatoria. Explica los motivos de la elección de estos dos personajes: uno “lo ha alimentado” y el otro, actualmente, “lo gobierna”, uno lo ama y el otro muestra su estima hacia él de diferentes maneras:

L'uno mi ha molti giorni benignamente nudrito, e l'altro al presente mi governa; l'uno mi ama, e l'altro mostra in vari modi tenermi caro, e d'amendua con molto disiderio ne son stato richiesto (Lando, 2009: 2).

Justifica la dedicatoria a dos personajes distintos, fundamentándose en una práctica ya empleada por escritores de la Antigüedad y cita, concretamente, a Varrón y su *Rerum rusticarum* (Cuestiones de Agricultura en tres libros), quien dedicó el primer libro de su obra a su mujer, Fundania, el segundo a Turranio Niger y el tercero a Pinno. Teniendo en cuenta que,

¹⁷ Sobre esta edición moderna se remite al estudio previo de Corsaro, titulado “Per l'edizione critica dei Paradossi di Ortensio Lando”, en *Medioevo e Rinascimento*, n. 8, 1994, pp. 150-182.

¹⁸ En 2009 *Nuovo Rinascimento* publica el texto con un nuevo formato en acceso abierto. Esta versión incluye una nota sobre las ediciones de los *Paradossi*, las anotaciones críticas y los índices onomásticos. Disponible en: <https://www.nuovorinascimento.org/n-rinasc/testi/pdf/lando/paradossi.pdf> . Todas las citaciones de la versión italiana presentes en este estudio están tomadas de esta edición de 2009.

como sostiene Villa, la dedicatoria es “il mezzo attraverso cui un’opera letteraria diventa oggetto di scambio, per ottenere (o almeno per chiedere) denaro, cariche, favori (Villa, 2010: 34), en el caso de Lando, con la doble dedicatoria, se procuraba un doble favor o una doble protección, blindándole de posibles ataques. A este motivo, Bianca Cogliano, añade el éxito comercial fruto de un buen aval. En este sentido, el doble homenaje supondría “una sólida defensa ante posibles ataques sobre los temas tratados o, en algunos casos, una certeza de éxito para la producción literaria” (Cogliano, 2021: 27).

La defensa en este caso se hace necesaria si consideramos que su texto narra sentencias contrarias al parecer común, es decir, replantea cuestiones y preceptos aceptados, poniendo en entredicho su veracidad o certeza. Por este motivo, el autor de la carta a los lectores, que según algún crítico podría ser el propio Lando (Rozzo, 2011: 181), insiste en el carácter divertido y lúdico de sus paradojas, solicitando, en cierta medida, clemencia e instando a los lectores a tomar sus sentencias como una diversión, para distraer la mente.

Ruega de corazón que quien lo lea no se sienta ofendido en modo alguno, porque una idea bizarra (que le suelen venir a la mente a menudo) lo indujo a hacer este parto, aunque él (tal es su modestia) no lo reconoce como verdadero parto, sino sólo como un aborto. Tampoco le ha importado alabar una cosa en una paradoja y culpar de lo mismo en otra, pensando que bastaba con que, si era posible, la discordancia no estuviera en un mismo lugar, y dando por seguro que todos los de mediana inteligencia sabrían que como diversión se había tomado tal asunto, y no para hablar con buen juicio. Alegraos y con ánimo benigno, cuando vuestras mentes no estén llenas de molestos y pesados pensamientos, distraeros con esta bizzarria suya. Y si él se da cuenta de que no os ha disgustado que hable tan irrespetuosamente de Bocaccio, Aristóteles y M. Tulio, hará lo mismo con otros muchos autores, especialmente con Plinio y con los Comentarios de César. A Dios seáis¹⁹.

¹⁹ Traducción propia del final de la carta a los lectores de Paolo Mascranico, con la que se concluye el libro de los *Paradossi*.

Detrás de esta diversión, sin embargo, se esconde un contenido real y serio, subversivo e enigmático. Como aprecia Corsaro, sus paradojas se configuran como un “strumento radicale ed estremistico, idoneo ad un percorso sotterraneo e a un pubblico selettivo e circoscritto, capace di intendere i messaggi dirompenti celati dietro alla veste del riso (Corsaro, 2000: 18-19).

A través de una conjunción perfecta de ironía, parodia y seriedad, y del principio del *serio-ludere*, el autor critica o denuncia diferentes cuestiones, en consonancia con su ideología reformadora. Sobre este aspecto, Figorilli evidencia el carácter disimulador del texto, que recoge sentencias morales y religiosas, bajo la apariencia de literatura de entretenimiento.

La formula coniuga istanze morali e religiose, di matrice riformata, accuratamente dissimulate sotto la superficie dilettevole e stravagante del testo, con i modi della letteratura disimpegnata, nella fattispecie compilativa e repertoriale (Figorilli, 2018: 296).

Una idea similar es la de Salwa, para el cual ironía y parodia no conlleva necesariamente una falta de seriedad. Este crítico advierte en este tipo de escritura una estrategia discursiva y un mecanismo subversor de toda la tradición cultural (Salwa, 2022: 42-43).

Por último, cabe destacar que el contenido real y serio de las paradojas, ya fue advertido por la crítica del siglo XIX. Jefferson Fletcher, por ejemplo, puso de manifiesto la veracidad de las sentencias landianas, añadiendo que el supuesto “sin sentido” era un escudo del autor contra los enemigos del libre pensamiento.

He has very serious meaning in all he says, but it would be quite wrong to think that all he say is meaningful. His nonsense is a shield and buckler against his enemies, the enemies of free thought. He plays the fool only for fools; for wise men he is a wise as they (Jefferson, 1894: 490)

Por lo que respecta a la temática de sus treinta paradojas, cada una de ellas aborda un argumento diferente sobre distintos aspectos de la vida cotidiana o de la naturaleza humana, presentando dos opuestos y manifestando que es mejor el que

comúnmente se considera peor. De esta manera, demostrará que es mejor la pobreza que la riqueza (Paradoja I), la fealdad que la belleza (Paradoja II), la ignorancia que el conocimiento (Paradoja III), la ceguera que la visión (Paradoja IV), la locura que la sabiduría (Paradoja V), la embriaguez que la sobriedad (Paradoja VII), el exilio que la patria (Paradoja IX), la debilidad que la robustez (Paradoja X), el llanto que la risa (Paradoja XII), la escasez que la abundancia (XIII), la muerte que la vida longeva (Paradoja XIV), la cautividad que la libertad (Paradoja XIX), la guerra que la paz (Paradoja XX), la timidez que el atrevimiento, el origen humilde que el ilustre (Paradoja XXIII) o la vida parca que la espléndida (Paradoja XXIV). Igualmente, sostiene que es preferible nacer en lugares pequeños que en ciudades populosas (Paradoja XV) y que es mejor habitar en casas humildes que en grandes palacios (Paradoja XVI).

A estas cuestiones se añaden otras que no presentan dos opuestos, pero que, claramente, se revelan contrarias a la opinión común. En este sentido, Lando afirma que no es malo que un príncipe pierda su Estado (Paradoja VI) o que no es deleznable ser bastardo (Paradoja XVIII), que no es malo ser herido o golpeado (Paradoja XXVII) y que es mejor no tener servidores que tenerlos (Paradoja XXII).

Por otra parte, se insertan entre sus paradojas, cuatro relacionadas con las mujeres: “Es mejor tener una mujer estéril que fecunda” (Paradoja VIII), “No es detestable ni despreciable la mujer deshonesto” (Paradoja XI), “No hay que lamentar que muera la esposa y quien llora su muerte actúa neciamente” (Paradoja XXI), y “La mujer es de mayor excelencia que el hombre” (Paradoja XXV).

Por último, el autor cierra su libro de paradojas con cuatro dedicadas a tres coronas del pensamiento filosófico y literario: Boccaccio, Aristóteles y Marco Tulio Cicerón: “Que las obras de Boccaccio no son dignas de ser leídas, especialmente las Diez jornadas” (Paradoja XXVII), “Que las obras que actualmente están firmadas por Aristóteles, no son de Aristóteles” (Paradoja XXVIII), “Que Aristóteles no solo fue un ignorante, sino el hombre más malvado de aquella época” (Paradoja XXIX), “Que M. Tulio no solo es un ignorante de filosofía, sino también de retórica, cosmografía e historia” (Paradoja XXX).

Estas temáticas, presentadas como un juego retórico, tal y como hemos señalado anteriormente, tuvieron una amplia repercusión, con numerosos admiradores, pero también detractores. El propio Lando se erige como adversario de la obra, publicando, dos años después de la aparición por primera vez de los *Paradossi*, una confutación de los mismos.

2.3. LA CONFUTACIÓN DE LOS *PARADOSSI*

En 1545 sale a la luz, en la imprenta veneciana de Bartolomeo Imperadore el libro *Confutatione del libro de Paradossi nuovamente composta, et in tre orationi distinta*. Un libro anónimo que se propone desmentir las afirmaciones de los *Paradossi* de Lando. El confutador, en realidad, es el propio Lando, revestido, según sus palabras, de “mayor sabiduría y elocuencia”. Esta obra se compone de todas las características de la obra landiana y sigue la misma línea que los *Paradossi*, pero de un modo inverso. Lo que afirmaba ser mejor en las paradojas, ahora afirma ser peor en la confutación. Se trata, de nuevo, de un juego y de una mofa hacia aquellos que han vituperado el libro de *Paradojas*, pues si leemos con atención sus confutaciones, en muchos casos, vuelve a repetir implícitamente las mismas sentencias, es decir, no desmiente, sino que corrobora.

La intencionalidad de la *Confutatione* se establece al inicio del libro: considerando que las paradojas pueden pervertir el ingenio y la mente de quienes las lean e inducirles a pensar que son ciertas las sentencias que, en realidad, son falsas, el confutador siente la necesidad de mostrar la mentira de las mismas, así como la falsedad de su “pestilencioso” autor.

La comicidad se manifiesta desde las primeras líneas, con una serie de calificativos despreciativos hacia el autor de los *Paradossi*, es decir, hacia sí mismo, pero a la vez, reconociendo que es admirado por los caballeros más ilustres y las damas más valerosas que tiene Italia:

Egli in prima è di statura piccola, anzi che grande, di barba nera e affumicata, di volto pallido, tiscuccio e macilento, d’occhio torbido e poco acuto, di favella e accento lombardo quantunque molto si affatichi di parer toscano, pieno d’ira e di disdegno, ambizioso, impatiente, orgoglioso, frenetico e incostante. Il che

mi ha fatto stranamente molte fiato meravigliare, come possa egli con sì rozzi costumi e con sì zotica natura guadagnarsi la gratia dei più illustri Cavallieri, e delle più valorose donne, c'habbia hormai l'Italia. Ho alle volte scioccamente creduto, che con magiche operationi egli potesse pervertir gli intelletti nostri (Lando, 1945: 4).

El hecho de que afirme que las paradojas pueden “pervertir el intelecto” pone de manifiesto que no se trata solamente de una obra de entretenimiento, sino que recoge sentencias morales y doctrinas que pueden perturbar a los lectores. Esta afirmación confirma la hipótesis de la seriedad y veracidad de las paradojas de Lando y su intencionalidad más allá de una simple diversión o entretenimiento. En palabras de Salwa, “l'inizio della *Confutatione* lascia capire che il significato e la portata dei *Paradossi* non si esaurissero nel loro carattere giocoso e in un divertimento dotto e intellettuale (Salwa, 2022: 54).

Por otra parte, menciona el éxito de la obra en toda Europa, testimoniando su grandísima difusión tan solo dos años después de su publicación en Lyon y un año después de su publicación en Venecia:

Furono l'anno passato stampati nella Città di Vinegia et di Lione, non senza gran piacer de' curiosi, mille volumi di varii paradossi, li quali, per Italia a briglia sciolta (come si dice) correndo, di strane bugie la riempirono: ma che dico io per Italia, il che sarebbe agevole da sofferire, peggio è che hanno del loro mortal veneno amorbata tutta la Francia, anzi tutta l'Europa (colpa di chi li ridusse nella lingua francese, in poco appresso nella latina li tradusse) (Lando 1545: 3).

La *Confutatione* es una obra significativa para el análisis de la Querrela de las Mujeres en las paradojas de Lando, ya que confirma, en ciertos casos, el pensamiento filógeno del autor.

3. LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DE LAS *PARADOJAS*

La versión castellana de las *Paradojas* de Ortensio Lando se imprime en 1552, en Medina del Campo, sin nombre de autor ni de traductor, y con el título *Paradoxas, ò sentencias fuera del común parecer, traduzidas de italiano en castellano*. Se trata de la primera traducción de la obra italiana²⁰, casi una década después de su publicación en Lyon en 1543, aunque, tal fue el éxito y difusión del libro en Italia, que es muy probable que la obra fuera conocida e, incluso, circularan algunas copias en versión italiana por nuestro país. No hay constancia de ninguna reedición del libro español de las *Paradoxas*, ni se ha conservado ningún ejemplar del mismo. Sin duda, su inclusión en el Índice de Valdés de 1559 y en todos los siguientes índices inquisitoriales²¹, condicionó su fortuna y conservación. Varios críticos españoles se hacen eco del anuncio en 1999 de Francisco Rico de la recuperación de las *Paradoxas*, como tarea inminente a emprender por el Centro para la Edición de Clásicos Españoles (Núñez Rivera, 2002: 65; Sepúlveda, 2004: 520; González, 2023:102)²². Sin embargo, hoy en día, no hay rastro de ningún manuscrito ni reedición de la obra original en castellano.

Sí hay constancia, sin embargo, del éxito que el libro tuvo en nuestro país, a pesar de su prohibición. Como aprecia Mercedes González, “el autor tuvo una notable acogida, llegando a influir en numerosos escritores de diferentes épocas” (González, 2023: 101).

²⁰ Las traducciones de los *Paradossi* se han recogido en la obra de Paul Grendler, *Critics of the Italian World 1530-1560* (1969: 222-39) y en la bibliografía elaborada por Antonio Corsaro en 2012, disponible online en la web del grupo de investigación *Cinquecento plurale* de la Universidad Roma Tre: <http://dsu.uniroma3.it/cinquecentoplurale/bibliografie/ortensio-lando/> (Fecha de consulta: 08/02/2024). Para el estudio de sus traducciones al español, remitimos al ensayo de Mercedes González (2023: 101-104).

²¹ Para el estudio de la censura de Lando en España, véase Mercedes González (2023: 98-128).

²² Se alude a la nota preliminar de Rico de la edición española de *La cazzaria* (*La Carajería*). *Diálogo* de Antonio Vignali. Vid. Francisco Rico, “Preliminar”, en Vignali, Antonio, *La cazzaria* (*La Carajería*). *Diálogo*, edición de Guido M. Cappelli y Elisa Ruiz, 2 vols., Mérida: Editora Regional de Extremadura, 1999.

En 2015 se publica la traducción en español²³ del primer libro de paradojas de Lando y una selección de seis paradojas del segundo libro. En total, veinte paradojas en lengua española que se incluyen en el volumen *Pelear con el ingenio* de Mauricio Jalón, en el que, junto a las paradojas de Lando, se presentan textos de Girolamo Cardano y de Pedro de Mercado. Jalón realiza, además, una introducción sobre los *Paradossi* y añade una serie de anotaciones críticas y una breve biografía del autor. Esta traducción se basa en la edición moderna de Antonio Corsaro, es decir, en el texto de 1543²⁴.

Nuestra edición presenta una nueva traducción de dos paradojas incluidas en el volumen de Jalón, concretamente, la octava, titulada “Es mejor tener una mujer estéril que fecunda” y la undécima, “No es detestable ni despreciable la mujer deshonesta”. A estas se añade la traducción por primera vez en castellano de las paradojas XXI, XXV y XXIX: “No hay que lamentar que muera la esposa y quien llora su muerte actúa neciamente”, “Que la mujer es de mayor excelencia que el hombre” y “Que Aristóteles no solo fue un ignorante, sino el hombre más malvado de aquella época”. Asimismo, se reproducen los textos en italiano de las cinco paradojas seleccionadas, según su transcripción moderna.

Por otra parte, para dar a conocer el libro completo, presentamos, a continuación, un índice en español de todas las paradojas, según su ordenación en la obra de 1543:

Primer Libro

*Al Ilustrísimo Señor el S. Cristoforo Madruccio, O. di TR. & Administrador de PR*²⁵.

I Que es mejor la pobreza que la riqueza.

²³ Firman la traducción Mauricio Villanueva, María José Pozo y Rosario Ibañes.

²⁴ En el prefacio del volumen *Pelear con el ingenio* Jalón asegura que, para la traducción, se ha seguido estrictamente la “edición veneciana de 1543” (Jalón, 2015: 10), fijada por Corsaro. Se trata seguramente de un lapsus, pues la primera edición veneciana es de 1544, siendo lionesa la princeps de 1543, manuscrito de referencia utilizado por Corsaro para su edición moderna.

²⁵ Obispo-príncipe de Trento y administrador de “Pressenone” (Bressanone).

- II Que es mejor ser feo que guapo.
- III Es mejor ser ignorante que culto.
- IV Es mejor ser ciego que vidente.
- V Es mejor ser loco que sabio.
- VI No es malo que un príncipe pierda su Estado.
- VII Es mejor la embriaguez que la sobriedad.
- VIII Es mejor tener una mujer estéril que fecunda.
- IX Es mejor ser exiliado que vivir mucho tiempo en la patria.
- X Es mejor ser débil y enfermo que fuerte y robusto.
- XI No es algo detestable ni despreciable la mujer deshonesto.
- XII Es mejor llorar que reír.
- XIII Es mejor la carestía que la abundancia.
- XIV Es mejor morir que vivir longevamente.

Segundo Libro

Al muy Ilustre Reverendo Señor el S. Cola Maria Caracciolo O. de C. y asistente de su Santidad²⁶.

XV Que es mejor nacer en lugares pequeños que en ciudades populosas.

XVI Que es mejor habitar en casas humildes que en grandes palacios.

XVII No es malo ser herido o golpeado.

XVIII No es algo censurable ni deleznable ser bastardo.

XIX Es mejor estar en prisión que en libertad.

XX Es mejor la guerra que la paz.

XXI No hay que lamentar que muera la esposa y quien llora su muerte actúa neciamente.

XXII Es mejor no tener servidores que tenerlos.

XXIII Es mejor nacer de gente humilde que de distinguida e ilustre.

XXIII Es mejor la vida parca que la espléndida y suntuosa.

XXV Que la mujer es de mayor excelencia que el hombre.

XVI Mejor ser tímido que animoso y atrevido.

XXVII Que las obras de Boccaccio no son dignas de ser leídas, especialmente las *Diez Jornadas*.

²⁶ Obispo de Catania.

XXVIII Que las obras que actualmente están firmadas por Aristóteles, no son de Aristóteles.

XXIX Que Aristóteles no solo fue un ignorante, sino el hombre más malvado de aquella época.

XXX Que M. Tulio no solo es un ignorante de Filosofía, sino también de retórica, cosmografía e historia.

Después de la traducción de los *Paradossi* en 1552, salieron a la luz en castellano otras obras del autor. La primera, en orden cronológico, es la traducción del diálogo *Della vera tranquillità dell'animo* (1544), con el título *Obra utilissima de la verdadera quietud y tranquilidad del alma, compuesta por la muy Illustre Doña Ysabel de Sforzia*, traducida por Juan Díaz de Cárdenas en 1560. La siguiente se publicará en Amberes y será una traducción libre, con adaptaciones y modificaciones del libro *Quattro libri de dubbi con le solutioni a ciascun dubbio accomodate. La materia del primo è naturale, del secondo è mista (benché per lo più sia Morale), del Terzo è Amorosa, & del Quarto è Religiosa* (1552), publicada en castellano en 1575 y firmada por Jerónimo de Campos con el título *Sylva de varias questiones naturales y morales, con sus respuestas y solutiones, sacadas de muchos auto-res griegos y latinos*. Ya en el siglo XVII hay constancia de la traducción de su obra *Commentario delle più notabili, et mostruose cose d'Italia, & altri luoghi, di lingua Aramea in italiana tradotto, nel qual s'impara, & prendesi istremo piacere, Vi si e Poi aggiunto un breve Catalogo delli inventori delle cose, che si mangiano, & se beveno, novamente ritrovate*, publicada en castellano con el título *Comentarios de las más Notables, i Monstruosas cosas de Italia, en Lengua Aramea, i traducido en Italiano, con un Catálogo de los Inventores de las Comidas, i Bebidas*, en 1654.

4. ORTENSIO LANDO EN LA QUERELLA DE LAS MUJERES

El Humanismo, con su centralidad en el ser humano, puso también el foco de atención en las mujeres. La misoginia imperante durante toda la Edad Media se difuminaba y

desdibujaba en pleno Renacimiento, gracias a la pluma de muchos hombres defensores acérrimos de la excelencia del “gentil sexo”, pero también gracias a las muestras intelectuales y artísticas de numerosas mujeres que irrumpían en la esfera pública, destacando por su ingenio y habilidades literarias. Ya en 1502 tenemos noticias de la correspondencia entre la poetisa Veronica Gambara y Pietro Bembo y, aunque fueron publicadas con posterioridad, sus composiciones se remontan a los albores del siglo XVI; en la misma época se dan a conocer los textos de Vittoria Colonna, cuyas primeras rimas salen a la luz en 1538, Laura Terracina, Tullia D’Aragona o Isabella di Morra²⁷. Por otra parte, la presencia de las mujeres en el ámbito cultural era cada vez mayor, ya fuera a través de sus escritos²⁸, a través de sus relaciones personales o epistolares con literatos e intelectuales de su tiempo o mediante la participación en los debates literarios y políticos, que tenían lugar en los salones que regentaban. Así pues, este cambio de paradigma originó un intenso debate que obligó, en cierta medida, a posicionarse a favor o en contra de las mujeres. Por una parte, los continuadores de la tradición misógina, bien asentada desde época medieval, por otra parte, aquellos que, alejados de prejuicios y estereotipos, discernían las virtudes intelectuales de las mujeres, mujeres que, en muchos casos, eran sus íntimas amigas o, incluso, amantes, con las que conversaban sobre cualquier tema, como hacían con sus coetáneos varones. Nuestro escritor es, sin duda, uno de ellos, que, en el panorama convulso y contradictorio del debate femenino, se alzó como portavoz de las mujeres (González, 2024: 36) y defensor a ultranza de su excelencia, contribuyendo a desmentir la arraigada creencia de su inferioridad. Este compromiso de Lando hacia las mujeres, compartido por otros literatos como Bartolomeo Goggio, Agostino Strozzi, Galeazzo Flavio Capella o Ludovico Domenichi, transluce en la mayor

²⁷ Algunas de sus primeras rimas se dan a conocer por primera vez en el volumen *Rime di diversi illustri signori napoletani* de Ludovico Dolce, publicado en 1552.

²⁸ Un testimonio de la escritura femenina de la época lo encontramos en el volumen *Rime diverse di alcune nobilissime e virtuosissime donne*, editado por Ludovico Domenichi en 1559, en el que recopila composiciones de 53 escritoras.

parte de sus escritos, incluso en aquellos que no tienen por argumento la cuestión femenina.

El propio autor se refiere en muchas ocasiones a los escritores misóginos, asegurando que sus textos pretenden frenar las maldades que contra las mujeres profieren. Así se muestra, por ejemplo, en la dedicatoria al embajador del rey de Inglaterra en Venecia, Segismundo Rovello, que abre su obra *Lettere di molte valorose donne*, donde asegura que:

Habiendo recopilado, en un pequeño volumen, muchas cartas, recogidas en diferentes lugares y escritas por mujeres sabias, para darlas, después, a conocer al mundo de manos de un impresor diligente, he pensado que era casi una necesidad encomendárselas a algún protector de gran autoridad y dotado de mucho juicio, con el fin de que las malignas lenguas enemigas del honor femenino se desconcertasen al morder y lacerar a las Mujeres; es más, para que, habiendo leído estas cartas, aprendan, finalmente, a venerar y honrar a este nobilísimo sexo. Soy consciente de que, actualmente, no hay nadie mejor a quien recurrir que a vos, que, por vuestra cortesía y lealtad, podéis competir con el más honrado Caballero que el Sol vea, o que la tierra pise. A vos, por tanto, os las dedico, y a vos, por consiguiente, os tocará defenderlas contra la necedad de los Calumniadores (si alguno apareciere) (González, 2024: 138)²⁹.

También hace mención a los “calumniadores” en su paradoja XXV, dedicada a la excelencia de las mujeres, donde, además, afirma la supremacía de las mujeres en virtudes morales y naturales:

Los hombres no son verdaderamente iguales a las mujeres, ni en virtudes morales ni naturales. Digan lo que quieran los calumniadores, murmuren los detractores, y vayan a su antojo por todas partes cantando sobre la avaricia femenina, que, si quieren sin rencor penetrar en la verdad, verán que los hombres,

²⁹ La traducción es de Mercedes González, en su edición crítica de la obra *Lettere di molte valorose donne* (Dykinson, 2024). Otra traducción ofreció Bianca Cogliano en su artículo “*Lettere di molte valorose donne* de Ortensio Lando: traducción al castellano de su dedicatoria”, *Transfer*, XVI: 1-2, 2021, pp. 19-33.

por avaricia, se convierten en traidores, ladrones, usureros y desleales, y que faltan sin rubor a su libre promesa. ¿Y qué podrán decir contra ellas los adversarios de las mujeres (no queriendo apartarse de la verdad)? ¿Dirán, quizá, que por dinero (cosa muy vil) venden su honor, el cual más que la vida les debería importar? Veamos más bien si la razón de esto no está en la dulzura de su sangre, en la bondad de su corazón, que las hace ceder a las súplicas de los amantes; o si la razón no está en la incomprensible importunidad nuestra, las amenazas, las insidias, los engaños que tratamos de hacerles todo el día sin ningún remordimiento ni cargo de conciencia (p.88)³⁰.

Es importante señalar que Lando era un buen aval de las mujeres, ya que su enorme erudición le permitía ejemplificar su defensa, tomando como referencia pasajes de las Sagradas Escrituras, episodios de la mitología clásica y de los textos de los autores clásicos, así como acontecimientos históricos del pasado y contemporáneos. De este exhaustivo conocimiento nacería, como apunta Mercedes González, su visión positiva hacia a las mujeres:

Su vasta erudición lo hacía gran conocedor de los muchos e innegables méritos que innumerables figuras femeninas demostraron a lo largo de la Historia, a muchas de las cuales cita, con frecuencia, en sus obras; algo que, indudablemente, no podía obviar, condicionando su pensamiento, y que reforzaría aún más su positivo parecer acerca de estas. (González, 2024: 45)

Al conocimiento de las figuras femeninas del pasado, se unía la estrecha relación que mantuvo con muchas mujeres de su época, como Isabella Sforza o Lucrezia Gonzaga, a las que admiraba por encima del resto, como él mismo declarará en distintas ocasiones. El contacto con mujeres poderosas de su tiempo, así como con literatas y poetas, contribuirá a la conformación de su pensamiento “feminista” y a la convicción de la valía intelectual de las mujeres; una valía que querrá plasmar en sus escritos, ya sea como objeto que como sujeto de sus narraciones. Este aprecio por las mujeres se muestra desde sus

³⁰ La traducción corresponde al texto de la presente edición.

primeros textos, en los años de su exordio literario, y tanto en las obras escritas en latín, como en las escritas en lengua vulgar.

Uno de los primeros textos en los que se advierte el interés de Lando por la *Querelle* es el libro *Forcianae quaestiones, in quibus varia Italorum ingenia explicantur, multaque alia scitu non indigna* (1535), un diálogo entre hombres y mujeres de su tiempo que debaten sobre las peculiaridades y diferencias de los italianos. En la hacienda Forci, propiedad de los Buonvisi e importante cenáculo cultural del siglo XVI, un lugar idílico en el corazón de la Toscana, rodeado de olivos y alejado del ruido de la corte, se reúnen los hermanos Martino y Ludovico Buonvisi, Girolamo Arnolsini, Giovanni Guidiccioni, Bernardino Cinnami, Martino Gigli, Vincenzo y Giovanni Buonvisi, Nicolò Turchi (hermano de Francesco Turchi, destinatario de la narración), Annibale Dalla Croce, Giulio Quercente y el narrador de la historia. Asimismo, las señoras Chiara Cinnama, Caterina Sbarra, Margherita Bernardini, Camilla Bernardi Guinigi y Caterina Buonvisi. Paseando por los jardines de la villa, inician una conversación sobre las diferencias entre los italianos:

Avenne una volta che noi passeggiando tra quegli oliveti, non so per quale accidente, cademmo in questo ragionamento, vale a dire: da che provengano e tanta diversità d'ingegni, e tanto varie inclinazioni negli uomini, che non ti è dato di rinvenirne due od al più tre di eguali, senza che vi sia una qualche differenza. Così ad ognuno piacque una tale questione, che, abbandonati tutti gli altri discorsi, a questa sola ci attenemmo (Lando, 1857: 10)³¹.

Se tratan diferentes cuestiones que diferencian unos territorios de otros y unos italianos de otros, entre ellas, las diferencias físicas y caracteriales, la gastronomía, la pronunciación, etc. y se trata, también, la diferencia entre las distintas mujeres de Italia, aprovechando la coyuntura para exponer la cuestión de la inferioridad o la superioridad femenina. Destaca, en este sentido, el final del primer libro y el inicio del segundo, cuando, instado

³¹ Tomamos como referencia la obra traducida al italiano por Giovanni Paoletti: *Le forciane questioni, nelle quali i varii costumi degli italiani e molte cose non indegne da sapersi si spiegano*, Venecia, Tipografica di Sante Martinengo, 1857.

por los interlocutores, Gigli expone su idea de las italianas, haciendo un repaso región a región, e, incluso, ciudad a ciudad, como anteriormente se había realizado con los hombres. Si bien se elige a Gigli por su “perspicaz ingenio” y por ser “grato a las mujeres” (Lando, 1857 :28), éste muestra en su discurso los estereotipos de la cultura patriarcal y el pensamiento prevalentemente misógino de la época. Así, por ejemplo, afirma que las venecianas son meretrices³², las pavesanas son muy castas si el amante no tiene el bolsillo lleno de dinero, las cosentinas son obstinadas y mentirosas, las ferraresas despojan y destrozan a los maridos, las capuanas son soberbias y arrogantes...

Transcribimos, a modo de ejemplo, el fragmento sobre las venecianas, pues es a las que mayor espacio dedica.

Sono poi le Veneziane di una inclinazione sommamente curiosa; amano avere biondi i capelli, e con molto artificio si fanno candida la cute, sono in vero di bella presenza, ma nei gesti e nei costumi tengono propriamente delle meretrici; hanno le gambe piuttosto corte. Colà ti scontrerai in molte che si prostituiscono per guadagno, molte ancora solo per amore, e per una certa inclinazione di buon grado ti compiacciono; sfoggiano soverchio lusso, sono inclinatissime ai piaceri, usano un discorso placidissimo e pieno di ruffianesimo; se si lasciano vincere dall'amore, il che avviene di sovente, non fanno veruna differenza sia egli bello o brutto, sia d'illustre o di oscuro casato (Lando, 1857: 32).

Al discurso de Gigli responde Camilla, al día siguiente, después de haber cenado y descansado. Por la mañana retoman la conversación, dando inicio al segundo libro de las *Forciane*. Inicia su réplica asegurando que será tarea fácil demostrar que las mujeres son de igual excelencia que los hombres, e, incluso, superiores, y que, para ello, iniciará hablando de las mujeres de la Antigüedad:

³² Cabe señalar que durante el siglo XVI Venecia fue el epicentro de las cortesanas honestas, es decir, de las mujeres cultas que ejercían la profesión de meretriz, en cuyas casas abrieron salones literarios, que eran frecuentados por personalidades e intelectuales de la época. Una de las más destacadas fue la poeta Veronica Franco.

Io ho detto, caro, che sarò per dimostrare ch'esse sono di un'eguale eccellenza; né mi rammento sicuramente aver detto che sieno superiori, e, quantunque non assistita dall'aiuto di alcuno, io non istimerei difficile per me né l'uno, né l'altro. La cosa è di sì lieve impegno che dormendo qualunque potrebbe dimostrarla. Laonde ne trarrò dapprima gli esempi dalle antiche femine (Lando, 1857: 36).

Cita el valor y coraje de las troyanas, las focenses, las argivas, las persianas y las celtas, para demostrar que ha habido muchas mujeres ilustres en la historia. Después, continúa su argumentación con la religión y el arte:

Indicare in prima non essere le femine nella santità e nella religione agli uomini inferiori; poscia dimostrare non esservi stata mai arte distinta, nella quale esse non sieno divenute famose. Se voi avete molti illustri per santità, ne hanno anche le femine (Lando, 1856: 38).

Para sustentar su teoría, introduce numerosos ejemplos de mujeres que han destacado en la religión. Después, citará a las artistas, entre ellas las mujeres célebres en el arte, la música y la literatura. Transcribimos este pasaje por su relevancia en la aportación de Lando a la Querrela de las mujeres, ya que el texto presenta un catálogo de mujeres excelentes desde la antigüedad hasta su época. Su listado corrobora que la producción y excelencia femeninas no eran una excepción.

Per mostrarlo più facilmente richiamerò tutte le professioni e tutte le arti più importante. E piacemi in prima ricordare la musica [...] a noi certo non mancano suonatrici [...] Anna Anglicana fu tanto famosa, che rendeva più stupidi di un sasso coloro che l'ascoltavano; rinomatissime furono le due figlie dell'innamorato Catalani; ed a' nostri giorni nella città di Milano quante femine, Dio buono, ritroverai, non solo chiare per splendidezza di natali, ma per somma pericia nella musica; tra le tante ne accennerò alcune. In prima Bianca Maina, Anastasia Cotta, Giulia Varisia, Faustina Maggiolina, Candida Archinta e sua sorella Margherita, Laura Foppa, ed aggiungo Angela Beccaria e Margherita Cacherana. Rifletti, o Gigli, e già tu li

comprendi, io credo, che le femine in questa parte no sieno da meno di voi. Non havvi alcuna prerogativa distinta, di cui Dio Ottimo e Massimo non sia stato egualmente cortese e verso gli uomini e verso le donne [...] Rammenterò adesso le poetesse, affinché tu non dica che noi in questo manchiamo. Ed appaiono prime Cleobolina, Cornificia, Corinna tebana, dalla quale, vien detto, che più volte il vostro Pindaro fu superato; Corinna Tespia, Corinna giuniore tebana, Claudia, Ruffina, Elefante, Erinna lesbia, la quale, per giudizio di tutti, superò Omero; Elpi moglie di Boezio, Mero, Proba romana, Polla moglie di Lucano, la quale di sovente limò i versi gettati giù dal marito, quando scriveva la Tebaide; Violantilla moglie di Stella padovano, Saffo lesbia, Anagora milesia, Congilla colofonia, Eunica salaminia, una seconda Saffo di Mitilene; Sempronia, Sulpizia moglie di Caleno e Teofila. E chi mi si oppone di rammemorare quelle de' nostri giorni? Le quali puoi giustamente paragonare al Dante, al Petrarca, al Sannazaro, al Bembo, e per poco non dissi a Giulio Camillo, ad Antonio Alamanni ed al cultissimo vostro Guidiccioni (Lando, 1857: 39-40).

El razonamiento de Camilla es sustentado por algunos de los interlocutores, como Guidiccioni. A éste se dirige con halagos, poniendo en relieve su capacidad de admirar a poetas de “genio fecondo” como Veronica Gambarà y Vittoria Colonna (Lando, 1857: 41). Su discurso continúa enumerando a las mujeres que han sobresalido en los más diferentes ámbitos: las filósofas, las mujeres avezadas en oratoria y leyes, las médicas, las inventoras y las que destacaron en las artes bélicas. Termina su elenco con aquellas que se distinguieron por la modestia y la fidelidad a sus maridos.

Dio pur volesse che si ritrovassero tanti mariti, i quali conservassero tanta fedeltà e tanto amore, alle loro mogli, come adesso ed in passato esse ne serbarono a' loro mariti! Ma io temo, mentre mi adopero a convincere un solo, divenire a molti importuna e molesta. Dimmi, per tua fe, o Gigli, credi che io abbia bastevolmente dimostrato quello che ieri ho impromesso? (Lando, 1857: 42).

Por último, se cierra esta defensa de las mujeres exaltando no su igualdad, sino su superioridad, que se manifiesta ya desde la creación del ser humano.

Eva adunque significa vita, Adamo, terra; ricavane tu la conclusione, o, se meglio ami con Cicerone, chiamala connessione [...] Eva fu formata in quell'amenissimo luogo di delizie, ed Adamo nell'aperta campagna.[...] la donna formata in sì bello e magnifico luogo è la più eccellente. Dicono inoltre le Sacre Carte che una donna ha portato la salute a tutto il mondo. Aggiungi che fu ordinato a Abramo seguire le esortazioni di sua moglie Sara. Né credere che incognita fosse a' Giurisperiti l'eccellenza del sesso femminile, dai quali si evitò che la femina venisse rinchiusa in prigione, per quanto la inseguisse la forza dell'altrui denaro. Dal che appaiono e si manifestano la dignità ed eccellenza delle donne; così che possono solo sembrar create per contemplare le cose celesti (Lando, 1857: 44).

Lando, como hará en obras posteriores, reivindica la excelencia de las mujeres a través de un personaje femenino. De esta manera, el autor da voz a una mujer para que sea ella quien defienda su propio sexo. Como apunta Arriaga:

Muchos autores utilizan la máscara y el travestismo exponiendo sus razones a través de voces de mujeres, a las que autores como Ortensio Lando suplantán para convertirlas, a veces, en las principales defensoras de su subordinación e inferioridad utilizando un falso registro autobiográfico (Arriaga, 2021: 130-131)

Este será el *modus operandi* del diálogo *Della vera tranquillità dell'animo* (1544), de las *Lettere di molte valorose donne* (1548), de varias de sus *Consolatorie* (1550) y de *Le lettere* (1552) de Lucrezia Gonzaga³³. Así, Lando se erige en adalid del

³³ Sobre la paternidad de Lando en *Le lettere* de Lucrezia Gonzaga, se remite al estudio de Ray, Meredith K., "Textual collaboration and spiritual partnership in Sixteenth-century Italy: The case of Ortensio Lando and Lucrezia Gonzaga", en *Renaissance Quarterly*, 62 (2009), pp. 694-747. Asimismo, se pone en discusión en la edición crítica de R. Bragantini y

pensamiento femenino, despistando al lector (Pezzini, 2002: 82) y dando voz (Cagliano, 2021: 23) a mujeres, cuya elocuencia es capaz de desterrar prejuicios y de persuadir a quienes las escuchan. Camilla, con su argumentación, consigue convencer a su adversario y, en palabras de Lando, vencerlo, como se desprende de la declaración final de Gigli: “Io mi confesso vinto del tutto, e faccio solemne giuramento che giammai sarò per cadere in tanta pazzia di ritenere gli uomini in parte alcuna più delle donne estimabili” (Lando, 1857: 46).

El episodio descrito de las *Forciane* pone de manifiesto la vasta cultura del autor y su profundo conocimiento de la historia de las mujeres. Camilla menciona a más de cientocincuenta mujeres de la Antigüedad y modernas, que han destacado por su ingenio o por sus acciones. Sin duda, es un texto fundamental para la *Querella*, pues contiene información muy valiosa sobre la aportación de las mujeres a la cultura, a las artes o a la sociedad. Asimismo, la referencia a tantas mujeres “excelentes”, sienta las bases de un nuevo canon, poniendo en entredicho el ofrecido por el patriarcalismo, que exaltaba la preeminencia masculina en todos los saberes.

Ortensio Lando recurrirá a la nómina de mujeres ejemplares en varias ocasiones, siempre con el fin de menoscabar el concepto de la subordinación femenina. Así, en su breve *Dialogo contra gli huomini letterati* (1541), cita a más mujeres que a hombres, hasta el punto de que uno de los protagonistas, Gerardo, llega a afirmar que: “Parvi cosa ben fatta che gli huomini restino privi di lettere et le donne diventano sì dotte? Per mia fe ch’elle ci torranno l’impero di mano, et vi so dire che ne hanno desiderio grande” (Lando, 1541, en Seidel, 1977: 513).

Su sexta consolatoria, titulada “Consolatoria del S. Benedetto Agnello alla S. Susanna Valente che si doleva d’esser nata femina”, incluye también un listado amplio de mujeres, especialmente de su época, del que se sirve el narrador para “consolar” a la destinataria, exhortándola a “defenderse de los calumniadores”, a través de las virtudes de las antecesoras y de las contemporáneas. Reproducimos íntegramente el final de la

P.Griguolo: Lucrezia Gonzaga, *Lettere. Vita quotidiana e sensibilità religiosa nel Polesine di metà Cinquecento*, Rovigo, Minelliana, 2009.

Consolatoria por su relevancia en la aportación del escritor a la Querella.

Sono adunque le femine di tanta eccellenza quanta voi udite; e vi vergognarete di esser nata femina? È possibile che di ciò vi dogliate havendo letto dell'infinito valore della Reina Candace, e d'altre molte; le quali con tanta maestà e giustizia regnarono in Egitto? Ne ha scritto di ciò abondevolmente Stephano per relatione di Aristagora, e dal feminil valore chiamasi quella città dove habitarono. GINESCOPOLIS. Presso d'un luogo detto Telmesso, scrive Arriano historico che gli Vaticanii delle Donne fossero in gran pregio; come quelle c'hanno le anime meglio purificate degli huomini: ma perchñe con tanti essempli mi diffundo io? Scrivendo Plutarco esser la medesima virtù nelle Donne che negli huomini; datevi adunque pace; confortatevi, ne v'incresca di esser femina, ma attendete piu tosto con ogni sollecitudine di esser tale, che alle prenominate rassimigliar in qualche parte possiate e se alcuno vi rinfaccia la debolezza e imperfettione del sesso femminile, armatevi con le belle difese che per cotal sesso hà fatto Cornelio Agripa, Galeazzo Capra, Ortensio Lando, Bernardo Spina e sopra tutti questi, ultimamente, Messer Lodovico Domenichi, e se le difese non vi paiono à bastanza, proponete loro la rara prudentia d'Isabella Gonzaga S. di Puvino, la modestia d'Alda Lunata, la Pacientia di Giulia Trivulza Marchesana di Vigevano, la religione della Contessa Catherina Visconte Landelfa, il valore della S. Ippolita Sanseverini, la chiettezza della S. Emilia Scotta; proponete loro la gran bontà della Contessa Isabella Torella, la purità della S. Lucretia Beccaria, la castità della S. Sulpicia Biraga, il vivace ingegno della S. Lucretia Gonzaga Manfrona; proponete loro la pietà della S. Franceschina da Dressino, la magnanimità della S. Leonora Todesca, la maestà della S. Camilla Cavriola Stanga, la discrezione di M. Francesca Carrettona, la prudenza della S. Dina Baronessa di Madruccio, il generoso spirito della Contessa di Monte l'Abbate; la dottrina della Marchesana della Palude. Et così confusi, e scornati si rimarāno tutti li calunniatori di questo eccellente, et non mai bastevolmente lodato sesso³⁴. (Lando, 1950: 16-17)

³⁴ En la transcripción se mantiene la acentuación y el uso de mayúsculas. Se adapta, sin embargo, algunos signos de puntuación para una mayor comprensión del texto.

Este fragmento muestra cómo el autor se incluye expresamente entre los defensores de las mujeres, junto a otros escritores de su tiempo, como Cornelio Agripa, Galeazzo Capra, Bernardo Spina y Ludovico Domenichi. Se trata de una declaración inequívoca de su apoyo a la causa femenina y, teniendo en cuenta la fecha de publicación del texto, 1550, testimonia que su defensa del “sexo débil” perdurará en el tiempo, extendiéndose desde sus primeras creaciones hasta las últimas.

Su incursión en el debate sobre la cuestión femenina se refleja en otros textos, aparte de los ya mencionados, señalamos el libro de *Paradossi* (1543), la *Confutatione dei Paradossi* (1545), el tratado *Una brevissima essortazione a gli huomini perché si rivestino dell'antico valore, né dalle donne si lascino superare* (1545), la *Sferza de' scrittori antichi e moderni* (1550) y el *Catalogo delle piu mostruose che si vedono in Italia* (1552). A estas obras se suman aquellas que publicó con firma femenina, señaladas anteriormente: *Della vera tranquillità dell'animo* (1544) de Isabella Sforza, *Lettere di molte valorose donne, nelle quali chiaramente appare non esser ne di eloquentia, ne di dottrina alli huomini inferiori* (1548), firmadas por varias autoras, algunas de las consolatorias del libro *Consolatorie de diversi autori* (1550) y *Le lettere* (1552) de Lucrezia Gonzaga.

De las obras mencionadas, aparte de los *Paradossi* y la *Confutatione*, que analizaremos en el próximo apartado, destaca la “breve exhortación a los hombres para se revistan del antiguo valor y no se dejen superar por las mujeres”. Este tratado se publicó como apéndice en el libro de Vincenzo Maggi, titulado *Un brieve trattato dell'Eccellentia delle Donne*³⁵, publicado en Brescia en 1545 por el editor Damiano de Turlini. La exhortación de Lando va en consonancia con el escrito del filósofo y humanista Vincenzo Maggi, el cual argumenta la superioridad femenina, partiendo, como él mismo apunta, de tres premisas:

³⁵ El título completo con la incorporación del texto de Lando es: *Un brieve trattato dell'Eccellentia delle Donne, composto dal prestantissimo Philosopho (il Maggio) e di latina lingua, in Italiana tradotto. Vi si e poi aggiunto un'esortatione a gli homini perché non si lascino superar dalle donne, mostrandogli il gran danno che lor e per sopravvenire.*

Primieramente dalli instrumenti dell'anima, li quali, senza dubbio sono nelle donne più che ne gli huomini eccellenti. Poi dalle operationi che derivano da la ragione. Ultimamente dal testimonio de gli istessi huomini, poiché e conoscono e confessano d'esser alle Femine inferiori. (Maggi 1545: 6)³⁶

El texto de Lando también exalta las virtudes de las mujeres, poniendo de manifiesto su actual superioridad en una época de absoluta decadencia para los hombres, privados de su antiguo valor y honestidad. El autor describe la degeneración de las costumbres y los valores de los hombres en su tiempo, que contrasta con las grandes empresas y virtudes de sus predecesores, vaticinando, por ello, una justa y merecida superioridad de las mujeres, que se justifica en el declive del hombre moderno:

Felice veramente si può dire chi nacque in quella santa, e virtuosa età, e mal avventurato chiunque nasce nei moderni tempi: Le virtuose opere dei nostri antepassati, furono già ragione di farci alle donne superiori, e ora temo che la dappocaggine nostra non ci faccia divenire i loro schiavi, il che sarebbe troppo dura mutazione (Lando, 1545: 35)

Su discurso se centra en demostrar que, en la época actual, las mujeres superan a los hombres en comportamiento, acciones, pensamiento e ingenio; motivo por el cual merecen ocupar el puesto privilegiado que ocuparon los hombres de la Antigüedad. Haciendo alusión a la magnanimidad del rey Roberto, el autor sostiene:

Se di questi principi si vedessero oggi, non temerei che le donne occupassero mai il real seggio: ma io non ne vego, io non ne trovo, là dove molte donne intendo ritrovarsi che con grandissima destrezza d'ingegno governano gli stati alla loro cura commessi: non spogliando i vasalli, non divorando i Pupilli, non facendo ingiuria alle afflitte vedovelle, né offendendo in cosa alcuna i loro vicini: Chi considerasse la Maestà, che molte

³⁶ Citamos la versión original de 1545, con su correspondiente transcripción gráfica. El libro está disponible en el repositorio de Google books.

donne serbano nel governare le loro giuridizioni, temerebbe con esso meco di quel che già buona pezza fa ho cominciato a temere, cioè che le donne tosto non occupino i primi luoghi guadagnati da noi uomini, quando eravamo d'altro valore che al presente non siamo (Lando, 1545: 37).

Al contrario que los hombres, las mujeres de la época moderna “camminino tuttavia di virtù in virtù” (Lando, 1545: 38). Lando exalta estas virtudes, poniendo siempre de manifiesto que se trata de virtudes de las que carecen sus coetáneos varones y que, sin embargo, comparten las mujeres de todas las naciones. Así, alaba no sólo a las italianas, sino también a las alemanas, a las francesas, a las inglesas o a las españolas.

También serán ejemplo de mayor virtud las religiosas, frente a los religiosos:

E se i Religiosi mi paiono scaduti da quella loro antica perfezione, non mi pare già che scadute siano le Religiose dai primi esempi, che si proposero da imitare [...] Manca tuttavia il valore dei frati, e aumentasi quello delle Suore (Lando, 1545: 39-40).

El autor, aun queriendo exhortar a los hombres a “no dejarse superar por las mujeres”, en realidad, hace un alegato en su defensa, mostrando sus virtudes y altas capacidades. De este modo, las mujeres no sólo no son inferiores, sino que son un ejemplo a seguir. Como sostiene Miriam Bucuré, la intención del autor es “esortare i lettori –gli uomini– a essere i migliori, usando le donne come esempi di maggior virtù” (Bucuré, 2023: 90).

No obstante, este texto no está exento de la ironía y jocosidad que caracteriza su escritura y, por tanto, podrían advertirse declaraciones contrarias a las mujeres. Un ejemplo lo encontramos en el pasaje donde afirma que, al estar los hombres abandonando la virtud, las mujeres se están acercando a ella, “mimándola” y “persuadiéndola” de que “essendo anch'essa femina gli sia maggior honore il starsi con le femine, che cogli huomini, promettendo che mai non l'abandonaranno, né mai dal lor commertio la discacciaranno” (Lando, 1545: 43). A continuación, sin embargo, sostiene que “non potendo mai star le femine troppo longamente insieme, attendiamo pur a scacciar i

suoi nemici, che ella incontanente ritornerà ad habitar con noi (Lando, 1545: 44). Así pues, las mujeres cultivan la Virtud, pero siendo ésta fémica, y considerando que las mujeres no pueden estar mucho tiempo juntas, llegará un momento en que regrese con los hombres. La comicidad, característica esencial de Lando, se aprecia en este pasaje y en otros en los que declara, por ejemplo, que él es muy asiduo a las conversaciones de mujeres para espiarlas y saber cuáles son sus planes:

Io parlo a tutti gli huomini, e dico che se non gli si provide, e con prestezza, muterassi stato, e cambierassi conditione, e quando crederemo di esser padroni, all' hora conosceremo esser divenuti servi, quando crederemo di comandar, converacci obedire. Io so quel che dico Magnifici Signori, né per altro sono frequente nelle lor conversationi, che per ispiar l' animo e risaper i consigli. (Lando, 1545: 45)

Una idea recurrente en este breve tratado es la pérdida de los hombres, abocados a la servidumbre y a perecer bajo el gobierno de las mujeres. En este sentido es interesante su reflexión sobre el mal comportamiento de los hombres hacia las mujeres que podría revertir en un mismo maltrato para los hombres si éstas gobernasen:

Tristi noi e infelicissimi sopra tutti gli huomini che mai furono se entriamo in servitù, non speriamo mai più di uscirne: oh che duro imperio ci converrà sofferire, elle si ricorderanno delle aspre battiture che date le habbiamo, e dei tormenti che per gelosia gli habbiamo fatto sentire: elle si ricorderanno delle pene per i nostri peregrini amori molte volte sofferte [...] deh come credete che trattaranno quelli che, prohibito gli haveranno di andar per lor diporto alle danze, alle giostre, e altre feste? (Lando, 1545: 47).

Se trata de una denuncia explícita de los agravios sufridos por las mujeres y de la advertencia de una hipotética, pero justa, venganza. Así pues, este texto que, en un principio, podría parecer misógino u opuesto al tratado de Maggi, se convierte en una narración altamente filógina, que evidencia las virtudes de las mujeres y su superioridad en valores y actos. Asimismo, pone en

relieve su capacidad para dirigir y su semejanza con los hombres, habiendo mudado hábito y costumbres.

Non avertite voi al scambiamiento de costumi? e che dove prima portavano le camise scollate, hor per la maggior parte le portano da huomo, e non semplicemente da huomo, ma da soldato: solevano prima calzarsi solamente insino alle ginocchia e hora usano le calze chiuse [...] solevano portarle chiove sopra gli homeri ricadenti hor sparse hor intrecciate, hora se gli hanno incominciato a raccorciar sin'alle orecchie [...] Io vi dico Signori, che lo fanno per esser più ispedite e al portar dell'elmo, et al cavalcare, e che pensate voglian dir quei grossi Cartoni che nelle vesti portano? l'è uno avezzarsi a portar il Corsaletto: che Augurio è il portar delle Berette con le piumme? che augurio di haver sempre l'Ariosto nelle mani e quella parte più sovente legere che d'arme tratta? solevano a Napoli andar nelle Carrette, e hora vanno sopra i Ginetti: che Augurio è ancho di haver in Lombardia in luogo di Carrette, introdotto i Cocchi, li quali, hanno molto più del militare: Non hanno incominciato cavalcando portar anchora i stivaletti, e della Caccia delettarsi sopra modo? (Lando, 1545: 46)

El interés de Lando por las mujeres se adscribe no sólo a su convicción de la paridad intelectual de hombres y mujeres, sino también, como apuntan diversos estudios críticos, a la transformación de la sociedad italiana del Renacimiento, donde las mujeres habían pasado de ser sujetos pasivos a activos y cuya presencia en la cultura era cada vez mayor. En palabras de Salwa: “stava diventando più vistosa la presenza delle donne nel mondo delle lettere: non solo destinatarie di liriche convenzionali e eroine di narrazioni moralizzanti, ma anche protagoniste attive della vita letteraria” (Slawa, 2022: 46). Un factor que ya evidenció Novella Bellucci en su estudio sobre las *Lettere di molte valorose donne*, afirmando “la tendenza all'affermazione di un protagonismo femminile nella letteratura e l'interesse alla discussione sul modello 'donna' di cui testimonia anche la gran mole di trattati; ma anche erano aumentate le donne destinatarie-consumatrici di letteratura femminile” (Bellucci, 1981: 257). Una literatura “femenina” que privilegiaba el género epistolar, más propicio para ciertos argumentos que atraían al público femenino.

Así lo advierte Mercedes González en su edición de las *Lettere di molte valorose donne*:

Con su innovadora colección de cartas supuestamente escritas por mujeres, el humanista milanés, a través de una escritura más íntima y humana, pretendía ganarse el favor de un público más amplio, y, en especial, del femenino, cada vez más numeroso, incluyendo argumentos adecuados para satisfacer sus gustos, entre estos temas cotidianos y domésticos, que estaban excluidos de otro tipo de géneros y que, sin embargo, en este nuevo formato tenían plena cabida (González, 2024: 35).

En esta misma línea, Mercedes Arriaga señala la retórica del “affectio” para captar al público femenino, pero también para abordar temáticas en consonancia con sus gustos.

Los textos dedicados y dirigidos a mujeres representan la captación de un nuevo público, con la consecuente venta y éxito de sus obras.

Algunos autores filóginos utilizan, para ganarse la confianza de sus destinatarias y para establecer relaciones de amistad y complicidad con ellas, la retórica del affectio, lo que les permite establecer la simpatía y empatía necesarias para afrontar temas femeninos (Arriaga, 2021:130).

En conclusión, ya fuera para ganarse el favor de las cada vez más numerosas lectoras, o para complacer a las mujeres influyentes que estimaba, como Lucrezia Gonzaga, o fuera por un convencimiento real de las capacidades femeninas en todas las artes y saberes, no cabe duda del interés de Lando por las mujeres y de su participación activa en el debate que se suscitó en torno a esta cuestión en el panorama cultural europeo.

5. LA DEFENSA DE LAS MUJERES EN *I PARADOSSI*

Como sostiene Mercedes Arriaga en su estudio “La Querella de las mujeres en Italia. Una revisión bibliográfica”, en los *Paradossi* nuestro autor muestra posiciones misóginas y filóginas al mismo tiempo (Arriaga, 2021: 131). Al contrario que en otras

obras, donde las manifestaciones misóginas no provenían del narrador, sino de personajes claramente antagonistas (como es el caso de Gigli en las *Forciane* o de Gerardo en el *Dialogo contro gli huomini letterati*), en sus *Paradojas* las declaraciones misóginas son fruto de su pluma. No es de extrañar, sin embargo, que en una obra que pretende confundir al lector, con un discurso cimentado en el sarcasmo y la ironía, se muestre el Lando más contradictorio y controvertido, el más indescifrable y enigmático. Por ello, sus apreciaciones contra las mujeres se intercalan con declaraciones de exaltación de sus virtudes, en un juego sin fin de dialéctica perfectamente organizada y argumentada.

La crítica ha abordado en repetidas ocasiones la intencionalidad de las paradojas y su significado, concluyendo que se prestan a múltiples interpretaciones, siendo todas, al mismo tiempo, válidas y refutables. De esta manera, el autor se revela como un “vero virtuoso nell’arte di forzare il lettore a prendere la sua parte nel gioco” (Salwa, 2022: 70). Una tarea ardua si se tiene en cuenta que estamos ante un maestro de la disimulación, cuya escritura sigue siempre un mismo patrón, caracterizado por “la dispersione centrifuga dell’opinione; l’ammissione di una regola, di un valore, e subito dopo l’affermazione del contrario con la stessa veemenza” (Pezzini, 1991: 68). Sin embargo, su juego³⁷ de confundir o desorientar, dejando en manos del lector el significado de su mensaje, no invalida sus afirmaciones. Se trataría, siguiendo la tesis de Salwa, de una estrategia discursiva:

Lando se ne serve alla perfezione, per distanziarsi – per lo meno in alcuni suoi scritti – da tutto e da tutti, lasciando ai suoi lettori il compito di riflettere e di decidere, senza suggerirgli nessuna cifra per qualsiasi decriptazione in chiave seria e tantomeno impegnata. Si tratterebbe pur sempre di una strategia discursiva: ironizzare e parodiare verbalmente non significa automaticamente prendere una distanza seria e reale all’infuori del gioco testuale (Salwa, 2022: 42).

³⁷ Recordemos que Lando firmó su obra como “Ludebat Hortensius”, es decir, “jugaba Ortensio”.

Asimismo, en un texto plagado de ironía y sarcasmo, como son los *Paradossi*, el lector debe ir más allá del texto en sí, realizando un acto de lectura interpretativo de la intencionalidad de tal ironía. Como sostiene Hutcheon, en su estudio sobre la ironía, la sátira y la parodia, “l'acte de lecture soit dirigí au-del  du texte (comme unit  sémantique ou syntaxique) vers un d codage de l'intention  valuative, donc ironique, de l'auteur” (Hutcheon, 1981: 141).

Teniendo en cuenta estas premisas, las posturas de misoginia y filoginia en un mismo texto, no llaman la atención y responden al sentido intrínseco de la paradoja. Será necesario dilucidar cuánto hay de ironía y cuánto de realidad para determinar, así, si prevalece la defensa de las mujeres o su vituperio.

Las paradojas que abordan expresamente un tema relacionado con las mujeres son las siguientes:

-Paradosso VIII. Meglio   d'aver la moglie sterile che feconda.

-Paradosso XI. Non essere cosa detestabile n  odiosa la moglie disonesta.

-Paradosso XXI. Non essere da dolersi se la moglie si muoia e troppo stoltamente far chiunque la piagne.

-Paradosso XXV. Che la donna   di maggior eccellenza che l'uomo.

No obstante, referencias a las mujeres encontraremos en muchas de sus treinta paradojas y algunas, como la paradoja XXIX, titulada “Che Aristotele fusse non solo un ignorante ma anche lo pi  malvagio uomo di quella et ”, se relaciona, como veremos más adelante, con la *Querelle*.

De las cuatro paradojas señaladas, dos se asocian al pensamiento fil gino del autor y las otras dos alternan misoginia y filoginia.

Comenzando con la primera (la octava de su libro), Lando, con tono sarcástico y jocoso, asegura que “es mejor tener una mujer estéril que una fecunda” y argumenta esta afirmación en la altivez y arrogancia que confiere la maternidad a las mujeres; altanería que nace del poder que le otorgan los hijos, dependientes de ella y de sus mandatos.

Realmente no s  cómo se puede decir que la esterilidad de la mujer sea en modo alguno una cosa mala, siendo la razón de que

de esquivar y bizarra se vuelva benigna, humilde y más dispuesta a la obediencia de su consorte; en cambio, la esposa fecunda se ve siempre llena de infinito ardor y orgullo, y no es de extrañar que, viendo tantos hijos queridos que dependen de su imperio, y que observan sus indicaciones con tanta reverencia, se crezca de tal modo que le parezca ser no sólo la esposa, sino la verdadera y absoluta señora de la casa (p. 73)³⁸.

Sin embargo, ésta será la única razón que aluda contra las mujeres y que podría considerarse misógina, ya que en su narración también se muestra defensor de la honorabilidad de las estériles, a veces, repudiadas por la sociedad, por no cumplir con su misión de madres. Para ello, recurre a la palabra de Dios, que enalteció a las estériles. Además, el discurso se orienta hacia los hijos ingratos, sosteniendo el privilegio de la esterilidad, pues los hijos causan más sinsabores que alegrías.

¿No ha predicho Jesucristo en su santo Evangelio que bienaventuradas serán las mujeres estériles? ¿Por qué, pues, hay que lamentarse y vilipendiar aquellas cosas a las que la inefable bondad del Redentor promete la felicidad eterna? Sin duda creedme que la esterilidad es un remedio singular para los males matrimoniales, que no pueden evitarse de mejor manera. Creedme, de verdad, que la esterilidad es una excelente y útil medicina contra la maldad de los hijos; a no ser que se disponga de esa hierba llamada *ermezia*, que quien la come (si Demócrito dice la verdad) no sólo produce hijos buenos, honrados y bien educados, sino también hermosos y agraciados (p. 75).

En su texto no olvida a las madres, víctimas también de los hijos desagradecidos.

Así pues, esta paradoja, aun pareciendo misógina, si se analiza en profundidad, resulta un alegato contra la fecundidad, que produce malestares y disgustos en hombres y mujeres.

La otra paradoja que presenta tintes misóginos es la vigésimo primera, titulada “Non essere da dolersi se la moglie si muoia e

³⁸ Las citas en este apartado corresponden a la traducción de los *Paradossi* seleccionados, presente en esta edición. Entre paréntesis se indica solo el número de página.

troppo stoltamente far chiunque la piagne”. Lando inicia esta paradoja disculpándose con las mujeres, consciente de que sus palabras no van a agradar:

Quisiera decir, con el beneplácito de las mujeres, de cuya enemistad huyo más que del fuego y evito más que la peste, que perder a una esposa es como perder la sarna, el asma, la fiebre o un tumor, una pérdida de la que verdaderamente hay que alegrarse más que entristecerse (p. 82).

Lando considera que es mejor no tener esposa y, por tanto, no hay motivo para llorar cuando ésta muere. Si la mujer es mala es mejor perderla y si la mujer es buena también, ya que las mujeres buenas son sabias y amorosas, pero crean más discordias que las que están sometidas, en palabras de Lando, “estas mujeres están siempre encendidas de mayores celos y sospechas que las que están tristemente sometidas; y es ahí donde me parece que necesariamente la casa, por infinitas discordias y muchas discrepancias, cae y se arruina” (p.82).

Para apoyar su tesis cita a Cicerón y a Terencio, un hecho significativo si tenemos en cuenta que su libro de paradojas se cierra con una a Cicerón, que lleva por título “Che M. Tulio sia non sol ignorante de filosofia, ma di retorica, di cosmografia e dell’istoria”; es decir, se sirve de Cicerón para sostener su argumento, pero lo desacredita al final de su obra.

No sé qué clase de alegría nos dan las esposas para que las lloremos cuando pasan a mejor vida; porque cuando tomamos por esposa a una mujer hermosa, debemos sufrir grandes penas para evitar que nos traicione, y cuando la tomamos fea, no pasa mucho espacio de tiempo hasta que nos vemos obligados a separar la habitación y a dejar la cama. Oh, qué lástima ver continuamente ante nuestros ojos ciertos rostros infernales, ciertos ojos feos, con narices aguileñas, y no poder remediarlo más que con el divorcio (p. 83).

Tras estas afirmaciones, que, obviamente, en su sentido literal, son un ataque a las mujeres, emergen declaraciones pro-féminas, veladas en la sutil ironía del escritor y que, un lector avezado en la obra landiana, podría descifrar sin mucha dificultad.

Y hoy en día ¿quién hay que no sepa que las esposas son de tal condición que, si se encierran en casa, nunca dejan de quejarse y decir: "Si yo hubiera pensado que tenía que estar encerrada todo el tiempo, me habría hecho monja o me habría emparedado". Dejémoslas ir donde les plazca: os aseguro que daremos que hablar a las brigadas, y haremos que en todas partes se rumore de nosotros. Mostrémosles turbio semblante y, al instante, de ira e indignación estallará. Dejémosle gastar a su antojo y disponer de sus facultades; yo sé que pronto con sus modas peregrinas, con alisados y con bordados, os arruinará. Que gobierne el hombre, y que no permita que gaste a su voluntad: le robará el monedero, o se confabulará con el labrador para robar una fanega de trigo o unos ovillos de lino (p.83).

Podría interpretarse este pasaje como los dos contrapuntos del debate sobre las mujeres, aquellos que abogan por la libertad e independencia de éstas (que vayan donde les plazca, que gasten lo que quieran) y los que se oponen a ello (por las habladorías, para evitar ser arruinados). También se podrían invertir los planteamientos y, en este caso, para que no se queje, no la encierres en casa y para que no te robe, déjala gastar a su antojo, con una sentencia final que induce a pensar que la mujer es ingobernable, pues si la intentas gobernar, se las ingeniará para conseguir sus aspiraciones.

Esta hipótesis se sustenta en otra de las paradojas señaladas, concretamente en la undécima, titulada "Non essere cosa detestabile né odiosa la moglie disonesta". En este caso, el autor exhorta a los hombres a liberar a sus esposas, pues esa libertad redunda también en beneficio para el hombre:

Recuerdo, además, haber oído decir que la impudicia de las esposas fue lo que nos preparó en primera instancia a una vida más libre, y por consiguiente más feliz y tranquila, al darnos ocasión de divorciarnos, y de dar libelos de repudio, sin usar venenos ni cuchillos. Oh singular beneficio, cómo serías, si fueras bien conocido, digno de toda buena recompensa (p. 78).

La antífrasis, en este caso, obliga al lector a replantear las costumbres y comportamientos tradicionalmente instaurados,

rebatando viejas concepciones y estereotipos no cuestionados con anterioridad. Lando defiende a la mujer adúltera y su explicación es tan convincente que deja poco o ningún espacio a la refutación. Su discurso se asienta en historias de la Antigüedad, con el ejemplo de los reyes más poderosos que pocas veces tuvieron “matrimonios castos”, y con el ejemplo de tantas adúlteras célebres, como Cleopatra, Olimpia, Clitemnestra, Helena, Fedra, Mesalina, Julia Soemias, Berenice, Medea, etc.

Por otra parte, el escritor reprocha a los hombres que hagan recaer su honor en la pudicia de sus esposas y su deshonra en la infidelidad: “¿acaso crees que por los errores ajenos puedes ser deshonrado? Necio eres si así lo crees” (p. 79).

Concluye su paradoja asegurando que son muy pocas las mujeres recatadas, pero se desmarca expresamente de aquellos que quieren “morder la honestidad de las mujeres” (p. 81), pues asegura que, aun siendo pocas, sí existen las castas, entre ellas, su mujer.

La última paradoja de tema femenino es, sin duda, la más relevante para la Querrela de las mujeres. Se trata de la paradoja XXV, titulada “Che la donna è di maggior eccellenza che l'uomo”. El texto se inserta en el segundo libro y es una de las paradojas más largas, con una extensión de catorce folios (siete páginas dobles), lo que muestra el interés de Lando por este argumento. Su intención es demostrar que la mujer no es inferior al hombre, sino que, en muchos aspectos, lo supera. Este texto forma parte de una tradición incipiente en Italia de escritos reivindicativos de la excelencia y dignidad de las mujeres, como son el *Dialogo della dignità delle donne* (1542) de Sperone Speroni, el tratado *Della nobiltà ed Eccellenza delle Donne* (1545) de Alessandro Piccolomini o el de Vincenzo Maggi, *Un brieve trattato dell'Eccellentia delle Donne* (1545), que encontrarán una nutrida continuidad en la segunda mitad del siglo³⁹.

La paradoja XXV de Ortensio Lando es un escrito laudatorio de las virtudes femeninas, aquellas que el escritor advierte ya

³⁹ Sobre los tratados en defensa de las mujeres durante el siglo XVI, remitimos al apéndice bibliográfico que incluye Francine Daenens al final de su estudio (1983: 41-50).

desde la creación del hombre, o que recupera de la historia de la Antigüedad u observa en las mujeres de su tiempo. El elenco de virtudes abarca desde la belleza, a la bondad, la generosidad, la honradez, la prudencia o la inteligencia. El escritor declara haber llegado a la conclusión de la superioridad femenina, tras haber examinado minuciosamente su grandeza en diferentes ámbitos. Esta grandeza parte del momento de su concepción, habiendo sido creadas por Dios en el paraíso terrenal, con una forma más perfecta, más hermosa, delicada y proporcionada.

He creído durante mucho tiempo que las mujeres no sólo no eran superiores a los hombres en excelencia y dignidad, sino que tampoco eran iguales. Considerando después, más minuciosamente, su grandeza y singulares cualidades, me veo constreñido por la verdad a creer, y en todo lugar a manifestar, la preeminencia que el excelentísimo y supremo Dios les dio desde el principio del mundo, formándolas en el paraíso terrenal, lugar sobre todos los demás ameno y delicioso, de carne pura y bien compuesta, y no de fango inmundo, como fue formado el hombre, al cual no se le dio (por lo que se ve) tanta belleza como se le dio a la mujer, cuyo rostro claro y perpetuamente lampiño, por su uniformidad, se muestra como verdadera obra del gran Dios, fuente de toda belleza, y cuyo delicado cuerpo, con su divina proporción, que todos los perspectives confiesan ser mucho mayor en la mujer que en el hombre, da claro testimonio de las celestiales medidas (p. 87).

La superioridad que el Creador otorgó a la mujer es una de las tesis más recurrentes en la obra landiana para su defensa. Encontramos este argumento en el discurso de Camilla en las *Forciane*, como se vio en el apartado anterior.

Otra característica, fruto de su excelsa erudicción, es la mención de mujeres que han sobresalido en todos los tiempos. El autor asegura que los casos de mujeres virtuosas en la historia supera al de los hombres, en todos los lugares y en todos los tiempos:

¿Qué virtud se ha visto jamás en siglo alguno que se asemejase a la de Zenobia, Valasca y otras famosas mujeres de aquella antigua y floreciente época? ¿Quién siquiera las supera, o mejor

dicho, quién no es inferior a ellas en la fe y la constancia? Yo, por mi parte, dirijo mi atención a los historiadores en una y otra lengua, y los observo con todo el cuidado que puedo; pero nunca veo ejemplos más ilustres de virtud que los que dieron las mujeres en todos los tiempos (p. 87).

Asimismo, destaca el carácter enciclopédico de esta paradoja, con los numerosos ejemplos de mujeres ilustres, desde la Antigüedad hasta el siglo XVI. De la historia antigua cita el valor y arrojo de Camila, la inconmensurable fuerza de Pentesilea la diligencia de Semíramis, la virtud de Zenobia y de Valasca, el espíritu excelente de la bella Friné, la inmensa caridad de Tabita, etc. También menciona a Carmenta, que descubrió las letras, a Safo, que inventó el verso sáfico, y a la bella poeta Corina. De su época señala a Vittoria Colonna, a Veronica Gambara y a Emilia Angosciola; después continúa mencionando a mujeres de todas las partes de Italia, de Nápoles, Florencia, Lucca, Siena, Lombardía, etc. Cita a Isabella Villamarina, princesa de Salerno, Giulia Gonzaga, la Marchesana della Palude, Violante Garlona, Violante Sanseverina, Maria Sanseverino, Luvigia Carolea, Onorata Pecchi y Frasia Venturi, Caterina Dati, Margherita Bernardini, la florentina M. Maria delli Albizi, Gostanza di Nuvolaro, Violante Gambera, Giulia Trivulza, Ippolita Sanseverina, Luvigia Palavicina da Scipione, Rangona Scotta, Lucrezia Martinenga Beccaria, María Pietraviva y, en mayúsculas, la admirada Isabella Sforza. De ésta última afirma que no conoce a ningún hombre que se pueda comparar en ingenio y sagacidad.

Lando es consciente de que está realizando un “pequeño catálogo de mujeres singulares”, así lo afirma explícitamente en su paradoja. Un catálogo contra el vituperio al que son sometidas, un catálogo de virtudes que ponga freno al escarnio, a la calumnia y a la deshonra. Por ello, termina su paradoja instando a los hombres a amar a las mujeres, a no denigrarlas y a ridiculizar, como hace él, a aquellos que se deleitan humillándolas.

Podría añadir infinidad de cosas que testimonian la excelencia de las mujeres, pero ya que os he remitido a las historias, terminaré aquí, exhortándoos a sus enseñanzas, donde veréis su grandeza

esculpida mucho mejor que en mis escritos. Veréis también (si os place juzgar sin animosidad) que los hombres más excelentes siempre lo han confesado, siendo de buen corazón sus servidores, y, como si en ellas resplandeciera una gran divinidad, las han, poco menos, que adorado. Amémoslas, pues, también nosotros, sometámonos a ellas con gusto, mofémonos de esas sucias lenguas que han puesto todo su gozo en lacerarlas y humillarlas (p. 95).

Es interesante analizar la confutación a esta paradoja, presente en su libro *Confutatione del Libro de Paradosi*. Este texto, aun pretendiendo demostrar la inferioridad femenina, en contraposición a la excelencia que les confiere la paradoja XXV, contiene ciertas aseveraciones que, irónicamente, se relacionan con la defensa de las mujeres. Es decir, la confutación, más allá de rebatir algunos argumentos expuestos en la paradoja, los confirma. Ya desde las primeras líneas, el autor “anónimo” sostiene, a propósito de la mayor excelencia de las mujeres, que “tanti sublimi ingegni sieno di questa falsa opinione” y que “ben stranamente mi maraviglio, che di ciò scritto n’habbino le più dotte penne d’Italia” (Lando, 1545: 21). Él, que se confiesa ignorante, pretende contradecir a estos doctos escritores: “ma io che forse sono il più ignorante, dirò arditamente il contrario” (Lando, 1545: 21). Así pues, el autor pone en evidencia que la defensa de la excelencia femenina parte de los más cultos y eruditos de Italia, un hecho que avala, sin duda, la veracidad de tal condición; siendo, en cambio, los ignorantes, como él, los que defienden lo contrario, o sea, la inferioridad de la mujer.

Por otra parte, en su razonamiento para confutar esta mayor excelencia, recurre a Aristóteles y a sus teorías misóginas sobre la naturaleza inferior de las mujeres. No obstante, él mismo rebate este argumento, poniendo de manifiesto que estas teorías han sido escritas por hombres, no por mujeres:

Ma dirmi si potrebbe d’alcuno, che fusse sviscerato servitor di donne, che le prefate cose dette in deprimere l’eccellentia di quelle, sieno state scritte da gli huomini (Lando, 1545: 22).

Por ello, desacreditando, en cierta medida, la historia que han escrito los hombres y pretendiendo aportar una mayor objetividad

a su confutación, cita ejemplos de “mujeres” que han criticado su propio sexo, concretamente, a Eunomia, personaje de la *Aulularia* de Plauto y a Filomena, Elisa y Lauretta del *Decamerón*. La parodia es evidente si tenemos en cuenta que no son mujeres reales, sino ficticias, protagonistas de obras escritas por hombres.

El extenso catálogo de mujeres reales presente en la paradoja XXV, como muestra de la excelencia femenina, se contrapone a las cuatro figuras irreales de la *Confutatione*, que el autor presenta como ejemplo de mujeres que, con sus palabras, corroboran la inferioridad femenina. Además, tergiversa en algún caso sus declaraciones, pues la Eunomia de Plauto no afirma en ningún momento que no haya conocido ninguna mujer buena ni muda, sino que alude a la opinión que de ellas se tiene⁴⁰. A Aristóteles, Plauto y Boccaccio se añade Eurípides quien aseguró que no hay cosa más cruel que se pueda imaginar que la mujer (Lando, 1545: 23). Salva del escarnio a algunas del presente, “piene di valore” (Lando, 1545: 23), como a su estimadísima Isabella Gonzaga, indicio irrefutable de la autoría de la *Confutatione*.

Por otra parte, la alusión a Aristóteles y a Boccaccio para defender su confutación no es baladí, pues se trata de dos autores reprobados por Lando en sus paradojas, precisamente por el carácter misógino de algunos de sus textos. El narrador asegura que quien desaprobe sus argumentos, debe también reprender a Aristóteles, “maestro di color che sanno, e segretario della natura, nelli cui scritti mai si scoperse alcuno errore” (Lando, 1545: 21). Sin embargo, en su paradoja XXX del libro de *Paradossi*, dice justamente lo contrario, esmerándose en señalar todos los errores

⁴⁰ Reproducimos las palabras de Eunomia a su hermano Megadoro, en el diálogo al que hace mención la *Confutatione*: “Yo quisiera, hermano, que tú tuvieras la convicción de que mis palabras nacen de mi afecto hacia ti y de mi interés por tu bien, ya que vienen de parte de una verdadera hermana. Aunque no se me oculta que se nos tiene aversión a las mujeres, porque tenemos fama de charlatanas, y con razón y hasta dicen que ni hoy en día ni nunca jamás ha habido una mujer que fuera muda”. Véase: Plauto, *Comedias I- La comedia de la olla*, edición de Mercedes González Haba, Gredos, Madrid, 1992, p.7. En la *Confutatione*, el autor sostiene que Eunomia decía: “Non trovarsi femina, che buona fusse, ma l’un l’altra esser peggiore: tutte loquaci, ne mai essersene ritrovata alcuna che mutola fusse” (Lando, 1545: 22).

de la obra aristotélica e, incluso, acusando al filósofo de plagio⁴¹. Similar es el caso de Boccaccio, protagonista de su paradoja XXVII, que lleva por título “Che l’opere del Boccaccio non sieno degne d’esser lette, ispezialmente le Dieci Giornate”. Que Ortensio Lando pretenda desacreditar a estos dos autores (junto a Cicerón en la última paradoja de su libro) es muy significativo y relevante para la cuestión que nos ocupa, es decir, para la defensa de las mujeres en la obra del milanés. En la paradoja dedicada a Boccaccio y al *Decamerón*, no desaprovecha la ocasión de depreciar expresamente el *Corbacho*, obra, como es sabido, de contenido misógino: “Il Corbaccio non contiene altro che una sfrenata e rabiosa maledicenza contra d’una gentil e onesta vedova, che per disio d’onore compiacer non volle mai a’ suoi libidinosi desiderii” (Lando, 2009: 87).

Por lo que concierne a Aristóteles, su paradoja XXIX, titulada “Che Aristotele fusse non solo un ignorante ma anche lo più malvagio uomo di quella età”, pretende desmentir las teorías de éste, sabedor de su gran influjo en el pensamiento de su época y de épocas anteriores. Buena parte de los escritos sobre la inferioridad femenina se sustentan en los textos de Aristóteles y en su concepción de la mujer. El filósofo, tomado como maestro incontestable, proporcionó armas válidas a los adversarios de las mujeres, no sólo durante la Edad Media, sino también en el Renacimiento y en siglos posteriores⁴². El objetivo de Lando es anular la validez de tales armas, poniendo en entredicho al armero. En su confutación a la paradoja sobre la excelencia de las mujeres menciona la teoría de Aristóteles sobre la procreación, presente en sus textos biológicos. Para el escritor griego la mujer es “materia que desea forma”, un “animal ocasionato” (Lando, 1545: 21), creado por casualidad, por no haber sido posible la creación de un varón, como sucede con los animales. Así lo expresa, dirigiéndose al autor de los *Paradossi*:

⁴¹ En la paradoja XXVIII titulada “Che l’opere quali al presente abbiamo sotto nome di Aristotele non sieno di Aristotele” expone esta teoría y en la paradoja XXIX retoma la misma idea.

⁴² No hay que olvidar que las indicaciones del filósofo están en la base de las doctrinas que emanaron del concilio de Trento, convirtiéndose en el siglo XVII en normas rígidas (Pedraza, 1997: 82).

Fatevi avanti ingegnosi scrittori, et tu in prima coi tuoi merdosi scritti, et si mi disse la femina fusse piu nobile dell'huomo, credi tu che Aristotele havesse detto: Che la materia desidera e apetisce la forma, come la femina apetisce il maschio? Cioè di esser maschio, per conseguir miglior sesso, e più honorata conditione. Non havrebbe similmente detto Aristotele, che la femina fusse un'animal occasionato, che vuol dire fatto per non poter si di manco. Intende sempre la natura di far principalmente un maschio, il che non potendo, forma poi una femina; e se per sorte ella non può far una femina, forma un Leone, ovvero un cavallo, e così di mano in mano ella discende alla formatione d'un pulce, ò d'una zenzara, ò d'altro più vile animaluccio (Lando, 1545: 21-22).

Lando presenta dos cuestiones distintas, por una parte la distinción entre forma y materia, es decir, entre principio activo y principio pasivo, donde el hombre es forma y la mujer materia. Lo explica José Solana en su estudio sobre la construcción de la diferencia sexual en Aristóteles:

El macho sería el principio activo que transmite la forma del nuevo ser en tanto que la hembra se limitaría a recibir pasivamente la semilla del varón (principio activo). La hembra es la materia y actúa como el surco que recibe la semilla de la que nacerá la planta. La hembra, por tanto, sólo aporta el lugar y la materia (Solana, 2005: 27).

Por otra parte, alude a la formación del género, el cual, según las teorías biológicas aristotélicas, se produce por una malformación, ya que la naturaleza intenta siempre generar machos. En este sentido es de sumo interés la paradoja XXIX, donde el autor evidencia la inexactitud de estas teorías, ya desmentidas por la ciencia del siglo XVI.

Decidme, sabios aristotélicos, tú el primero, Averroes, que hiciste el gran comentario y dijiste que en las obras de este nuevo Dios vuestro no se había encontrado jamás error alguno: ¿no cometió él un desafortunado error al decir que el semen originaba la sangre menstrual, o sea que éste era solo el ejecutor, y no que de él se formaba el animal? Dime, mentiroso Averroes: ¿no erró él al dar la explicación de la semejanza de los hijos a sus madres?

¿No erró igualmente al afirmar con pertinacia que los testículos eran inútiles para la generación del semen? Dime, ignorante, ¿no cometió un grave error al decir que para que el cuerpo se mantenga afeminado hay que cortar los testículos? También erró al decir que la causa del movimiento espontáneo y el sentido estaba en el corazón, habiéndose demostrado con pruebas fehacientes que está en el cerebro (p. 97).

Esta paradoja cuestiona el principio de autoridad de Aristóteles, desvelando los errores que se encuentran en su obra. Asimismo, condena a los teólogos que se han basado en sus doctrinas, aceptándolas como preceptos incuestionables, ensalzando explícitamente la contestación y, en particular, la de Lutero con su relectura de las Sagradas Escrituras.

Ya algunos frailecillos hipócritas pensaron que no podían hacer nada mejor que envejecer en semejantes lecciones, afirmando que sin Aristóteles no se podía entender la Sagrada Escritura, ni ningún hombre (por muy inteligente que fuera) podría haber entendido jamás el tema de la predestinación conjunta con el libre albedrío. Y así dejaron el Santo Evangelio y abandonaron la Biblia para atender a los sueños de este bobalicón. Entonces llegó Lutero sin la ayuda de Aristóteles, sin el apoyo de las formalidades de Escoto, armado sólo con las Sagradas Escrituras tal y como él las entendía, y ahuyentó a todos aquellos reverendos teólogos aristotélicos de Leipzig, Lovaina y Colonia (p. 101).

De esta manera, como advierte Figorilli, hace responsables a los religiosos de “aver soffocato sotto il peso dell’esegesi dottrinale l’autentico messaggio delle Scritture, riportato finalmente alla luce dall’intervento liberatore di Lutero” (Figorilli, 2008: 49).

Por lo que respecta a la Querella, el hecho de cuestionar la autoridad de Aristóteles y de los teólogos aristotélicos, supone el cuestionamiento de su pensamiento misógino, no sólo en lo concerniente a la generación del individuo y a la distinción macho-hembra, forma-materia (principios biológicos), sino también en lo relativo al papel de la mujer en la sociedad, que expone principalmente en su *Política*. Para Aristóteles el macho

es superior a la hembra, el macho rige y la hembra es regida, pues el varón es más apto para la dirección que la hembra (Solana, 2005: 32). Como argumenta Solana, “en la Política la mujer es inferior siempre, de modo que nunca y en ninguna empresa podría la mujer ocupar el puesto de mando” (Solana, 2005: 40). Un hecho que Lando desmiente en su tercera paradoja, titulada “Meglio è d’esser ignorante che dotto”. En ella, menciona la teoría aristotélica sobre la inferioridad de la mujer para el gobierno:

Non crederò similmente che al famigliar governo in parte alcuna giovino, con ciò sia che sovente veduto m’abbia onoratissime matrone, le quali non furono mai al studio di Parigi, né a quel di Padova, e talmente però le case e i vasalli reggono ch’ognuno ne rimane pien di stupore; e Aristotele con Senofonte, che di tal soggetto scrissero, resterebbono di ciò confusi, anzi, se presenti stati vi fussero, non dubito che nuovi precetti non avessero dalle loro azioni ne’ suoi libri traportati. Deh, che direste, Aristotele, se ora vedessi la destrezza che nel comandare e eseguir usa la signora donna Cornelia Piccolomini contessa d’Aliffe? Penso indubitatamente che direste: “Per lei non scrissi, né per lei tal assunto presi”, e ti meravigliareste di vedere in una giovane donna providenza infinita delle cose che avenir possono, maiestà nell’appresentarsi, severità nel correggere, mansuetudine nel conversare, e liberalità nel remunerare chi di buon cuore le serve (Lando, 2009: 14).

Cabe señalar que Aristóteles será un blanco en varias de sus paradojas, no sólo en ésta, donde implícitamente lo sitúa del lado de los ignorantes, o en la décimo cuarta que afirma “Si che paruto m’è sempre un grande ignorante quel babuasso di Aristotele (che tanto però si loda e da’ sciocchi si ammira)” (Lando, 2009: 46), sino también en otras, como en la segunda, donde lo coloca entre los feos.

Por otra parte es interesante cómo se burla del filósofo en su paradoja XXV, en la que, sarcásticamente, recurre a él para confirmar la mayor excelencia femenina:

Quien no crea que las mujeres son de mayor excelencia que los hombres, que se aparte de tan necia opinión y se acerque al docto

Aristóteles, que confiesa que son más ingeniosas que los hombres, diciendo que aquellos cuya carne es más blanda están dotados de mayor inteligencia (nadie duda de que la carne de las mujeres es más blanda y delicada) (p. 89).

Sin duda, evidencia la contradicción del discurso aristotélico, mofándose de éste. En la paradoja XXIX la burla da paso al vilipendio, a través de numerosos apelativos que denigran al griego, entre ellos, “babuasso”, “animalaccio”, “bue”, “tristo”, “ingrato”, “di poca dottrina”, “di mali costumi”... y cerrando su texto con una exhortación a los lectores y a todos los hombres para que abandonen los estudios aristotélicos, de los que “no se puede sacar ninguna sana doctrina” y consideren que Aristóteles “no sólo fue un ignorante, sino el hombre más malvado de aquella época” (p. 102).

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADORNI BRACCESI, Simonetta-RAGAGLI, Simone (2004). “Ortensio Lando”. *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. 63. Disponible en: https://www.treccani.it/enciclopedia/ortensio-lando_%28Dizionario-Biografico%29/
- ARRIAGA, Mercedes (2021). “La Querella de las mujeres en Italia. Una revisión bibliográfica”. *Revista Internacional de pensamiento político*, 16, pp. 125-147.
- BELLUCCI, Novella (1981). “Lettere di molte valorose donne... e di alcune pettegolezze, ovvero: di un libro di lettere di Ortensio Lando”. En A. Quondam (ed.), *Le “carte messagiere”. Retorica e modelli di comunicazione epistolare: per un indice dei libri di lettere del Cinquecento* (pp. 255-276). Roma: Bulzoni, 1981.
- BONGI, Salvatore (1851). “Notizia sulla vita di messer O. Lando”. En Ortensio Lando, *Novelle di M. Ortensio Lando, con diligenza ristampate e corrette, precedute dalla sua Vita* (pp. V-XXIV). Lucca: Giovanni Baccelli.
- BUCURÉ, Miriam (2023). “Un breve trattato dell’eccellenza delle donne e Una breve essortatione a gli huomini: ulteriore analisi delle due opere cinquecentesche”. *Ingenium*, 17, pp. 87-94.

- COGLIANO, Bianca (2021). “«Lettere di molte valorose donne» de Ortensio Lando: traducción al castellano de su dedicatoria”. *Transfer*, 16(1-2), pp. 19-32.
- CORNIANI, Giambattista (1855). *I secoli della letteratura italiana dopo il suo risorgimento*. Turin: Unione Tipografico-Editrice Torinese.
- CORSARO, Antonio (1994). “Per l'edizione critica dei Paradossi di Ortensio Lando”. *Medioevo e Rinascimento*, n. 8, 1994, pp. 150-182.
- CORSARO, Antonio (1997). “Tra filologia e censura. I Paradossi di Ortensio Lando”. En Ugo Rozzo (ed.). *La censura libraria nell'Europa del secolo XVI* (pp. 297-324). Udine: Forum.
- CORSARO, Antonio (2000). “Introduzione”. En O. Lando, *Paradossi cioè sentenze fuori del comun parere* (pp. 1-25). Roma: Edizioni di Storia e Letteratura.
- CORSARO, Antonio (2012). “Bibliografia di Ortensio Lando”. *Cinquecento plurale*, pp. 1-39. Disponibile online: <https://www.nuovorinascimento.org/cinquecento/lando.pdf>.
- DAENENS, Francine (1983). “Superiore perché inferiore: il paradosso della superiorità della donna in alcuni trattati italiani del Cinquecento”. En Vanna Gentili (ed.), *Trasgressione tragica e norma domestica. Esempari e tipologie femminili della letteratura europea* (pp. 11-50). Roma: Edizioni di Storia e Letteratura.
- FAHY, Conor (1956). “Three Early Renaissance Treatises on women”, *Italian Studies*, XI, pp. 30-55.
- FAHY, Conor (1961). “Un trattato di Vincenzo Maggi sulle donne e un'opera sconosciuta di Ortensio Lando”. *Giornale storico della letteratura italiana*, 138, 422, p. 254-272.
- FAHY, Conor (1965). “Per la vita di Ortensio Lando”. *Giornale storico della letteratura*, CXLI, pp. 501-564.
- FAHY, Conor (1988). “Le edizioni veneziane dei Paradossi di Ortensio Lando”. En *Saggi di bibliografia testuale* (pp. 169-212). Padua: Antenore.
- FIGORILLI, Maria Cristina (2018). “Ortensio Lando e le scritture paradossali e facete del Cinquecento”. *La Rassegna della letteratura italiana*, 122 (2), pp. 295-314.

- FIGORILLI, Maria Cristina (2008). “Contro Aristotele, Cicerone e Boccaccio: note sui Paradossi di Ortensio Lando”. *Filologia e critica*, 1, pp. 35-64.
- FLETCHER, J. B. (1894). “Ortensio Lando”. *The Sewanee Review*, 2 (4), pp. 484-499.
- GONZÁLEZ, Mercedes (2023). “La figura de Ortensio Lando en la España de los siglos XVI y XVII: entre recepción y censura”, *Transfer*, 18 (2), pp. 98-128.
- GONZÁLEZ, Mercedes (2024). *Cartas de muchas valerosas mujeres*. Madrid: Dykinson.
- GRENDLER, Paul (1969). *Critics of the Italian World 1530-1560: Anton Francesco Doni, Nicolò Franco and Ortensio Lando*. Milwaukee-Londres: Madison.
- HUTCHEON, Linda (1981). “Ironie, satire, parodie. Une approche pragmatique de l'ironie”. *Poétique*, 46, pp. 140-155.
- JALÓN, Mauricio (ed.) (2015). *Ortensio Lando, Girolamo Cardano, Pedro de Mercado. Pelear con el ingenio. Ironía y desánimo en el siglo XVI*. Valladolid: Ediciones Cuatro.
- LANDO, Ortensio. (1543). *Paradossi, cioè sententie fuori del comun parere*. Lyon: G. Pullon da Trino.
- LANDO, Ortensio. (1545). *Confutatione del libro de' Paradossi, nuovamente composta, et in tre orationi distinta*. Venecia: Arrivabene.
- LANDO, Ortensio (1550). *Consolatorie de diuersi autori novamente raccolte, & da chi le raccolse; devotamente consecrate al S. Galeoto Picco conte della Mirandola, & cavallier di S. Michele*.
- LANDO, Ortensio (1851). *Novelle di M. Ortensio Lando, con diligenza ristampate e corrette, precedute dalla sua vita*. Edizione di Salvatore Bonghi. Lucca: Giovanni Baccelli.
- LANDO, Ortensio (1857). *Le forciane questioni, nelle quali i varii costumi degli italiani e molte cose non indegne da sapersi si spiegano*. Venecia: Tipografica di Sante Martinengo.
- LANDO, Ortensio (2000). *Paradossi, cioè sentenze fuori del comun parere*. Edición de Antonio Corsaro. Roma: Edizioni di Storia e Letteratura.
- LANDO, Ortensio (2009). *Paradossi, cioè sentenze fuori del comun parere*. Edición de Antonio Corsaro. Nuovo Rinascimento.

- Disponibile online: <https://www.nuovorinascimento.org/n-rinasc/testi/pdf/lando/paradossi.pdf>.
- LARSEN, Anne R. (1997). "Paradox and the Praise of Women: From Ortensio Lando and Charles. Estienne to Marie de Romieu". *The Sixteenth Century Journal*, 28 (3), pp. 759-774.
- NÚÑEZ RIVERA, José Valentín. (2002). *Razones retóricas para el Lazarillo. Teoría y práctica de la paradoja*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe B.; RODRÍGUEZ CÁCERES, Mercedes (1997). *Las épocas de la literatura española*. Barcelona: Ariel.
- PEZZINI, Serena (2002). "Dissimulazione e paradosso nelle «Lettere di molte valorose donne» (1548) a cura di Ortensio Lando". *Italianistica*, 31 (1), pp. 67-83.
- RAY, Meredith Kennedy (2009). "Textual collaboration and spiritual partnership in sixteenth-century Italy: the case of Ortensio Lando and Lucrezia Gonzaga". *Renaissance Quarterly*, LXII, pp. 694-747.
- ROZZO, Ugo (2011). "I Paradossi di Ortensio Lando tra Lione e Venezia e il loro contenuto teologico". *La Bibliofilia*, 113(2), pp. 175-210.
- SALWA, Piotr (2011). "Ortensio Lando difensore dell'eccellenza femminile". En AA.VV. (eds.), *Per civile conversazione con Amedeo Quondam* (pp. 1017-1029). Roma: Bulzoni Editore.
- SALWA, Piotr (2022). *Sulle orme di Ortensio Lando e altri studi*. Roma: Accademia Polacca delle Scienze, Biblioteca e Centro Studi a Roma.
- SANESI, Ireneo (1893). *Il cinquecentista Ortensio Lando*. Pistoia: Fratelli Bracali.
- SEIDEL-MENCHI, Silvana (1977). "Un inedito di Ortensio Lando. Il Dialogo contra gli huomini letterati". *Rivista storica svizzera*, 27, pp. 509-527.
- SEIDEL-MENCHI, Silvana (1994). "Chi fu Ortensio Lando?". *Rivista Storica Italiana*, CVI, pp. 501-564.
- SEPÚLVEDA, Jesús. (2004). "Cervantes, Heródoto y Ortensio Lando: A propósito de *El viejo celoso*". En Isaías Lener, Roberto Nival, Alejandro Alonso (eds.). *Actas XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, II. (513-526). Newark: Juan de la Cuesta.

- SOLANA DUESO, José (2005). “La construcción de la diferencia sexual en Aristóteles”. *Convivium*, 18, pp. 23-46.
- VILLA, Alessandra (2010). “Tipologia e funzionamento del sistema della dedica nell'Italia del Rinascimento”. *Line@editoriale*, 2, pp. 26-48.

7. BIBLIOGRAFÍA DE ORTENSIO LANDO

Se presentan las obras de Ortensio Lando en orden cronológico, atendiendo a las primeras ediciones. No se muestran ediciones sucesivas⁴³. Se incluyen, también, las traducciones realizadas por el autor y los textos de Lando publicados en libros de otros autores.

1530

-*Dominicae precationis explanatio. Cum quibusdam alijs, quae sequens indicabit pagella.* Lyon: Gryphe.

-*Dominicae precationis pia admodum et erudita explanatio y Exegesis paraphrastica Symboli Apostolici.* En Girolamo Savonarola, *Dominicae precationis explanatio: cui adjecimus Hieronymi Savonarolae Meditationes in Psalmos.* Lyon: Gryphe.

1534

-*Cribratio medicamentorum ferè omnium, in sex digesta libros, D. Symphoriano Campegio, Medico omnibus numeris absolutissimo, autore.* Lyon: Gryphe.

-*Cicero relegatus & Cicero revocatus. Dialogi festivissimi.* Lyon: Gryphe⁴⁴.

⁴³ Para la consulta de reediciones y traducciones de la obra landiana, remito a la bibliografía de Antonio Corsaro (2012): <https://www.nuovorinascimento.org/cinquecento/lando.pdf>

⁴⁴ También en Venecia: Melchiorem Sessam, 1534.

1535

-*Forcianaes Quaestiones, in quibus varia Itatorum ingenia explicantur, multaque alia scitu non indigna*⁴⁵.

Neapoli⁴⁶: Martinus de Ragusa.

1540

-*In Des. Erasmi Roterodami Funus, Dialogus lepidissimus, Nunc primum in lucem editus*. Basilea: Mense Augusto.

1541

-*Dialogo di M. Filalete cittadino di Utopia contra gli huomini letterati*. Biblioteca Nazionale Braidense di Milano, A C XIII 6.

1542

-Traducción del diálogo de Erasmo de Rotterdam, *Uxor sive coniugium*, con el título: *Dialogo erasmico di due donne maritate, in nel quale luna mal contenta del marito si duole, l'altra la consiglia, e con efficaci esempi la induce a ben vivere, opera molto utile per le donne maritate*⁴⁷, *Tradotta per Andronico Collodio*⁴⁸ *di latino in vulgare*. Venecia: Damonfido pastore detto il Peregrino.

⁴⁵ Traducida en lengua vulgar con el título: *Le due giornate del poeta Bandarino dove si tratta de tutti i costumi, che in le città de Italia a loco per loco usar si soglino*, 1556.

⁴⁶ En realidad, se trata de la ciudad de Lyon.

⁴⁷ En 1550 se publica una nueva traducción, con el título: *La moglie. Dialogo erasmico di due Donne maritate intitolato La Moglie, in nel quale l'una mal contenta del marito si duole, l'altra la consiglia, e con efficaci esempi la induce à ben uiuere, opera molto utile per le donne maritate, Tradotta nuovamente di Latino in Vulgare*. Venecia: Bernardino Bindoni Milanese.

⁴⁸ Pseudónimo de Ortensio Lando (Corsaro, 2021).

-Disquisitiones cum doctae tum piae in selectiora Divinae Scripturae loca. Biblioteca Comunale di Trento, ms. 1002, fl. 97-98r.

1543

-Paradossi cioè, sententie fuori del comun parere, novellamente venute in luce. Lyon: Giovanni Pullon da Trino.

1544

-Della vera tranquillità dell'animo. Opera utilissima, & nuovamente composta dalla Illustrissima Signora la Signora Isabella Sforza. Venecia: Aldo Manuzio.

1545

-Confutatione del libro de Paradossi nuovamente composta, et in tre orationi distinta. Venecia: Arrivabene.

-Breve essortatione a gli huomini, perché si rivestino dell'antico valore, né dalle donne si lascino superare. En Vincenzo Maggi, *Un breve trattato dell'Eccellentia delle Donne, Composto dal prestantissimo Philosopho (il Maggio) e di latina lingua, inItaliana tradotto. Vi si e poi aggiunto un'esortatione a gli homini perché non si lascino superar dalle donne, mostrandogli il gran danno che lor e per sopravvenire.* Brescia: Damiano de Turlini.

1546

-Commentario delle più notabili, et mostruose cose d'Italia, & altri luoghi, di lingua Aramea in italiana tradotto, nel qual s'impara, & prendesi istremo piacere, Vi si e Poi aggiunto un breve Catalogo delli inventori delle cose, che si mangiano, & se beveno, novamente ritrovate, & da M. Anonymo di Utopia composto. Venecia: s.n.

1548

-Lettere di molte valorose donne nelle quali chiaramente appare non esser nè d'eloquentia nè di dottrina alli huomini inferiori.
Venecia: Gabriel Giolito de Ferrari

-Traducción del libro: Tomás Moro, La Republica nuovamente ritrovata, del governo dell'isola Eutopia, nella qual si vede nuovi modi di governare stati, reggier popoli, dar leggi à i senatori, con molta profondità di sapienza, storia non meno utile che necessaria. Opera di Thomaso Moro cittadino di Londra.
Venecia: Anton Francesco Doni.

-Sermoni funebri de vari authori nella morte de diversi animali.
Venecia: Gabriel Giolito de Ferrari.

1550

-Consolatorie de diversi autori novamente raccolte, & da chi le raccolse; devotamente consecrate al S. Galeoto Picco Conte della Mirandola & Cavallier di S. Michele. Venecia: Andrea Arrivabene.

-La sferza de scrittori antichi et moderni di M. Anonimo di Vtopia alla quale è dal medesimo aggiunta una essortatione allo studio delle lettere. Venecia: Andrea Arrivabene.

-Miscellanae quaestiones nunc primum in lucem emissae.
Venecia: Gabriel Giolito di Ferrari e fratelli.

-Oracoli de moderni ingegni si d'huomini come di donne, ne quali, unita si vede tutta la philosophia morale, che fra molti scrittori sparsa si leggeva. Venecia: Gabriel Giolito di Ferrari e fratelli, 1550.

-Ragionamenti familiari di diversi autori, non meno dotti, che faceti, et dedicati alla rara cortesia del molto Reuerendo... Andrea Mattheo d'Acqua Viua. Venecia: Andrea Arrivabene.

-Traducción del libro: *Vita del Beato Ermodoro Alessandrino da Theodoro Cipriano scritta, & nella nostra volgar lingua tradotta.* Venecia.

-*Vita del beato Ermodoro Alessandrino da Theodoro Cipriano scritta, et nella nostra volgar lingua tradotta, nella quale scorgesi un vero essemplio, et una viva imagine dell'huomo christiano*⁴⁹. Venecia: Andrea Arrivabene.

1551

-*Lettera a Pietro Aretino. En Libro secondo delle lettere scritte al Signor Pietro Aretino, da molti signor, Comunità, Donne di valore, Poeti, & altri Eccellentissimi spiriti.* Venecia: Francesco Marcolini.

1552

-*Dialogo di M. Hortensio Lando, nel quale si ragiona della consolatione et utilità che si gusta leggendo la Sacra Scrittura.* Venecia: Andrea Arrivabene/ Venecia: Comin da Trino di Monferrato.

-*Due panegirici nuovamente composti, de' quali l'uno è in lode della Signora Marchesana della Padulla, e l'altro in commendazione della Signora Donna Lucrezia Gonzaga da Gazuolo.* Venecia: Grabriel Giolito de Ferrari e fratelli.

-*Lettere della molto illustre sig. la S.Ra donna Lucretia Gonzaga da Gazuolo con gran diligentia raccolte, & à gloria del sesso femminile nuovamente in luce poste.* Venecia: Gualtero Scotto.

-*Quattro libri de dubbi con le solutioni a ciascun dubbio accomodate. La materia del primo è naturale, del secondo è*

⁴⁹ Firmada con el pseudónimo de Teodoro Cipriano. Atribuida a Ortensio Lando

mista (benche per lo piu sia Morale), del Terzo è Amorosa, & del Quarto è Religiosa. Venecia: Gabriel Giolito de Ferrari e fratelli.

-Sette libri de cathaloghi à varie cose appartenenti, non solo antiche, ma anche moderne: opera utile molto alla Historia, et da cui prender si po materia di favellare d'ogni proposito che ci occorra. Venecia: Gabriel Giolito de Ferrari e fratelli.

-Vari Componimenti di M. Hort. Lando nuovamente venuti in luce. Quesiti amorosi colle risposte. Dialogo intitolato Ulisse. Ragionamento occorso tra un cavalliere, & un huomo soletario. Alcune novelle. Alcune favole. Alcuni scroppoli, che sogliono occorrere nella cottidiana nostra lingua. Venecia: Gabriel Giolito de Ferrari e fratelli.

1552-1553

-Una breve prattica di medicina per sanare le passioni dell'animo. Venecia: Gratoso Perchacino⁵⁰.

1553

-Incerti authoris brevis elucubratio nuper inventa, de his morbis, à quibus humana corpora infestari, corrumpique solita sunt. Venecia: Gabriel Giolito de Ferrari e fratelli

-Dedicatoria de Ortensio Lando a Francisco Vargas. En Cornelio Musso, Predica del Reverendo Monsi. Cornelio [Musso] Vescovo di Bitonto fatta in Trento il giorno di San Donato l'anno MDXLV, Per l'allegrezze che si fecero venuta la nuova, ch'era nato il primogenito del Principe de Spagna figliuolo di Carlo Quinto Imperatore, Nella quale si tratta delle Gratie & delli doni d'Iddio, & della nobiltà & dignità dell'Huomo. Venecia: Gabriel Giolito de Ferrari e fratelli.

⁵⁰ Publicada anónima y sin fecha. Posible datación entre los años 1552 y 1553.

1556

-Sermón consolatorio⁵¹. En Merula, Gaudenzio. *Memorabilium Gaudentij Merulae Nouariensis vltra primam editionem & recognitum & quatuor libris auctum opus cum emendatione et scoli Pomponij Castalij oliuetani*. Lyon: Matthiam Bonhomme.

Otros

-*De persecutione barbarorum*⁵². Anónima, s/f.

⁵¹ Merula incluye en el capítulo VII del primer libro un sermón consolatorio en latín de “Hortensius Landus Mediolanensis” por la muerte de Heronymi Bellacumba (p. 49).

⁵² La atribución de este libelo a Lando se debe a Sixto de Siena, quien, en su Libro V de la *Bibliotheca Sancta* (1566), condena la obra, calificándola de herética y atribuyéndosela a Lando (Rozzo, 2011:208 y González, 2023: 108). Sin fecha de edición ni impresor.

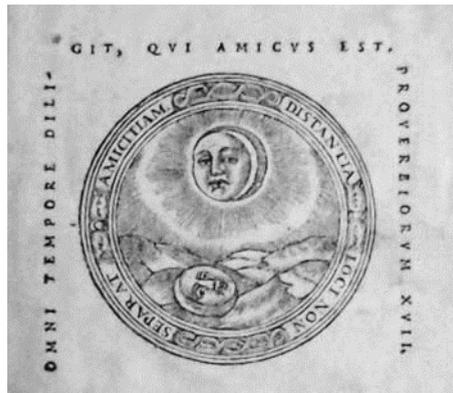
PARADOJAS

Ortensio LANDO

PARADOJAS, O SEA SENTENCIAS FUERA DEL COMÚN PARECER

Recientemente salidas a la luz.

*Obra no menos docta que placentera, y en dos
partes separada*



En Lyon

Por Gioanni Pullon da Trino

1543

PARADOJA VIII. ES MEJOR TENER UNA MUJER ESTÉRIL QUE FECUNDA

Realmente no sé cómo se puede decir que la esterilidad de la mujer sea en modo alguno una cosa mala, siendo la razón de que de esquiva y bizarra se vuelva benigna, humilde y más dispuesta a la obediencia de su consorte; en cambio, la esposa fecunda se ve siempre llena de infinito ardor y orgullo, y no es de extrañar que, viendo tantos hijos queridos que dependen de su imperio, y que observan sus indicaciones con tanta reverencia, se crezca de tal modo que le parezca ser no sólo la esposa, sino la verdadera y absoluta señora de la casa. Una vez, estando yo en Milán, y hablando familiarmente (como es costumbre en aquella ciudad) con una mujer noble sobre un vestido muy particular que se había hecho una vecina suya, suspiró y me dijo que no tenía otra cosa en la cabeza que llevar un vestido semejante. Le pregunté por qué no mimaba a su esposo estando bajo las sábanas, y le pedía el mismo vestido u otras cosas que le gustaran más; me contestó que no se atrevería a pedirle nada, no habiéndole dado aún hijos, pero que, si Dios le concedía alguna vez ese don, ella deseaba algo mucho mejor que un vestido. Al fin quedó embarazada y dio a luz dos hijos de un solo parto, hermosos como ángeles, y se volvió tan altiva y desdenosa que su marido nunca tuvo paz sino cuando estaba fuera de casa. Y estos son algunos de los frutos que da la tan deseada fecundidad; pero cuántas ventajas nacen de la odiada esterilidad, no podría contarlas todas, muchas y muchas son. En primer lugar, si la esposa es estéril, no será necesario alimentar a los hijos de los demás, ni se la oirá gritar cuando de repente le asalten los dolores del parto, ni se oirá a quien llora en la cuna cuando quiere dormir, ni se sentirá la molestia de las nodrizas pendencieras, ni se sentirá, por último, el cruel dolor que se siente por la muerte [de un hijo]. He leído que cuando Solón fue a visitar a Tales, que en aquel tiempo filosofaba y vivía no lejos de la ciudad de Mileto, se sorprendió mucho y casi le reprochó que no se preocupara por tener hijos; pocos días después, Tales le presentó, astutamente, a un joven, que dijo ser de Atenas. Rápidamente, Solón le preguntó si había alguna novedad en

Atenas, a lo que respondió que no había pasado nada más que la muerte de un joven noble, la cual había conmocionado a toda la ciudad por ser hijo de un ciudadano que sobresalía en valor y estima, y cuyo nombre se le había ido de la memoria. "Oh, desdichado padre", dijo entonces Solón, muy enternecido, y, poco a poco, naciéndole en el pensamiento la sospecha, le preguntó si el padre por casualidad se llamaba Solón; respondió que Solón tenía por nombre, y al oír esto, por la enorme indignación de este pensamiento, golpeó la pared y se sintió tan angustiado por el excesivo dolor que casi enloqueció por completo. Entonces Tales, medio sonriendo, le dijo: "Estas son las cosas, oh Solón, que me espantan y me disuaden de engendrar hijos, ya que a ti, un hombre tan fuerte y con tanta firmeza de ánimo, pueden trastornar tan fácilmente", y le hizo ver que se trataba de un engaño para demostrarle de dónde venía su poca voluntad de tener hijos.

Pero dígame, quien tanto desea a la mujer fecunda: ¿sabe qué clase de hijos daría a luz si no fuera estéril? Es cierto que el imperio romano no habría sufrido con tanto dolor a monstruos tan horribles como Cayo Calígula, Nerón, Cómodo y Basiano, si M. Antonio, Domiciano y Séptimo Severo no hubieran tenido esposas, o al menos hubieran sido estériles. Augusto solía decir: "Ojalá Dios hubiera querido que, una vez casado, no hubiera tenido hijos", y a menudo llamaba a su hija y a su nieta dos cánceres, que le consumían con extremo dolor. Lo mismo decía el padre de Ptolomeo Filopátor, que no sólo mató a su propio padre, sino también a su hermano, a su esposa y a su madre, que lo había llevado en su vientre durante nueve meses y tiernamente lo había tenido en sus brazos muchas veces; creo que algo similar decía Agripina, la madre del cruel y despiadado Nerón; lo mismo afirmó el padre de Fraates, rey de los Partos, cuando vio a su hijo matar tan cruelmente a treinta hermanos y, luego, finalmente, sin ningún remordimiento de conciencia, empuñar un cuchillo mortal contra su anciano padre. He leído que Epaminondas, hombre del más alto intelecto y del espíritu más generoso, vivió una larga vida sin tomar esposa, y cuando Pelópidas le reprochó la iniquidad de no procurar tener hijos por el bien de la ya sometida república, replicó prontamente: "Mira que tú haces mucho peor que yo, dejando una semilla de tan mala naturaleza como la que tú dejas". Era el hijo de Pelópidas un joven infame, del que, dada

su vida perversa y corrupta, ya nadie esperaba nada. Pero, ¿qué diré de Mitrídates, quien, por el deseo de gobernar la tierra, y no pudiendo triunfar con las trampas urdidas secretamente contra su padre, le declaró abiertamente una ardua guerra? ¿Qué diré de Lotario, hijo de Ludovico, que, sospechando que su hermano menor, Carlos, era más amado que él, metió a su padre en prisión? ¿Qué se dirá de C. Turanio, de Antípatro, de Galeno hijo del emperador Valeriano, y tantos otros que fueron asesinos e ingratos con sus padres? Pero lo que he dicho sobre este asunto no es nada comparado con lo que voy a decir. ¿No ha predicho Jesucristo en su santo Evangelio que bienaventuradas serán las mujeres estériles? ¿Por qué, pues, hay que lamentarse y vilipendiar aquellas cosas a las que la inefable bondad del Redentor promete la felicidad eterna? Sin duda creanme que la esterilidad es un remedio singular para las molestias del matrimonio, que no se pueden evitar de mejor manera. Creanme, de verdad, que la esterilidad es una excelente y útil medicina contra la maldad de los hijos; a no ser que se disponga de esa hierba llamada *ermezia*, que quien la come (si Demócrito dice la verdad) no sólo produce hijos buenos, honrados y bien educados, sino también hermosos y agraciados; pero ¿qué aplicado y docto herbólogo conoció jamás cosa tan milagrosa? ¿Qué mano experimentada de prudente hortelano la cultivó alguna vez? ¿Escribió Dioscórides alguna vez sobre ella? ¿Alguna vez Crescencio o Plateario hablaron de ello? En nuestro tiempo no creo que ningún padre la haya conocido, pues veo a los jóvenes de nuestra época desobedientes, amantes, taberneros, jugadores de dados y blasfemadores de Dios y de sus santos, y, en definitiva, enemigos capitales de toda virtud; creo firmemente que Demócrito soñó con ello, o realmente lo vio, después de haberse quitado los ojos de la cabeza para filosofar mejor. Así pues, digamos todos al unísono, que es mejor tener una mujer estéril que una fecunda; y nos nos preocupemos por tener hijos, ya que los resultados son tan malos. Yo, por mi parte, he tenido durante mucho tiempo el deseo, pero ya se ha apagado totalmente, viendo que engendrar hijos no es otra cosa que hacer vasallos para príncipes. Recuerdo que he estado en algunos montes yermos, donde suele acudir infinidad de titiriteros, lecheros y similares, de los que se ven muchos en Venecia, donde tienen un proverbio

(cuando nace alguien) que dice: "Nació un asno para los venecianos".

No quiero hablar de las alegrías que nos dan cuando se meten en problemas y vuelven a nuestras casas con la cabeza y los brazos rotos; no hablaré de cuando son acusados de robo o asesinato, o de cuando son encarcelados, o de cuando roban en nuestras casas, a menudo golpeando a sus padres, madres y hermanas. Pienso que abundan infinidad de problemas que surgen de ellos, pero para evitar aburrir no sólo a los que leen, sino a mí mismo, que con disgusto escribo, terminaré aquí.

PARADOJA XI. NO ES ALGO DETESTABLE NI
DESPRECIABLE LA ESPOSA DESHONESTA

Cuán necio es el mundo, que siempre se lamenta de lo que, justamente, se debería alegrar, pienso que pocos lo saben, porque nuestra ignorancia, que nos ciega, no nos deja ver abiertamente lo que más necesitamos entender; y como muchas cosas se nos ocultan, ésta parece ocultarse en primer lugar, que la pudicia de las esposas las hace demasiado imperiosas, demasiado atrevidas, y que no tengan ningún temor de sus maridos, por lo cual debemos alegrarnos mucho más de tenerlas deshonestas que honestas, porque las tendremos menos insolentes, menos molestas y orgullosas. Recuerdo que cuando estuve en Lyon en el M. DXXXIIIIII, me dijo un buen marido que sabía si su mujer le había traicionado, si ésta se mostraba más lisonjera y afable con él que de costumbre. Pero además de las ventajas mencionadas, hay otras muchas, que por la impudicia de la mujer adquirimos muchos amigos, hemos tenido infinito respeto, y los malestares no se atreven tan familiarmente a acercarse al umbral de nuestras casas; se procuran de príncipes y grandes señores cargos honorables, adquieren grandes abadías, ricos obispados y óptimas prebendas. ¿Y quién creería jamás que en Italia, o más bien en toda Europa, muchos buenos feudos fueron introducidos en las casas sólo por la impudicia de las esposas, o de las hermanas o incluso por obra de las hijas? Y, sin embargo, es cierto, y daría testimonio de ello, lleno de fe y de religión, si no temiera desagradar a los demás. Tal vez también demostraría con poco esfuerzo que no sólo se han fundado muchas familias ilustres, sino también buenas y amplias jurisprudencias. Ciertamente mi poco juicio en esto tendría que convencer a todos: que si damos con una esposa hermosa, no deberíamos asombrarnos si es poco honesta, y si damos con una fea, no deberíamos preocuparnos. Recuerdo haber leído (no hace mucho tiempo) de un filósofo que, teniendo por esposa a una mujer muy fea, y encontrándola amorosamente abrazada a un gentil joven de la misma ciudad, se dirigió a él, mientras estaba con ella: "Desdichado de ti"- le dijo- "¿qué dura necesidad te ha traído

hasta aquí?". No le importaba el adulterio cometido, ni la ofensa que le habían hecho, ni la fe quebrantada, sino más bien se compadecía de que [el joven] se hubiera unido carnalmente a una mujer tan fea; el necio filósofo no sabía (como el astuto joven) que las mujeres feas, por razones secretas, son muchas veces más dignas de aprecio que las bellas. Es cierto, sin embargo, que somos jueces muy injustos; queremos emplear toda la complacencia que se pueda hacia nuestros propios apetitos, pero hacia las pobres y frágiles mujeres queremos ser la severidad en estado puro. ¿No escribieron ya los sabios de la mejor escuela que el adulterio era algo que no se podía razonablemente permitir ni prohibir, porque por una parte lo prohibía la honestidad del mundo, por otra, lo prohibía obstinadamente la tiranía de nuestra lujuria? Y que esto es verdad, lo vemos claramente en los reyes más poderosos y en los tiranos más feroces, los cuales, rara vez, han estado sujetos a matrimonios castos. Leamos un poco la historia de Arturo (por fabulosa que nos parezca), leamos la de Olimpia, que tantas veces y tan cautelosamente puso la diadema del carnero sobre la cabeza de Filipo, rey de Macedonia; léase de Cleopatra, que, estando en Egipto, impulsada no por una recompensa (como se hace hoy en día), sino sólo por la pasión amorosa, de una manera tan graciosa e insólita se acercó a César; léase de Clitemnestra y de Helena, la cual, en presencia de los embajadores griegos, habiendo encontrado relaciones carnales mucho mejores en Troya que en Grecia, no se avergonzaba al decir que había cometido con gusto, y sin esfuerzo, el adulterio troyano. Asimismo, léase acerca de Fedra, de Mesalina, esposa de Claudio y amante de Silio, de Pasífae, de Julia Soemias, madre de Heliogábalo y de Antonio Caracalla, tan fogosamente enamorada; léase acerca de Berenice, Medea, Sassia y Populia, quien, al ser preguntada por uno de sus parientes por qué las bestias permitían el coito solo en determinados momentos, respondió: "Por eso lo hacen, porque son bestias"; y hay muchas otras, que no mencionaré para no ser prolijo.

Recuerdo, además, haber oído decir que la impudicia de las esposas fue lo que nos preparó en primera instancia a una vida más libre, y por consiguiente más feliz y tranquila, al darnos ocasión de divorciarnos, y de dar libelos de repudio, sin usar

venenos ni cuchillos. ¡Oh singular beneficio, cómo serías si fueras bien conocido, digno de una buena recompensa!

Pero dime, por favor, tú que tanto te quejas de que tu mujer se entregue fácilmente a los demás, y has puesto tu honor y reputación en las piernas de una muchacha, creyendo que tener un par de cuernos en la cabeza es una carga mayor que tener el Etna o el Vesubio: ¿acaso crees que por los errores ajenos puedes ser deshonrado? Necio eres si así lo crees. Confieso que fácilmente te puede crear molestia, daño y aflicción, así como puede alegrarte la virtud ajena, pero en ningún caso puede darte honor. Pisístrato era (por lo que he leído) de los atenienses un tirano muy sabio y sagaz; en aquel entonces, sabiendo que su madre ardía de amor por un atractivo joven de Atenas, con quien, para no tener nada que reprocharle al cuerpo en la vejez, se divertía; aquel [Pisístrato], todo tímido y sobrecogido porque la conciencia le remordía, lo invitó a cenar con él y, una vez recogida la mesa, le preguntó cómo había cenado de bien; el joven respondió, reverente y con voz suave, que había estado de la misma manera que se suele estar en las mesas de los grandes príncipes; el tirano añadió entonces: “Y así volverás a estar, si perseveras en complacer a mi madre”. Él no creía que la deshonra de su madre pudiera avergonzarle, de lo contrario no hubiera tenido ese detalle, el cual le parecía oportuno. Quiera Dios que tal sabiduría hubiera estado en la mente de un amigo mío en los últimos días, que no me hubiera llenado de incomodidad ni a mí, ni a sí mismo, ni a los demás, pero sucede porque quiere parecer demasiado sabio, y porque no sabe distinguir el honor de la vergüenza. He oído contar a un hombre que no sabe mentir, que cuando se le dijo a un gran príncipe que uno de sus caballeros gozaba con su amada, a la que amaba más que a sí mismo, respondió que le era muy grato que las cosas que le gustaban a él, le gustasen también a los demás, pues era una señal para el mundo de que no carecía de juicio. Del mismo modo, he oído contar que, cuando un fraile menor, más lleno de malicia que de inocencia, le dijo al señor Próspero Colonna que una monja, pariente cercana suya, había pasado la noche con el guardián, éste replicó, de manera sabia: "Si San Francisco soporta los cuernos con tanta paciencia, yo también puedo soportarlos; váyase, padre, pues no tengo interés en tales cosas". Oh, respuesta digna de tan gran

capitán, y clara muestra de la iniquidad frailesca. Nuestros antiguos, más sabios y doctos que nosotros, hallaron dos buenas maneras de vengarse de las traiciones de sus esposas: callando y huyendo; pero como parece que en nuestro tiempo vemos mucho más que Argos, hemos juzgado demasiado cobarde y remiso el huir y callar, y por eso hemos añadido hierros, venenos y cuerdas, lo cual es ciertamente cruel e inhumano, y del todo ajeno a la ternura y misericordia que nos enseñó Jesucristo, nuestro verdadero maestro, que con ésta en sus conversaciones nos llenaba siempre de excelentes ejemplos. Hay también algunos escritores literarios que, con un útil relato escrito, enmiendan la vida impúdica de las mujeres en la edad madura, con las partes gruesas, con las asiduas fatigas, con el alma continuamente turbada, y con la pobreza, que nos quita los pájaros de la cabeza, por intrépido que esto sea; ahí donde, creo, fue Crates (el tebano) quien dijo que el amor con hambre e incomodidad se frenaba. Pero yo, cada vez que recuerdo la ardiente lujuria de una mujer de nuestra ciudad, cuyo nombre callaré por el momento, no puedo convencerme de que una pasión tan rabiosa pueda ser refrenada con un remedio tan suave, de la que pocos se encuentran que no estén sujetos a ella. Así se desprende de lo que leemos en Heródoto, quien relata largamente que cuando el rey Ferón se vio privado de luz, el oráculo le aconsejó que se lavara los ojos con la orina de una mujer que no se hubiera acostado con otro hombre que no fuera su marido, que así recuperaría la visión. Ferón, deseoso de curarse, comenzó por su propia esposa, y, después, por otras muchas, no recuperando la vista, hizo que todas ardieran. De una pobre jovencita halló finalmente la orina tan beneficiosa, y así recuperó la vista, y, como recompensa, la tomó por esposa. Una historia similar (aunque algo diferente) narra también Diodoro, quien dice que Sosis, el hijo del rey de Egipto, habiendo perdido la vista por no sé qué accidente, después de diez años, fue advertido mientras dormía de que tratara primero de apaciguar al Dios que se adoraba en la ciudad de Heliópolis y, luego, fijara sus ojos en el rostro de una mujer con la que ningún otro hombre, salvo su propio marido, se hubiera acostado. Y así, comenzando por su propia mujer, de muchas probó, y no encontró ninguna fiel. Después de una larga búsqueda encontró a una, la esposa de un labrador, y a esa la tomó por su mujer, habiendo

hecho arder a todas las demás, no sin gran asombro y extrañeza por parte de quienes habían confiado en la fe femenina, la cual (por lo que entiendo de quienes tienen más experiencia, que yo no me atrevería a afirmar por falta de práctica) es tan frágil y débil, que mucha más resistencia puede encontrarse en las cañas o en el cristal. Así que ¿de qué hay que entristecerse si la esposa no es honesta? De verdad, si no queremos alegrarnos de las ventajas mencionadas, al menos no lamentemos la desgracia común, sino más bien soportemos pacíficamente lo que por obra y arte no podemos evitar, recordando también que nuestro Señor no quiere condenar a la adúltera. No quiero decir, sin embargo, que no haya muchas mujeres castas, como han dicho algunos demasiado inclinados a morder la honestidad de las mujeres, porque sé bien cuánto dolor me causó en mi juventud la increíble honestidad de mi mujer, que ni por la larga y ferviente servidumbre, ni por el inconmensurable amor que yo le profesaba, quiso jamás doblegarse a mis deseos; tengo, sin embargo, la certeza de que, así como ella era singular en virtud y nobleza de espíritu, era única en este asunto y es rarísimo en nuestra época encontrar personas con su mismo pensamiento.

PARADOJA XXI. NO HAY QUE LAMENTAR QUE MUERA
LA ESPOSA Y QUIEN LLORA SU MUERTE ACTÚA
NECIAMENTE

Quisiera decir, con el beneplácito de las mujeres, de cuya enemistad huyo más que del fuego y evito más que la peste, que perder a una esposa es como perder la sarna, el asma, la fiebre o un tumor, una pérdida de la que verdaderamente hay que alegrarse más que entristecerse. Ciertamente quien se lamenta por tal desgracia quisiera que considerase si, cuando tomó esposa, la encontró sabia y buena o malvada y perversa. Si la encontró buena, ¿por qué no espera poder encontrar con la misma facilidad otra mujer similar? Pero si, gracias a él, la convirtió de mala en buena, ¿por qué no convierte a otra de nuevo, y así tendrá mayor alabanza y fama? Recuerdo haber leído que cuando a M. Tulio le rogaron sus amigos que se volviera a casar, después de que Terencia (la pérfida) olvidara el ferviente amor que su marido le había profesado durante muchos años, y se uniera en matrimonio a Salustio, su enemigo mortal, respondió que no podía atender al mismo tiempo a una esposa y al estudio de la verdadera sabiduría. No hay cosa más dura en el mundo que encontrar la cama ocupada, especialmente para aquellos que aman el sueño dulce y reparador, y siempre tienen pensamientos altos y nobles en la mente. Sólo hay una cosa que a alguno le podría parecer digna de amargas lágrimas en nuestros ojos, y es cuando se encuentran [mujeres] sabias, modestas y amorosas con sus maridos: y yo digo que es entonces cuando la paz de la casa corre mayor peligro, ya que estas mujeres están siempre encendidas de mayores celos y sospechas que las que están tristemente sometidas; y es ahí donde me parece que necesariamente la casa, por infinitas discordias y muchas discrepancias, cae y se arruina. Ya lo dijo el Mición terenciano⁵³: “y lo que se considera una suerte: nunca he tenido mujer”. Así pues, dado que teniéndola se pierde la suerte tan deseada, ¿no es un hecho que con la muerte se recupere

⁵³ Mición es uno de los protagonistas de la comedia *Adelphoe* o *Adelphi* (en español, *Los hermanos* o *Adelfos*) de Publio Terencio Afro (s.II a.C).

cómodamente esa suerte? Ciertamente no es algo de lo que quejarse, aunque lo contradiga el que quiera. Cremete, después de Terencio, habla de este modo: "Tomé mujer y nacieron hijos: ¿hay alguna desgracia que yo no haya visto?"

Grande, en efecto, es la desdicha de todo hombre que toma esposa, puesto que si da con una noble, tendrá que sufrir la arrogancia y el extremo orgullo que se asocian a la nobleza moderna; y si se enamora de una mujer sabia, rara vez sucede que se la entreguen sin dote, además de su sabiduría, se creará capaz de poder dar leyes a toda gran República. Pero si ella es rica, verás que continuamente le reprochará su dote, y le aburrirá con las largas genealogías de sus parientes, mostrándole las armas, hechos y blasones de Cornualles. No sé qué clase de alegría nos dan las esposas para que las lloremos cuando pasan a mejor vida; porque cuando tomamos por esposa a una mujer hermosa, debemos sufrir grandes penas para evitar que nos traicione, y cuando la tomamos fea, no pasa mucho tiempo hasta que nos vemos obligados a separar las habitaciones y dejar la cama. ¡Oh, qué lástima ver continuamente ante nuestros ojos ciertos rostros infernales, ciertos ojos feos, con narices aguileñas, y no poder remediarlo más que con el divorcio! Tomémosla alegre y dicharachera, y la hallaremos con la cabeza en todo, menos en el gobierno de la casa; tomémosla tierna y buena ama de casa: se verá tan soberbia, que ninguna criada podrá pacíficamente soportarla. Y hoy en día ¿quién hay que no sepa que las esposas son de tal condición que, si se encierran en casa, nunca dejan de quejarse y decir: "Si yo hubiera pensado que tenía que estar encerrada todo el tiempo, me habría hecho monja o me habría emparedado". Dejémoslas ir donde les plazca: os aseguro que daremos que hablar a las brigadas, y haremos que en todas partes se rumore de nosotros. Mostrémosles turbio semblante y, al instante, de ira e indignación estallará. Dejémosle gastar a su antojo y disponer de sus facultades; yo sé que pronto con sus modas peregrinas, con alisados y con bordados, os arruinará. Que gobierne el hombre, y que no permita que gaste a su voluntad: le robará el monedero, o se confabulará con el labrador para robar una fanega de trigo o unos ovillos de lino. He conocido a la mujer de un médico, que estaba atenta cuando su marido se quitaba los anillos del dedo para lavarse las manos, y siempre se los robaba

para poder mantener sus caprichos; su marido, que era algo bruto y corto de vista, no pudiendo hacer nada se mantenía firme, culpando siempre a quien menos lo merecía.

Pero sigamos contando la dulce vida que se tiene con estos diablos, con estas furias infernales, que enturbian cualquier satisfacción que el destino o tus obras puedan darte. Si el marido está continuamente en casa, se queja amargamente de que es celoso, de que es desconfiado y que no confía en su gran lealtad; las veces que se ausenta por necesidad o por otro asunto, se queja de que es mal cónyuge y de que no la ama en absoluto. Vístela honrosamente: las cadenas no podrían retenerla en casa; quiere estar presente en todas las fiestas, quiere estar presente en todos los banquetes, donde, si no la dejas ir, ¡cuántos cánceres, cuántos tumores te deseará! Si te muestras demasiado cariñoso con tu mujer, te tiene poco en cuenta, no te estima, es más, enseguida piensa en tiranizarte; pero si no la miras continuamente, vive sospechando que ardes en otro fuego, y, por ello, siempre murmura, siempre reprocha. ¿Y qué quisieron decir los poetas de Megera y de Alecto? Seguramente que no se puede imaginar mayor infierno que tal estado. ¡Y torpemente queremos llorar cuando ella muere! Lloremos más bien cuando ellas entran en casa, dando por cierto que entra el fuego. Dicen los gramáticos que a la esposa se la denominó *uxor ab ungerendo*, como si quisieran decir *Onsor*⁵⁴, porque cuando entraban en las casas de sus maridos, ungián las puertas y las bisagras, para mostrar que eran la causa de que se saliera más fácilmente de la casa. Pero dejemos a un lado las etimologías y sigamos con nuestro asunto. Recuerdo haber leído que Pomponio Ático rogaba en sus cartas al buen M. Tulio que convenciera a Quinto, su hermano, para tomar esposa, el cual respondió a Ático con estas palabras: "Él niega que pueda hallarse cosa más dulce que un lecho libre". Y ciertamente no se puede decir lo contrario, es más, me parece que desde la Antigüedad ha existido entre los sabios tal opinión sobre

⁵⁴ *Onsor*, oso, con las connotaciones negativas que adquirió este animal en la Edad Media, que pretendía frenar su veneración y alta consideración en la tradición pagana. Para la Iglesia el oso simboliza vicio y pecado, ser malvado que se equipara a un espíritu maligno o al propio diablo, como lo describió San Agustín: "ursus est diabolus" (*Sermones*).

las mujeres; lo que fácilmente se desprende de la oratoria de Metelo Numidiano, exhortando a los romanos con todo su empeño a tomar esposas. ¿Debo seguir narrando las muchas angustias que ocasionan a los maridos? No, sería repetir cosas demasiado conocidas. Y ¿quién hay que no conozca las calamidades en que se ven reducidos los infelices maridos, no sólo por los partos falsos, sino por la natural obstinación, por las mentiras, y por las muchas veces que dan muerte a sus desdichados cónyuges ora con hierro, ora con veneno? Añadámosle la importuna locuacidad y otras infinitas imperfecciones, odiosas y extrañas no sólo al padecerlas sino también al mencionarlas. ¿Esposa? A veces me parece un nombre más dulce a los oídos y más agradecido al corazón decir oso, dragón, lobo, tigre, pantera y grifón. Pitágoras fue invitado a asistir a la boda de un amigo suyo: se negó a ir a tal evento, estando seguro de que tomar una mujer era morir y enterrarse, y no me parece que fuera un discurso irrazonable. ¿Cómo es posible que vivamos felices y contentos con las mujeres, siendo como somos de naturaleza tan distinta? y, sin embargo, ¡somos tan necios que nos entristecemos cuando mueren nuestras esposas! No pretendo, pues, descartar la posibilidad de que no se encuentren mujeres buenas, pero diré, tres o cuatro veces más, bienaventurado el que da con ellas, siendo pocas las que no son tristes y perversas. Sé de más de dos que, temiendo perder los bienes del marido, fingieron estar embarazadas, se armaron de cojines y luego, en el momento oportuno de dar a luz, encontraron una criatura del hospicio e hicieron creer al torpe marido que aquel parto había sido generado por él. Sé de otra más que, temiendo no dar a luz a una niña (como luego sucedió), sabiendo que su marido estaba deseoso de un hijo varón, dispuso que a la hora de parir le trajesen un niño, y así la desdichada niña fue llevada al hospicio y el afortunado extraño fue el sucesor en la herencia. ¡Oh, cuántos problemas crean y de cuántas traiciones son la causa! No hace mucho me contó un hombre muy fiable, que, en la isla de Inglaterra, estando una noble dama acostada con su marido, cuando este se durmió, se levantó de su lado y se fue a acostar con un vasallo suyo de la más baja condición, criado en su casa por misericordia. Al despertarse su marido, no sintiendo a su querida esposa al lado, pensó que por alguna necesidad

natural se habría levantado, pero tardando demasiado en volver, se levantó de nuevo, lleno de ansiedad, temiendo que le hubiese ocurrido algo siniestro. Después de mucho tiempo buscándola, la encontró tan estrechamente abrazada [a su amante] que ni siquiera el viento habría sido capaz de pasar entre ellos. Imaginad ahora por vosotros mismos lo asombrado que quedó o si tiene motivos para llorar su muerte. Si quisiera relatar una mínima parte de las molestias, burlas, engaños y deshonras que ocasionan a sus maridos, mi pequeño volumen alcanzaría un tamaño mayor que el de las *Décadas* de T. Livio. Pensaré, pues, en poner fin a mi paradoja, exhortando a todos a no llorar nunca a su mujer si ella muere, por buena o culpable que sea, sino más bien a alegrarse de que Dios, apiadándose de su desdicha, lo haya sacado de tan molesto laberinto.

PARADOJA XXV. QUE LA MUJER ES DE MAYOR EXCELENCIA QUE EL HOMBRE

He creído durante mucho tiempo que las mujeres no sólo no eran superiores a los hombres en excelencia y dignidad, sino que tampoco eran iguales. Considerando, después, más minuciosamente, su grandeza y singulares cualidades, me veo constreñido por la verdad a creer, y en todo lugar a manifestar, la preeminencia que el excelentísimo y supremo Dios les dio desde el principio del mundo, formándolas en el paraíso terrenal, lugar sobre todos los demás ameno y delicioso, de carne pura y bien compuesta, y no de fango inmundo, como fue formado el hombre, al cual no se le dio (por lo que se ve) tanta belleza como se le dio a la mujer, cuyo rostro claro y perpetuamente lampiño, por su uniformidad, se muestra como verdadera obra del gran Dios, fuente de toda belleza, y cuyo delicado cuerpo, con su divina proporción, que todos los perspectivas⁵⁵ confiesan ser mucho mayor en la mujer que en el hombre, da claro testimonio de las celestiales medidas.

Pero, y ¿qué decir de su carácter, más constante y fuerte, más grato y amoroso? ¿Cuántas veces (si las historias no mienten) fueron ellas la causa de grandísimas victorias y, por la débil fuerza de los hombres, ya doblegados y en fuga, sustentaron animosamente las tropas? ¿Qué capitán (hablo de cualquier nación) pudo jamás compararse en valor, arrojo y sensatez con la animosa Camila, y con la inconmensurable fuerza de Pentesilea? ¿Qué diligencia e increíble celeridad pudo jamás paragonarse a la de Semíramis? ¿Qué virtud se ha visto jamás en siglo alguno que se asemejase a la de Zenobia, Valasca⁵⁶ y otras famosas mujeres de aquella antigua y floreciente época? ¿Quién siquiera las supera, o mejor dicho, quién no es inferior a ellas en la fe y la constancia? Yo, por mi parte, dirijo mi atención a los

⁵⁵ Persona especializada en el estudio y representación gráfica de la perspectiva (l sistema de representación).

⁵⁶ También llamada Vlasca o Ulasca, amazona de Bohemia, mencionada por Silvio Piccolomini en su *Historia Bohemica* (1532).

historiadores en una y otra lengua, y los observo con todo el cuidado que puedo; pero nunca veo ejemplos más ilustres de virtud que los que dieron las mujeres en todos los tiempos. Cuántas veces, a causa de la clara fe y del inmenso amor que sentían por los demás, fueron con mil riesgos a las milicias, con mil penalidades al exilio, a menudo obligadas a cambiar de nombre, a cambiar de hábito y a mentir sobre su sexo, amando siempre a sus maridos más que a sí mismas y honrándoles más que a cualquier cosa terrenal.

Tampoco encontré jamás hombre alguno, aun siendo asiduo a sus conversaciones, que las precediera en la religión y en la cortesía. Se han encontrado muchas mujeres que, para mantener hospitales, sostener órdenes religiosas, construir templos, capillas y altares, y redimir prisioneros, han gastado, con espíritu resuelto, amplísimas rentas, de modo que no creo que ningún hombre (por generoso que sea) haya podido hacer jamás ni la mitad de lo han hecho ya algunas mujeres de menor fama. En verdad, siempre tuvieron un gran corazón para gastar. Se menciona en las historias paganas a una mujer generosa que todo el ejército romano acogió con infinita generosidad; demostró gran espíritu en todos los sentidos, gran amor por el pueblo romano, excelente juicio y no menor gratitud. ¿No vimos también un espíritu excelente en la bella Friné, cuando se ofreció a reconstruir las grandes murallas de Tebas, para que los tebanos se alegraran de tener su nombre esculpido en los muros, lo que suponía un gasto infinito, ya que Tebas era una ciudad tan grande que necesitaba casi cien puertas? No hablaré de otras de las que todo el que sea medianamente culto tiene suficiente conocimiento.

En las historias sagradas, después de muchas otras, se hace mención de una tal Tabita que, para socorrer a las viudas pobres y afligidas, a los huérfanos y a otros pupilos necesitados, apenas se dejaba algo con lo que cubrir sus carnes: ¡Oh inmensa caridad, oh caridad jamás oída en hombre alguno, digna de ser alabada por todas las lenguas elocuentes! Los hombres no son verdaderamente iguales a las mujeres, ni en virtudes morales ni naturales. Digan lo que quieran los calumniadores, murmuren los detractores, y vayan a su antojo por todas partes cantando sobre la avaricia femenina, que si quieren sin rencor penetrar en la verdad, verán que los hombres, por avaricia, se convierten en

traidores, ladrones, usureros y desleales, y que faltan sin rubor a su libre promesa. ¿Y qué podrán decir contra ellas los adversarios de las mujeres (no queriendo apartarse de la verdad)? ¿Dirán, quizá, que por dinero (cosa muy vil) venden su honor, el cual más que la vida les debería importar? Veamos más bien si la razón de esto no está en la dulzura de su sangre, en la bondad de su corazón, que las hace ceder a las súplicas de los amantes; o si la razón no está en la intolerable importunidad nuestra, las amenazas, las insidias, los engaños que tratamos de hacerles todo el día sin ningún remordimiento ni cargo de conciencia. A lo largo de mi vida nunca he encontrado a una mujer que se entregue espontáneamente a los deseos [carnales] de los demás; siempre veo interponerse largas servidumbres, lágrimas, la mayoría de las veces fingidas, falsos suspiros y los más sutiles engaños; incluso, a menudo, se interpone la fuerza viva, a veces con la ayuda de los engaños que acostumbran a hacer los criados para obtener como recompensa un buen trato de los amos. No hace mucho tiempo, en Padua, un amigo mío, que estaba enamorado de una muchacha muy hermosa, y cuyo ánimo nunca se doblegaba ni se ablandaba con cálidas oraciones ni grandes ofrendas, finalmente, a pesar suyo, gracias a un criado que la había metido en su habitación, disfrutó de su singular belleza. ¡Oh, asesinato, digno de ser castigado hasta la cuarta generación! Podría contar muchos incidentes semejantes, pero el deseo de brevedad, que está en todas mis acciones tan dentro del corazón, no sólo no lo consiente, sino que me apremia a llegar al fin, y aducir otras cosas; quien no crea que las mujeres son de mayor excelencia que los hombres, que se aparte de tan necia opinión y se acerque al docto Aristóteles, que confiesa que son más ingeniosas que los hombres, diciendo que aquellos cuya carne es más blanda están dotados de mayor inteligencia (nadie duda de que la carne de las mujeres es más blanda y delicada). Además, su ingenio siempre ha figurado de forma eminente en los inventos bellos y gratos. Léase el catálogo de las invenciones y se encontrarán inventoras de obras útiles e ingeniosas. Las mujeres son, también, cuando quieren, más aptas para el estudio de las Letras, y esto no es de extrañar, puesto que una mujer llamada Carmenta las encontró.

En verdad, tras entender esto, dejó de asombrarme que Leoncio escribiera contra Teofrasto, que lo refutara, que lo derrotara, humillándolo completamente.

Safo, la inventora del verso sáfico, rivalizó con su poesía con los hombres más excelentes de esa profesión y los dejó confusos; lo mismo no sin grandes elogios hizo la bella Corina, y en nuestro tiempo ¿qué agudo e ingenioso poeta podrá compararse jamás con la marquesa de Pescara, la ilustre y cortés señora Veronica da Gambera⁵⁷, o la gentil Emilia Angosciola? No me extenderé en hablar de todas las mujeres que en nuestros tiempos son célebres por su verdadera nobleza, y distinguidas por su gran virtud, habiendo escrito sobre ellas copiosamente monseñor Jovio, obispo de Nocera, gran escritor de historias modernas. Pero como él no pudo en pocos folios meter muchas cosas, me atrevo yo a decir que en el presente hay mujeres de mucho más valor que el que tuvieron nuestros antiguos. Escogeré algunas, para no ser demasiado tedioso en mi discurso, tampoco creo haya nadie que me contradiga, pues su bondad, cortesía y honradez son ahora conocidas por todos.

Comenzaré, pues, por la señora Dña. Isabella Villamarina, princesa de Salerno, a quien conocí tan bella y tan sabia que no sólo su majestuosa presencia, sino toda su forma de proceder me asombraba. También la escuché en Avellino recitando versos en latín y expresando prosas de tal forma que llenaba de infinita dulzura a quien la escuchaba. Conocí en la misma época a la señora Dña. Giulia Gonzaga: ¡oh, de cuánta honestidad y continencia la vi adornada! Ésta, aparte de su belleza que nunca tuvo parangón, tiene todos sus pensamientos vueltos al cielo y es mucho más ejercitada en las sagradas letras de lo que otras mujeres lo son en la aguja o en la rueca. También conocí a la señora marquesa de la Palude, y me pareció conocer la idea de liberalidad, amabilidad y discreción. El señor D. Francesco da Este dio buena muestra de su singular juicio, dejando todo el resto

⁵⁷ Con la misma denominación aparece en el canto XLVI del *Orlando furioso* de Ariosto. Ortensio Lando se está refiriendo a tres poetas de renombre en la época, cuyos nombres aparecen a menudo en las obras de sus coetáneos. Se trata de Vittoria Colonna (marquesa de Pescara), Veronica Gambera (Veronica da Gambera) y Emilia Angosciola.

de Italia para elegir a una mujer tan perfecta en aquel florido reino. Ciertamente no por otra cosa escribieron los poetas que las sirenas cantaban en aquellos mares, sino para demostrarnos que allí había mujeres más hermosas y virtuosas que en ninguna otra parte. Del mismo modo, estando yo en Nápoles, tuve noticia de dos jóvenes primas hermanas: una es Violante Garlona, y la otra Violante Sanseverina, ambas hermosas de modos y de presencia, ambas amigas del honor, y estudiosas de buenas letras.

¿Debo olvidar la inmensa alegría que sentí al conversar en la posada con la condesa de Nola⁵⁸, en particular cuando estaba presente su querida criatura Luvigia Carolea? ¡Oh, qué ingrato sería si no supiese de dos espíritus tan amables y gentiles! Creo firmemente que la sabiduría de las famosas sibilas se esconde en esos pechos castos, donde sólo habitan pensamientos puros y nobles, y de donde sólo salen palabras corteses y cariñosas. Pero si solo mencionara a las mujeres napolitanas, nuestros adversarios podrían creer fácilmente que Nápoles es la única fértil en valerosas mujeres, y que los demás lugares son estériles. Los sacaré, pues, del error, afirmando que he conocido en Siena muchas mujeres magnánimas, entre las cuales Onorata Pecchi y Frasia Venturi por encima de todas las demás; quedaron en mi memoria de tal modo que jamás he podido olvidarlas. ¿Y quién podría olvidar fácilmente a señoras tan virtuosas y gentiles? Ciertamente, el que no las ama y reverencia no sabe qué cosas son verdaderamente dignas de reverencia. Conozco bien el impecable juicio del buen Gabriel Cesano, pues cuando habla de Onorata Pecchi nunca encuentra el fin, y nunca se cansa de alabarla, ora por su prudencia, ora por su belleza, ora por su cortesía. ¿No tiene también Lucca mujeres muy superiores en virtud a cualquier valeroso caballero? Las tiene, en efecto, y quien no lo crea así, que mire el admirable ejemplo que dan de sí mismas Caterina Dati y Margherita Bernardini. ¿Acaso Florencia no tiene mujeres que puedan compararse con los hombres más valerosos de cualquier siglo? ¿No nació allí M. Maria delli Albizi, que fue del buen Rinieri Dei? ¿No se maravillan todos de la agudeza de su benigno intelecto y de la prontitud de sus bellas

⁵⁸ Se trata de Maria Sanseverino, esposa de Enrico Orsini, último conde de Nola.

respuestas? Florencia se alegra con razón de haber recuperado tan querido tesoro, y no con menos razón, se lamentan los lioneses de haber perdido tan grata conversación. A su partida vi más de cien mil ojos lacrimosos, vi al Saona turbarse y, por gran dolor, casi mojar ambas orillas, vi al Ródano fluir más rápido que de costumbre, como si quisiera retenerla a la fuerza, o como si él también quisiera partir de su patria⁵⁹. Ay, con qué gusto creo que cambiaría su suerte con la del bienaventurado Arno. Pero vayamos ahora a Lombardía, que es abundante en todos los bienes, especialmente en mujeres hermosas y honorables, entre las que siempre he venerado de buen corazón a la señora Gostanza di Nuvolara, dama de bellos modales, agudísimo ingenio y literatura más que medianamente ornamentada. Pero primero conocí, en la ciudad de Mantua, a la señora Violante Gambera, cuya mente elevada y modales corteses dan un firme ejemplo de verdadera nobleza. Observando constantemente tal ejemplo, su obediente hija, la señora Camilla, ha alcanzado hoy tal perfección que puede dar a otros materia para escribir sobre ella y ella misma, con su docta pluma, escribir las gloriosas obras que se hacen en nuestro siglo.

La sobrecogedora alegría que siempre me producían tan dulces conversaciones me espoleaba a buscar con más ahínco si había otras que siguieran tales pasos. Por ello, más de una vez vi a las damas de la Corte Mayor, que, no tanto por su belleza corporal como por la infinita cortesía y bondad que en ellas reina, me parecieron más divinas que humanas. Realmente, quien no se maraville al contemplar el dulcísimo aspecto de la señora Camilla, consorte del virtuoso señor Cesare, unida a un espíritu generosísimo, no tiene instinto de hombre; quien no admire la gravedad, el largo sufrimiento en el parto, sin ceder jamás, y el esplendor de ánimo de la señora Giulia Trivulza, marquesa de Vigevano, está completamente fuera de sus cabales.

De aquí vuelo rápidamente a Piacenza, ansioso de llenarme, aún más, de nuevas maravillas, donde permanecí hasta familiarizarme con la señora Ippolita Sanseverina; ciertamente, no podría expresar de ningún modo lo satisfecho que quedé

⁵⁹ En el texto original utiliza la palabra “nido”, referido a “casa, familia” y, por extensión, “patria”.

siempre con sus razonamientos, y merecidamente, pues no eran menos prudentes que claros, y llenos de dulzura, además de estar expresados con admirable gracia. También fui, al mismo tiempo, asiduo visitante de la señora ISABELLA SFORZA, cuyas delicadas maneras me hacían estar muy atento, y a pesar de mis otros pensamientos, siempre estaba contemplándolas: su hablar dulcísimo me producía no poco asombro, y su agudísimo ingenio me hacía a veces salir de mí mismo. ¡Oh, mujer singular, de verdad no conozco hombre cuyo ingenio y sagacidad puedan compararse con ella! Ahora bien, junto a esta gentilísima señora vi muchas veces a la señora Luvigia Palavicina da Scipione, señora más afable que cualquier hombre, discreta, bella y magnánima: merecía ser, por su singular bondad, la esposa de un rey, y no de un caballero cualquiera, aunque sea un caballero irreprochable, y perdone mi señor Francesco si le ofendo, o más bien culpe al gran valor de su consorte, que me hace estar demasiado seguro de lo que digo.

¿He de callarme, cuando se me presenta la ocasión de hacer un pequeño catálogo de mujeres singulares, los grandes méritos de la señora Emilia Rangona Scotta? ¿La religión, prudencia y destreza en el gobierno de su familia? ¿Debo, igualmente, no recordar a la señora Lucrezia Martinenga Beccaria? No, sería un error demasiado grande no hablar de su magnanimidad, ya que hemos llegado a tales razonamientos. Ciertamente, ni César ni Alejandro tuvieron jamás un corazón tan generoso, ni un alma tan elevada y liberal. Que los historiadores digan lo que quieran, pero si yo quisiera ahora hablar de todas las mujeres que superan a los hombres en valor, entraría en un lago demasiado profundo para mi ligera barca.

Ya escribieron muchos sobre las mujeres antiguas, entre ellos Hesíodo, Plutarco y Giovanni Boccaccio; del mismo modo, las mejores mentes de Italia cantaron a muchas modernas. Así pues, cerraré mi breve catálogo con el dulce nombre de Maria Pietraviva, señora de Perone, en quien puede decirse sin mentir que las virtudes morales son naturales: en ella hay belleza más que la media, ingenio y prudencia sobrehumanos, maneras angelicales y deseos santos, y que no vaya yo al cielo si, en todo el tiempo que estuve en Lyon, de donde proviene su noble origen, vi jamás algo digno de mayor honor y mayor reverencia. Ahora,

una vez que hemos puesto fin a la mención de las mujeres ilustres de nuestra época, hablemos de los singulares privilegios que les ha concedido el grande y liberal Dios. Siempre que leo las divinas escrituras, encuentro en todas partes clarísimos signos de la excelencia femenina. Veo en ellas que Dios ordenó a Abraham que obedeciera a Sara, su consorte, en todo lo que ella le dijera. Veo que quiso que su santa resurrección se revelase en primer lugar a las mujeres, como las más fieles, las más amorosas y las que más constantemente habían creído en ésta, y le pareció justo que ellas fuesen las primeras en ser consoladas. He leído igualmente en las narraciones de las historias divinas que cuando el Señor ordenó a Noé que entrara en el arca con su mujer, gran misterio encerraba el recordarle a su esposa. Mercurio Trismegisto (que en nuestra lengua vulgar quiere decir tres veces máximo), conociendo bien la virtud y excelsa perfección que nos viene de las mujeres, escribió en sus divinos volúmenes que los hombres no esquivaran tener esposa, seguro de que toda perfección y toda bondad deriva de ellas, como una fuente pura y copiosa.

¿Y, en realidad, qué son las casas donde no habitan mujeres, sino dispensarios, pocilgas y establos? ¿Dónde se ve la verdadera gentileza sino en este glorioso sexo? ¿Dónde se ve la verdadera pulcritud sino en este glorioso sexo? ¿Dónde se ve la verdadera gracia sino en las féminas? Pablo, queriendo en su Carta a los Hebreos celebrar la fe, recurre al ejemplo de Raab, una mujer, sin embargo, no muy famosa. Pero como la mayoría de los hombres concuerdan en decir que las mujeres son de poco corazón y, en consecuencia, muy avaras, aquí me gustaría extenderme de nuevo. Decidme, lenguas malignas, ¿no fueron llamadas “donne” por los antiguos porque estaban siempre dispuestas a “donar”? Realmente no tengo tantos pelos en la cabeza como mujeres he conocido que no sólo hacían generosísimos regalos a los demás, sino que los hacían solo con el propósito de que otros lo recibieran, sin pensar nunca en ser recompensadas, sin ninguna intención de ganar alguna gloria o alabanza, no haciéndolos manifiestamente, como hacen hoy en día los señores ambiciosos, no esperando que se los pidan, sino atendiendo a las necesidades de los demás con la disposición de dar, sin reprocharles nunca nada, ni dando publicidad al regalo hecho, para que su

generosidad se grite públicamente a oídos de todos. Por tanto, siendo así las mujeres, ¿se puede decir que sin razón se le dio a la virtud nombre femenino y no masculino? Los griegos sabían que las mujeres eran más amigas del honor que los hombres, y por eso le dieron nombre femenino y no masculino. Podría añadir infinidad de cosas que testimonian la excelencia de las mujeres, pero ya que os he remitido a las historias, terminaré aquí, exhortándoos a sus enseñanzas, donde veréis su grandeza esculpida mucho mejor que en mis escritos. Veréis también (si os place juzgar sin animosidad) que los hombres más excelentes siempre lo han confesado, siendo de buen corazón sus servidores, y, como si en ellas resplandeciera una gran divinidad, las han, poco menos, que adorado. Amémoslas, pues, también nosotros, sometámonos a ellas con gusto, mofémonos de esas sucias lenguas que han puesto todo su gozo en lacerarlas y humillarlas.

PARADOJA XXIX. QUE ARISTÓTELES NO SÓLO ERA UN
IGNORANTE, SINO TAMBIÉN EL HOMBRE MÁS MALVADO
DE AQUELLA ÉPOCA

Me parece oír de lejos resonar el clamor: “Dale, dale al loco, al temerario, al que no le basta lo que tan presuntuosamente ha dicho hasta ahora que todavía quiere ir más allá y hablar de cosas divinas”. Pero no me dejaré amilanar por esos ruidos vanos, sino que haré como acostumbra a hacer los hombres astutos, dejaré que otros cotorreen a su gusto, y me ocuparé de mis propios asuntos. No puedo, sin embargo, compadecerme mucho de aquellos que tan fácilmente se dejan cautivar el intelecto y someter el juicio, de tal manera que no discurren como debieran. Pero éste ha sido siempre un error antiguo, y creo que lo introdujo la tiranía de Pitágoras, quien, no sabiendo explicar lo que enseñaba a sus discípulos, quiso que le bastara con decirlo, sin dar ninguna razón. ¡Oh insoportable temeridad, oh increíble tiranía! ¿Qué Fallari, o qué Dionisio se habría atrevido a imponer semejante dictamen a sus vasallos? En verdad demasiada vanidad es la nuestra, sometiéndonos nosotros mismos. Esos estaban constreñidos por el poder y la autoridad del maestro que tenía un ingenio tiránico, nosotros, espontáneamente, como si nuestra mente estuviera completamente ociosa, hemos puesto el cuello bajo el yugo colocando a este animal de Aristóteles en la cátedra, dependiendo de sus afirmaciones como de un oráculo, y sin darnos cuenta de que es un bufón, ignorante, totalmente indigno de tanta reverencia y respeto como le han concedido los necios. No puedo dejar de asombrarme del erudito que lo afamó, siendo sus errores tantos y tan manifiestos. Intentaré relatar algunos de los más leves, pues si quisiera contar todos los que son, creo que me sería mucho más fácil contar las estrellas del cielo. Decidme, sabios aristotélicos, tú el primero, Averroes, que hiciste el gran comentario y dijiste que en las obras de este nuevo Dios vuestro no se había encontrado jamás error alguno: ¿no cometió él un desafortunado error al decir que el semen originaba la sangre menstrual, o sea que éste era solo el ejecutor, y no que de él se

formaba el animal? Dime, mentiroso Averroes: ¿no erró él al dar la explicación de la semejanza de los hijos a sus madres? ¿No erró igualmente al afirmar con pertinacia que los testículos eran inútiles para la generación del semen? Dime, ignorante, ¿no cometió un grave error al decir que para que el cuerpo se mantenga afeminado hay que cortar los testículos? También erró al decir que la causa del movimiento espontáneo y el sentido estaba en el corazón, habiéndose demostrado con pruebas fehacientes que está en el cerebro.

¡Ay, qué apasionado te mostraste siempre hacia este inculto preceptor tuyo! Laercio narra en su biografía que escribió cuatrocientos volúmenes; no diré por el momento que Laercio mienta, pero sí que no era muy perspicaz, ya que no advirtió que, gozando de la protección de Alejandro, saqueó a menudo buenas librerías, adquiriendo libros antiguos. No le faltaba dinero, teniendo relación con aquel buen hombre Alejandro, cuyo mayor placer era dar, no como los príncipes modernos, cuyo mayor deleite es robar a los demás. Por contarle cuatro fábulas, le habría dado la mitad del cetro. Tuvo suerte de vivir en aquellos tiempos, que ahora no sé si lo conseguiría tan fácilmente, porque veo que nuestros señores se han vuelto más avaros que el demonio, y más estrechos que el aprisco. Luego, robaba de los libros que compraba, y pasando de pergamino a pergamino, era menester que se cometiesen infinitos errores, pues el inescrupuloso, no siendo literato, no podía fácilmente darse cuenta de si estaban transcritos fielmente o no. Y así surgieron en sus libros una gran cantidad de errores, casi insufribles para oídos eruditos. Como es que el origen de los nervios está en el corazón, y que de allí viene como una fuente la virtud nutritiva. De aquí viene quizá también su error al exponer las causas de la visión; y lo mismo al enumerar las partes del alma, falsamente llamadas por él facultades, ya que todas juntas no pueden llamarse así, lo que hace que surja un conflicto entre ellas y la victoria que del conflicto se obtiene. También cometió un fallo digno de gran corrección al narrar la necesidad del cerebro, y al decir que el pulmón se mueve por sí mismo. Pero se podría decir que éstos son pecados que sólo se castigan con el látigo, comparados con los otros pecados que cometió al hablar de las proporciones de los elementos, al razonar

sobre la Vía láctea, al discutir del arco celeste⁶⁰, al escribir sobre el número de cuerpos que llenan un lugar; y tratando en su *Lógica* tratando la demostración, desaprobando la demostración circular, y luego en su demostración perfecta quiere que las premisas sean convertibles, de modo que o no se puede aprender nada de esta demostración o se convierte en circular. En fin, esta arca de la ciencia podría ser reprobada con demostraciones matemáticas en casi todas las obras que escribe; y nosotros, insensatos, le adoramos como a un ídolo, y, ante sus determinaciones, todos cerramos la boca, como si fueran la respuesta de un oráculo. ¿Es posible, oh sabio Simón Porzio, que con tu precioso intelecto no hayas profundizado más para reconocer que este Aristóteles tan familiar tuyo era un ignorante? ¿Has preferido morir en tales estudios? Ay, cambia tu pensamiento, y no permitas que tu testimonio le dé más autoridad de la que hasta ahora se le ha dado, que demasiada ha sido. ¿Seremos siempre niños (creo yo), nunca nos despertaremos de este largo sueño, sufriremos siempre que este monstruo se siente *pro tribunali*? Gran cosa es, sin embargo, que no haya nadie en tan docta época que lo desenmascare, y nos haga ver nuestra ceguedad, y sus muchas bagatelas. El triste escribió en el séptimo libro de su *Moral a Nicómaco*, a su hijo escribió, que pelearse no era un vicio, especialmente si uno estaba habituado desde niño (así como no era un vicio para las mujeres acostarse con un hombre). Pero ¿dónde has aprendido tú tan malvada y diabólica doctrina? ¿Acaso la has aprendido de Platón, el cual no fue mucho mejor que tú (y que digan lo que quieran los platónicos modernos)? ¿Te parece que son cosas que se deban escribir a los hijos, oh noble filósofo, oh delicadas costumbres? Este gentil hombre escribe, además, sobre la sodomía en su *Política*, y escribe de tal manera que, según el juicio de algunos (investigadores más agudos que yo), se aprueba como una cosa útil para las repúblicas, y parece indudable que alaba a los que la practican. El malvado permite los divorcios, niega la inmortalidad del alma y deposita la felicidad en el estado presente. Escribió tres libros *Acerca del alma*, y todos se centran

⁶⁰ diccionarios antiguos, veo por ejemplo que el de Nebrija de 1495 recoge la entrada arco del cielo, Covarrubias en 1611 lo recoge como arco celeste, y el Diccionario de Autoridades recoge arco iris

en refutar las opiniones de los demás (como él suele hacer), y no se puede deducir nada más que el alma procede del exterior y que la materia no sale de su potencia. Después, da una explicación del efecto y no de su naturaleza, explicación que no habría dado ni el sofista más inepto de cualquier escuela. Va animadamente ahora a esto, ahora a lo otro, para llenar el papel, creyendo, tal vez por haberse quemado tantos buenos libros, que nunca se descubrirán sus hurtos. Escribió también sobre los venenos, de lo que creo que era muy experto, ya que no había estudiado ni dirigido su pensamiento a otra cosa que no fueran maleficios y todo tipo de maldades. Luego, con un veneno hecho de tal manera que no se podía resistir, salvo con el tusilago, envenenó a Alejandro Magno, un señor tan valeroso y liberal, que lo apreciaba como un padre. ¡Oh, hombre más ingrato que cualquier otro, traidor, pérfido y desleal! ¿Cómo te permitía el corazón que por obra tuya muriera tu señor, gracias al cual adquiriste toda tu reputación? ¿No pensaste en los muchos beneficios que recibiste en Estagira, donde naciste, por el amor que te tenía? ¿No pensaste que, siendo el hijo truhán de un fracasado, te había puesto por encima de tus iguales, haciéndote un hombre rico y honrado? ¿Y por qué creéis vosotros que cometió tan grave acto? En realidad no por otra cosa, sino porque arrojó a Calístenes, su discípulo, por la ventana. ¿Os parece que fue un motivo suficiente como para cometer un delito tan grande?

Calístenes era un joven griego, un joven audaz, muy atractivo de aspecto, y amado por Aristóteles más que su propia vida, con quien conversaba día y noche, y nunca se les veía separados, de modo que se decía en toda Atenas que era más fácil ver lo cóncavo separado de lo convexo, que a Aristóteles separado de Calístenes. Con que fin lo hacía prefiero dejar que lo piensen otros que expresarlo con mi pluma. Pero no creáis que solo fue ingrato con Alejandro, pues también fue muy ingrato con su maestro Platón, el cual muchas veces decía de él, lamentándose, que hacía como suelen hacer los polluelos, que se alejan de la madre cuando son capaces de cazar por sí mismos. ¿Pero qué digo yo de la ingratitud? Él fue el hombre más ruin que ha existido en todos los tiempos.

He leído en algunos fragmentos griegos que, cuando nació, apareció en el aire en pleno día una estatuilla de un hombre con

un libro dado la vuelta en la mano, con la lengua fuera, con barba sólo en la mitad de la cara, la frente de plomo, los ojos como una serpiente, y bajo los pies sostenía un escudo en el que estaban pintados el sol, la luna y las estrellas. Corrieron al oráculo para entender el significado de la monstruosa figura. Les respondió que la estatua que se les había aparecido significaba el nacimiento del hombre más malvado que jamás hubiera nacido en el mundo; el libro que sostiene al revés significa que será un falso e inculto filósofo; la lengua extendida indica la locuacidad inmoderada y maldiciente que tiene, la frente de plomo muestra su insolencia; Los ojos de serpiente dan plena fe de su curiosidad injuriosa; la falta de barba representa que es afeminado e impúdico; el escudo bajo sus pies muestra el desprecio hacia las cosas divinas. Rápidamente se buscó dónde había ocurrido este nuevo nacimiento, pero el soberano del mundo quiso que nunca se encontrara a este desgraciado. Más tarde, cuando éste llegó a la edad adulta, se enamoró de una desvergonzada meretriz llamada Hermia, y estaba tan enamorado que un día la cogió e hizo que le pusiera la silla de montar, lo cabalgara, lo maltratara y lo vituperara por completo. Al final le hizo hacer ordenadamente todos los sacrificios que solían hacerse a la eleusina Ceres. ¿Os parece que esto sea un signo de una mente piadosa, de un espíritu religioso, siendo con este hecho un gran despreciador de las cosas divinas? ¿Os parece que merezca que nuestros reverendos bachilleres lo tengan en la boca a cada palabra, y que no se diga otra cosa en los claustros, ni se diga otra cosa en los pergaminos? Una vez, estando yo en Padua, le preguntaron a monseñor Bembo por qué no iba a los sermones en la Cuaresma; inmediatamente respondió: "¿Qué tengo que hacer allí, si no se oye otra cosa que chirriar al doctor sutil contra el doctor angélico, y después llegar en tercer lugar Aristóteles para terminar la cuestión propuesta? Ya algunos frailecillos hipócritas pensaron que no podían hacer nada mejor que envejecer en semejantes lecciones, afirmando que sin Aristóteles no se podía entender la Sagrada Escritura, ni ningún hombre (por muy inteligente que fuera) podría haber entendido jamás el tema de la predestinación conjunta con el libre albedrío. Y así dejaron el Santo Evangelio y abandonaron la Biblia para atender a los sueños de este bobalicón. Entonces llegó Lutero sin la ayuda de Aristóteles, sin el apoyo de las

formalidades de Escoto, armado sólo con las Sagradas Escrituras, tal y como él las entendía, y ahuyentó a todos aquellos reverendos teólogos aristotélicos de Leipzig, Lovaina y Colonia, haciéndoles ver qué gran error es dejar el grano para comer bellotas.

A este [Aristóteles] se le llamó sepia por su oscuridad, pues al igual que la sepia esparce una especie de tinta bajo su vientre para que los pescadores no la atrapen, este apreciado filósofo, para no ser comprendido, se envolvió por completo en las tinieblas de la ignorancia. Confiando en estas tinieblas, escribió a Alejandro que no lamentara haber publicado los libros de Física, porque no podrían ser comprendidos por nadie que no los hubiera oído de su propia boca. En realidad, creo que ni siquiera él los comprendía, pues estaban mezclados y compuestos por diversos escritos de los antiguos griegos. Ahora, concluyamos rápidamente nuestro relato, y no gastemos más papel en hablar de la poca doctrina que tenía tan famoso filósofo, ni de sus malas costumbres, las cuales fueron descubiertas en Atenas, así que, si no hubiera huido, habría sido expulsado ignominiosamente del mundo con todo tipo de castigos. Y por eso, desesperado, huyó a Calcis, donde un día, considerando que había perdido la reputación que tenía en toda Grecia, y que no había un lugar seguro donde pudiera vivir, estando cerca del río Euripo, llevado por las furias que lo impulsaban, agitado por los agudos estímulos de la conciencia que, debido a los muchos maleficios, lo pinchaban, lo roían y lo descarnaban, se arrojó al río y se ahogó. Cayó al río y se ahogó, y así quedó el mundo liberado de tanta inmundicia, y aquella alma fea fue arrastrada por demonios crueles a su merecido castigo, del que había escapado el indecente cuerpo.

Que los frailes vayan ahora componiendo libros sobre su salvación y sobre la teología de Aristóteles, que el Trapezantius de la mente de Gregorio Nazanzen diga que se ha salvado, cosa que por mí mismo no puedo creer.

He oído decir que un santo eremita que estaba en los desiertos de Tebaida le rogó a Dios que le mostrara qué hombre santo tenía el lugar más honorable en el paraíso. El Señor le complació, pues no suele desatender los deseos de sus elegidos. Pocos días después, deseaba saber cuál era el cuerpo más atormentado del infierno, y en una visión se le mostró a Aristóteles vestido de

filósofo, que tres veces al día se le desnudaba y golpeaba severamente y, luego, era cortado minuciosamente en varias partes. De la lengua se le limpiaban las partes más sucias; los ojos eran un blanco que atravesaban las flechas más afiladas; con el pelo y la barba se hacía un harapo; pero qué milagrosa era ésta, que en cualquier partícula, por pequeña que fuera, por voluntad divina, esa sensación recorría el cuerpo entero. Luego estos pedazos eran finalmente arrojados en agua hirviendo, y el cuerpo afligido volvía entero y sano, y así tres veces al día, sin falta, se repetían estos duros castigos, y creo que continúan en el presente. El buen eremita se llenó de asombro y, recordando que tenía en su celda algunos de sus escritos, los arrojó al fuego. Y, así, de corazón, exhorto a todos a que hagan lo mismo, y dejen los estudios tan hostiles a la religión y a las buenas costumbres, y de los que no se puede sacar ninguna sana doctrina. Por tanto, que todos crean firmemente que no sólo fue un ignorante, sino el hombre más malvado de aquella época.

PARADOSSI

Ortensio LANDO

PARADOSSI, CIOÈ SENTENTIE FUORI
DEL COMUN PARERE

novellamente venute in luce,

*Opera non men dotta che piacevole & in due
parti separata*



A Lione

Per Gioanni Pullon da Trino

1543

PARADOSSO VIII. MEGLIO È D' AVER LA MOGLIE STERILE
CHE FECONDA

Io non so veramente come dir si possi in alcun modo rea cosa la sterilità della moglie, essendo cagione di farla doventare di ritrosa e bizzarra benigna, umile, e pronta più all'ubidienza del suo consorte; là onde la moglie feconda si vede sempre d'infinito ardire e orgoglio piena, né maraviglia è se, veggendo tanti cari figliuoletti che dal suo imperio dependeno, e i suoi cenni con tanta riverenza osservano, ella sì fattamente gonfi, che gli paia d'esser non sol moglie, ma vera e assoluta signora della casa. Essendo una fiata in Milano e famigliarmente (come si suole in quella città) ragionando con una gentil donna d'una molto peregrina foggia di veste che s'avea fatto una sua vicina, sospirando mi disse non avere altra cosa più nell'animo fitta che di avere una simil veste. Io, che conosceva il marito possente per adempirgli tal desiderio, dimandai perché tanto non vezeggiasse il consorte quando ambidui stanno sotto coperta, ch'impetrasse e simil veste e altro che più le fusse piacciuto; risposemi che mai non oserebbe chiedergli cosa alcuna, non avendogli ancora fatto figliuoli, ma che se Iddio ne gli faceva mai grazia, voleva molto maggior cosa d'una veste. Avenne finalmente che ingravidò e partorì dui figliuoli in un parto, belli come agnoli, e divenne tanto altiera e sdegnosa, che il marito non avea mai pace se non quando era fuor di casa. E questi sono de' frutti che ne dà la tanto desiderata fecondità; ma quanti vantaggi naschino dall'odiata sterilità, non gli saprei già io tutti annoverare, tanti e tanti sono. Primieramente se la moglie sarà sterile non converrà né anche pascer gli altrui figliuoli, non s'udirà sgridare quando da' dolori di parto repentinamente sarà assagliata; non s'udirà chi pianga nella culla quando s'avrà voglia di dormire; non sentirassi l'aspra molestia delle troppo litigiosi nudrici, né finalmente proveransi le crudeli doglie che per la morte loro si sentono. Mi soviene d'aver letto che andando Solone per visitar Talete, che allora filosofando abitava non guari lontano dalla città di Mileto, essersi maravigliato molto e quasi avernelo ripreso che si pigliasse sì poca cura d'aver figliuoli; d'indi a pochi giorni Talete aver

astutamente introdotto un giovane, il qual dicesse venirsene di Atene. Fu costui diligentemente dimandato da Solone se in Atene fusse accaduto cosa veruna di nuovo, a cui rispose non esserci altro che la morte d'un gentilissimo giovanetto, la quale avea contristato tutta la città per esser figliuolo d'un cittadino sopra ogn'altro valoroso e istimato, il cui nome gli era caduto dalla memoria. "Oh sventurato padre", disse allora Solone già tutto intenerito, e a poco a poco nascendoli nell'animo il sospetto, dimandò s'egli per aventura avesse nome Solone; rispose che Solone avea nome, il che udito percosse per gran sdegno del capo il muro, e rimase per soverchio dolore di tal maniera afflitto che poco gli mancò non divenisse del tutto pazzo. Allora Talete quasi sorridendo disse: "Queste sono le cose, o Solone, che mi spaventano e isbigotiscono dal generar figliuoli, poscia che te, uomo sì forte e d'animo sì costante possono tanto agevolmente conturbare", e dielli a vedere esser stata una fizione ritrovata per dimostrargli onde nascesse la poca volontà de aver figliuoli. Ma dicami un poco chiunque tanto brama la donna feconda: che sa egli finalmente di che sorte gli partorisce se sterile non fusse? Certa cosa è che non avrebbe l'imperio romano con tanto gran danno sofferto sì orribili mostri come furono Gaio Caligula, Nerone, Commodo e Bassiano, se M. Antonino, se Domizio, e Septimio Severo o non avessero avuto moglie, o almeno sterili state fussero. Soleva dir Augusto: "Dio volesse che presa moglie mai non mi fussero nati figliuoli", e spesso chiamava la figlia e la nipote dui cancheri che lo struggevano con estremo suo dolore. Il medemo fu detto dal padre di Tolomeo Filopatro, lo qual non solo uccise il proprio padre, ma uccise anche il fratello, la moglie e la madre che nove mesi nel ventre portollo e tante volte in collo teneramente levosselo; il simile credo anche dicesse Agripina madre del crudele e spiatato Nerone; lo medemo affermò il padre di Fraate re de' Parti, poi che vidde sì crudelmente il figliuol suo amazzar trenta fratelli, e poi finalmente con tra del vecchio padre stringere senza niuno rimordimento di coscienza il suo micidial coltello. Ho io già letto che Epaminunda, uomo d'altissimo intelletto et di generosissimo spirito, vivesse longamente senza prender moglie, e essendogli rinfacciato da Pelopida che iniquamente facesse non procurando d'aver figliuoli per agiutto della già inchinata republica, aver prontamente risposto: "Guarda

che tu molto di me peggio non facci, lasciando seme di sì mala natura come tu lasci". Era il figliuolo di Pelopida giovane infame, e per la scelerata e corrotta vita al tutto di perdita speranza. Ma che dirò io di Mitridate, il quale per desiderio di signoreggiare, non potendogli succedere le insidie contra il padre suo di nascosto tessute, asprissima guerra apertamente gli mosse? Che dirò di Lotario figliuolo di Ludovico, il qual, sospettando che più di lui amato fusse Carolo il fratel minore, puose il padre in prigione? che si dirà di C. Turanio, di Antipatro, di Gallieno figlio di Valeriano imperadore, e altri tanti micidiali e contra del padre loro ingrattissimi? Ma ciò che ho detto intorno a questo fatto siami per nulla rispetto a quello che son per dire. Non ha predetto Giesù Cristo nel suo santo Vangelo che beate saranno le sterili femine? a che dolersi adunque e per vili stimare quelle cose alle quali l'ineffabil bontà del Redentore promette eterna felicità? Credamisi indubitatamente che la sterilità è un singolare rimedio de' matrimoniali incomodi, li quali per miglior via schivare non si possono. Credamisi per certo che la sterilità è un'ottima e util medicina contra la malvagità de' figliuoli; salvo se non si avesse quell'erba detta ermezia della quale chiunque ne mangia (se il vero dice Democrito) non solo genera figliuoli buoni, onesti, accostumati, ma anche belli e graziosi; ma qual diligente e dotto erbolaio conobbe mai sì miracolosa cosa? qual mano esercitata di prudente ortolano coltivolla? scrissene mai Dioscoride? parlòne mai Crescenzo, o il Plateario de' speziali? A' nostri tempi non crederò già io che stata sia da verun padre conosciuta, di modo vego i giovani di nostra età fatti disubidenti, amazzatori, tavernieri, metidori de' dadi, biastemiatori d'Iddio e de' suoi santi, e finalmente d'ogni virtù capital nemici; credo fermamente che Democrito se la sognasse, o vero la vedesse, poi che tratti si fu per meglio filosofare gli occhi dal capo. Dicciamo pur tutti ad una voce che meglio sia d'aver la donna sterile che feconda; né curianci più d'aver figliuoli, poi che sì male riuscite fanno. Io per me son stato longamente in cotal desiderio, ma totalmente mi s'è spento, veggendo ch'altro non sia il generarne che far vasalli a' principi. Ricordomi d'esser già capitato in alcune sterili montagne, d'onde uscir suole infinita copia de' fachini buratini, venditori di latte e altri simili, de' quali infinite schiere si vegono a Vinegia, dove hanno un proverbio (come alcun nasce) di dire:

“Egli è nato un asino a’ Vinitiani”. Non voglio parlar delle consolazioni che ne caviamo quando fanno briga e alle case ci tornano col capo rotto e con le braccia spezzate; non parlerò quando ne vien riferito ch’essi per furto o per omicidio ci siano impesi, o nelle galere posti, né quando rubbano le case, battendo spesse volte padre, madre e le sirocchie. Sentomi abondar d’infinito numero de travagli che da quelli nascono, ma per schivare fastidio non solo a chi leggerà, ma a me, che sì mal volentieri scrivo, farò qui il fine.

PARADOSSO XI. NON ESSERE COSA DETESTABILE NÉ
ODIOSA LA MOGLIE DISONESTA

Quanto sia pazzo il mondo, che sempre si duole di quello ch'ei si dovrebbe meritamente ralegrare, penso che pochi lo conoschino, imperò che l'ignoranza nostra che n'acceca non ci lascia apertamente vedere quello che più fora mestieri d'intendere; e come che molte cose celate ne sieno, questo in prima pare che nascosto ci sia, che la pudicizia delle moglie faccia che elle sieno troppo imperiose, troppo ardite, e che de' mariti non abbino verun timore, per la qual cosa ralegrare ci doveremo molto più tosto di averle disoneste che pudiche, perché l'averemo similmente meno insolenti, meno moleste e orgogliose. Io mi ricordo che essendo in Lione nel M.DXXXVIII, fummi da un buono marito detto aver per chiaro indizio la moglie avergli allora fatto le fusa torte se più dell'usato lo vezeggiava e affabile se gli dimostrava. Ma oltre le prefate commodità, queste altre vi sono di più, che per l'impudicizia della moglie ne acquistamo de molti amici, sonoci avuti infiniti rispetti, e gli disagi cotanto odiosi non osano sì famigliarmente di accostarsi al limitare delle case nostre; procuransi da prìncipi e gran signori onoratissimi uffizii, acquistansi delle grasse badie, de' ricchi vescovati, e ottime propositure. E chi 'l credesse mai che in Italia, anzi per tutta Europa fussero de molti buoni feudi introdotti nelle case sol per l'impudicizia o delle moglie, o delle sirocchie e tallor per opra delle proprie figlie? E pur è vero, e io n'addurei testimoni pieni di fede e di religione, se non temessi dispiacere altrui. Mostrarei anche forse con poca fatica quinci avere avuto fondamento non solo molte famiglie illustri, ma ancora molte belle e ampie giuridizioni. Certamente che al mio poco giudizio in questo risolvere si dovrebbe ognuno, che se noi si abattemo a moglie bella, non essere punto da maravigliarsene se ella sia men che onesta, e se n'abattiamo ad alcuna brutta, non essere da curarsene. Mi ricordo aver letto (non è ancor gran tempo) d'un filosofo il quale, avendo bruttissima donna per moglie, e ritrovandola amorosamente abbracciata con un gentilissimo giovane della medesima città, a colui rivolto che sul fico si ritrovava: "Misero

te” gli disse, “che dura necessità t’ha qui condotto?”. Non si curò punto dell’adulterio commesso, non dell’ingiuria a lui fatta, non della fede rotta, ma più tosto ebbe di colui piatà che si fusse con sì brutta femina carnalmente congiunto; non sapeva il sciocco filosofo (sì come l’astuto giovane) essere le brutte femine per segrete cagioni spesse volte più da apprezzare che le belle non sono. È però certa cosa che noi siamo molto iniqui giudici, vogliamo verso delli appetiti nostri usare tutta quella piacevolezza ch’usare si possa, ma verso le povere e fragili femine vogliamo essere l’istessa severità dal natural ritratta. Non scrissero già i savi della miglior scuola che l’adulterio era quell’una cosa che ragionevolmente non si poteva né permettere né proibire, perciò che l’uno il vietava l’onestà del mondo, e l’altro la tirannide della nostra libidine ostinatamente lo proibiva? E che ciò sia vero, noi veggiamo apertamente e alli potentissimi re, e alli ferocissimi tiranni di rado esser accaduto la possessione de’ casti matrimoni. Legasi un poco l’istoria di Arcturo (quantunque favolosa ci paia), legasi di Olimpiade, che tante volte e sì cautamente puose la diadema del montone sul capo di Filippo re di Macedonia; legasi de Cleopatra, la quale in Egitto essendo, spinta non da premio (come oggidì si fa) ma sol da passione amorosa, con sì leggiadra e inusitata maniera a Cesare si conduceva; legasi di Clitennestra e di Elena, che alla presenza delli ambasciatori Greci, avendo ritrovato molto migliori giaciture in Troia che in Gretia, non si vergognò di dire che volentieri, e non sforzatamente, avesse seguito l’adultero troiano; legasi parimenti di Fedra, di Messalina moglie di Claudio e amante di Silio, di Pasife, di Simiamira madre di Eliogabalo e di Antonio Caracalla sì fuocosamente innamorata; legasi di Beronice, di Medea, di Sassia, e di Popullia, la quale, essendo adimandata da un suo famigliare per qual cagione le bestie se non a determinati tempi ammettessero il coito, rispose: “Perciò lo fanno, perché bestie sono”; legasi di molte altre, quali io taccio per non esser prolioso. Io mi ramento ancora aver udito dire che l’impudicizia delle moglie era quella cosa che ci apparecchiava il primo grado alla vita più libera, e per conseguente più lieta e più tranquilla, dandoci occasione di fare divorzii, e di dare libelli di repudio senza por mano a veneni, o a coltelli. O singolar beneficio, come sareste tu, se fussi ben conosciuto, degno d’ogni bella ricompensa. Ma dimmi un poco

per cortesia tu, che tanto ti lagni che la donna tua faccia altrui copia di se stessa, e hai riposto l'onore e la reputazione nelle gambe d'una feminuccia, parendoti che l'averne un paio di corna sul capo sia più grave peso che l'averci il monte di Etna o di Vesuvio: credi tu forse che dall'altrui fallo nascere ti possa infamia? Stolto sei se lo credi. Confesso bene che te ne possino agevolmente nascere fastidi, danni e cordogli, sì come ancora dell'altrui virtù te ne può venire alegrezza, ma non già gloria alcuna. Pisistrato fu (per quanto ho letto) delli Ateniesi tiranno molto savio e accorto; ora costui, intendendo che la madre sua ardeva per amore che portava ad un vezoso giovanetto di Atene, col quale per non avere che in vecchiezza rimproverare alle carni sovente si trastullava, quel, tutto timido e isbigottito per la coscienza che lo rimordeva, con lieto volto a cenare con esso lui invitò, e dopoi levate le tavole, gli dimandò come ben cenato avesse; rispose il giovane riverentemente e con la voce fioca, essere stato di quella maniera che si suole alle tavole de' gran principi; soggiunse allora il tiranno: "E così averatti dell'altre fiata, se perseverarai di compiacere alla madre mia". Egli non pensò già che dall'infamia di sua madre nascere gli potesse vergogna, altrimenti fatto n'averebbe quella dimostrazione che convenevole paruta le fusse. Volesse Iddio che tal senno fusse stato li giorni passati nell'animo d'un amico mio ch'egli né me, né se stesso, né altrui avrebbe de fastidi riempiti, ma così avviene per voler parer troppo savio, e per non saper ben discernere l'onore dalla vergogna. Ho io udito raccontare da uomo che non sa mentire, che essendo riferito a un gran principe che uno de' suoi cavaglieri si dava piacere con l'amata sua, qual più che se stesso amava, avergli risposto ben essergli caro che le cose che piacevano a sé piacessero anche ad altrui, perciò che indizio sarebbe al mondo che del tutto non mancasse di giudizio. Ho similmente udito raccontare che essendo detto al signor Prospero Colonna da un frate minore, più di malignità che d'innocenza pieno, ch'una monaca sua stretta parente era stata la notte passata con il guardiano, avere savamente risposto: "Se Santo Francesco comporta sì pazientemente le corna, ben le posso anch'io sopportare; andatene, padre, che di simil cosa non prendo io cura". O risposta degna di sì gran capitano, e indizio chiaro d'aver notizia della fratesca iniquità. Gli antichi nostri, di noi più savi e

aveduti, trovârno dui bei modi di vendicare e scorni dalle moglie lor fatti tacendo e fuggendo; ma perché a' nostri tempi ci pare di vedere molto più di Argo, abbiamo giudicato essere cosa d'animo troppo vile e troppo rimesso il fuggire, e il tacere, e perciò ag giunto gli abbiamo ferri, veneni e lacci, cosa nel vero sopramodo crudele e inumana, anzi tutta aliena dalla tenerezza e piatà che Giesù Cristo, nostro verace maestro, n'insegnò, mentre con esso noi riempiendoci sempre d'ottimi esempj conversò. Trovansi ancora alcuni litterati scrittori che per util aviso iscritto ci lasciârno emendarsi l'impudica vita delle femine con l'età matura, con e spessi parti, con l'assidue fatiche, con l'avere l'animo di continuo travagliato, e con la povertà, la qual ci fa uscire e grilli del capo per baldanzoso ch'egli si sia; là onde, credo, indutto ne fusse Crates (il tebano) a dire che l'amore con la fame e col disagio si rafrenasse. Ma io per me, tutte le volte che mi va per la memoria la focosa libidine d'una femina della città nostra, il cui nome voglio per ora tacere, non posso persuadermi che con sì lieve riparo rafrenare si possa una passione tanto rabiosa, alla quale, come poche si trovino che soggette non le siano, chiaro puote apparire da ciò che si legge in Erodoto, il quale diffusamente narra che essendo il re Ferone privato della luce, fusse dall'oracolo consigliato che si lavasse gli occhi con urina di femina che con altro uomo che col proprio marito giacciuta non si fusse, che così ricuperarebbe il vedere. Incominciò Ferone, desideroso di sanità, dalla propria moglie, e poi da infinite altre, nè mai perciò ricuperandola fecele tutte ardere. D'una povera feminella trovò finalmente l'urina sì giovevole, ch'egli ne riebbe il vedere, e quella per ricompensa tolse per sua moglie. Una simile storia (benché alquanto diversa) narra ancora Diodoro, dicendo che Sosis figliuolo del re d'Egitto, avendo per non so qual accidente perduto la vista, doppo 'l spazio di diece anni fu, dormendo, avisato cercasse primieramente di placare il Dio che nella città di Eliopoli si adorava, e poi afissasse gli occhi nella faccia d'una femina ch'altro uomo che il proprio marito isperimentato non avesse, e così dalla propria donna incominciando, di molte ne fece la prova e niuna fedele ritrovandone; doppo lungo cercare, una trovonne moglie d'un ortolano, e quella prese per sua donna avendo tutte l'altre fatto ardere, non senza gran stupore e meraviglia di chi prima fidato

s'era nella femminil fede, la quale (per quanto intendo da chi n'ha sovente fatto l'isperienza, che da me stesso non l'oserei per la poca pratica affermare) è sì fragile e debole, che molto più resistenza si truova nel giunco, o nel vetro. A che tristarsi adunque se la moglie non è onesta? Veramente se ralegrare non ci vogliamo per le sopradette commodità, non ci dogliamo almeno della commune sciagura, anzi sopportiamo pacientemente quel che schifare per molta industria e arte non potemo, ricordandosi ancora che il Signor nostro condennar non vuole l'adultera. Non voglio però dir io che molte caste donne non si trovino, come detto hanno alcuni al mordere la donnesca onestà troppo inchinati, perché so bene di quanto cordoglio nella mia più giovenile età stato mi sia cagione l'incredibil onestà della donna mia, la quale né per longa e fervente servitù, né per ismisurato amore ch'io gli portassi, mai si volle piegare a' miei desiderii; tengo però per cosa certa, che sì come in virtù e nobiltà d'animo è singolare, così fusse unica in questa parte e rarissime all'età nostra ritrovarsi quelle che di sua mente sieno.

PARADOSSO XXI. NON ESSER DA DOLERSI SE LA MOGLIE
SI MUOIA E TROPPO STOLTAMENTE FAR CHIUNQUE LA
PIANGE

Vorrei detto fusse con buona grazia delle donne, l'inimicizia delle quali fugo più che il fuoco e schivo più che la peste, che il perder moglie sia come perdere la rogna, l'asma, la febre o l'anguinaglia, perdita veramente da ralegrarsi più tosto che da tristarsi. Certo qualunque si ramarica di cotal giattura vorrei considerasse se quando moglie prese, saggia e buona trovolla o pur malvagia e iniqua. Se buona la ritruovò, perché non spera animosamente poter con la medesima agevolezza trovarne un'altra simigliante? ma se con sua industria di cattiva buona la ridusse, perché non ne riduce egli un'altra di nuovo, che assai maggior lode e gloria ne riporterà? Mi ramento d'aver letto che essendo pregato M. Tullio da' suoi amici a ripigliar donna, poi che Terentia (la perfida), scordatosi lo fervente amore molti anni dal marito portatole, congiunta si fu di matrimonial copula con Salustio suo mortal nemico, rispondesse non potere e alla moglie e alli studi della vera sapienza insieme attendere. Non è in effetto cosa più dura al mondo da sofferire che ritrovarsi il letto occupato, a quelli specialmente che amano i dolci e ripostati sonni, e nell'animo loro vanno sempre rivolgendo alti e nobili pensieri. Una sol cosa ci è la quale ad alcuno per avventura parrebbe degna di poterci trar dagli occhi amarissime lagrime, e questa si è quando si ritrovano savie, pudiche, e di lor mariti amorevoli: e io dico starsi allora la quiete della casa in maggior pericolo, con ciò sia che cotali donne ardino sempre di gelosie e sospizioni maggiori che non fanno quelle che triste sono tenute; là onde parmi di necessità sia che la casa per infinita discordia e molto disparer alla fine cada e rovini. Mitione terentiano disse già: "E, quello che si reputa fortunata cosa, mai non ebbi moglie". Poi che adunque col prenderla perduto se ha fortuna tanto desiderata, non è ben fatto che si agevolmente con la morte si ricuperi? Non è certamente da lagnarsene, contradichi pur chi

vuole. Cremete ancora, appresso di Terenzio, in tal maniera parla: “Presi donna e nacquermi figliuoli: qual sorte di miseria non viddi io?”. Grande in effetto è la disgrazia di qualunque piglia moglie, con ciò sia che se a nobile si abatte, convengagli soffrire l’alterezza e stremo orgoglio che suol esser congiunto con la moderna nobiltà; e se in saggia donna incappa, rade volte accade che ignuda senza dote non li sia data, oltre che con la sua sapienza si persuade d’esser atta a dar leggi ad ogni gran republica. Ma fate che ricca sia, voi vedrete che del continuo gli rinfacciarà la dote, e veragli a noia col raccontargli le longhe genealogie de’ suoi parenti, mostrandoli l’arme, l’imprese, e i cimieri di Cornovaglia. Io non so qual sorte di consolazione n’arrechin le moglie perché l’abbiamo a piangere quando le vanno a miglior vita, con ciò sia che pigliando noi bella donna per moglie, gran pena soffrir convenga per guardarla acciò che di scorno cagion non sia, e pigliandola brutta, non si possi longo spazio di tempo interporre che sforzati non siamo di separar camera e partir letto. Oh, che pena vedersi del continuo davanti a gli occhi certi volti tartereschi, certi occhi biechi, con nasi schiacciati, e non potervi rimediare salvo con e divorzii. Pigliamola festante e lieta, e trovaremola ad ogni altra cosa aver il capo fuori che al governo della casa; pigliamola sofficiente e buona massaia: vedrassi tanto soperba che serva alcuna non potrà pacientemente soffrirli. E chi è ch’oramai non sappia esser le moglie di tal condizione che, se in casa si chiudono, mai farsi fine di udirle querelare, e dir: “Se io mi avessi creduto di aver a star sempre rinchiusa, mi sarei fatto monaca, o mi ârei fatta murare”? Lasciamola andar scorrendo ovunque più li piace: io vi so dir che daremo che dir alle brigate, e faremo per ogni lato buccinare di noi. Mostriamoli torbido viso, e subito d’ira e di sdegno tutta avamperà. Lasciamo che al suo arbitrio spenda e delle facultà disponga: io ti so dir che presto con sue peregrine foggie, con lisciamenti e con ricami, ti ridurà al verde. Governi l’uomo, e non permetta che a suo arbitrio spenda: o che gli furerà la borsa, o che terrà mano col mezauiolo a rubbar qualche staio di grano o matassa di lino. Ho conosciuto la moglie d’un medico, la qual stava attenta quando il marito si traeva le anella di dito per lavarsi le mani, e furavagli sempre per potersene ne’ suoi maggiori dilette prevalere; il marito, ch’era alquanto bue e di vista corta, vi stava saldo per non poter far altro, dando

sempre la colpa a chi meno la meritava. Ma seguitiamo narrando la dolce vita che si mena con questi diavoli, con queste furie infernali, le quali ti intorbidano quanto di consolazione porger ti possano o la sorte o l'industria tua. Se il marito stassi del continuo in casa, si duole amaramente che geloso, che sospettoso sia, e che fede non abbi alla gran lealtà sua; se alle volte per sue bisogne o per altro rispetto si absentia, fa querela che mal consorte sia, e che punto non l'ami. Vestila onoratamente: le catene non la potrebbero tenere in casa, vuol ritrovarsi a tutte le feste, vuol esser presente a tutti e banchetti, dove, se non la lasci gir, quanti cancheri, quanti gavòccioli ti disîdra! Se ti dimostri verso della moglie troppo amorevole, la ti tiene in poco conto, non ti stima, anzi pensa subito di tiranneggiarti; non vezeggiandola poi di continuo, vive in sospetto che in altro fuoco non ardi, e così sempre borbotta, sempre rimproccia. E che vollero dir e poeti di Megera, né di Alecto? certo che maggior inferno imaginar non si può di cotal stato. E noi goffi vogliamo piangere s'ella si muore! Piangiamo più tosto quando elle ci entrano in casa tenendo per cosa certa che il fuoco ci entri. Dicono e gramatici che la moglie fu detta uxor ab ungendo, quasi volessero dire onsor, perché quando entravano nelle case de' lor mariti, ungevano le porte e e gangheri, a dimostrar che cagion sieno di far uscire molto più agevolmente la casa fuor delle porte. Ma lasciamo da canto le etimologie e seguitiamo il fatto nostro. Ricordomi d'aver letto che Pomponio Attico avesse per sue lettere pregato il buon M. Tullio dispor volesse Quinto suo fratello a pigliar moglie, il quale nulla in ciò operando rispose ad Attico le formate parole: "Egli niega potersi ritrovare cosa veruna più dolce del libero letticiuolo". E certo non si pò dir il contrario, anzi parmi che sin ne' tempi antichi fusse tra' savi delle moglie una tal upinione; il che facilmente appare per l'orazione di Metello Numidico, esortando e Romani con ogni sua industria a pigliar moglie. Debbo io seguitare narrando le molte angoscie che a' mariti porgono? non, che sarebbe un ripetere cose troppo note. E chi è che non sappia le calamità nelle quali riducono gli infelici mariti non solamente con e falsi parti, ma con la naturale ostinazione, con le bugie, e anche spesso dando or col ferro e ora col veneno morte a' miseri consorti? Aggiungiamoli l'importuna loquacità con infinite altre imperfezioni, odiose e strane non sol al sofferirle

ma anche al mentovarle. Moglie, ah? Parmi alle volte nome all'orecchie più dolce e più grato al cuore a dir orso, drago, lupo, tigri, pantera e griffone. Fu già invitato Pitagora di gir alle nozze d'un suo amico: negò egli prontamente di voler andare a tali essequie, pensandosi per certo che il prender donna fusse un morir e un sepelirsi, né mi pare che irragionevol discorso fusse. Come possibil è che con le femine lieti e contenti viviamo mai, essendo tra noi di sì diversa natura? e pur siamo sì pazzi che si dolemo che la moglie si muoia! Non intendo perciò di totalmente escludere che delle buone non se ne trovino, ma dirò ben tre e quattro volte beato chi se gli abatte, rare essendo quelle che triste e scelerate non sieno. Più d'un paio ne so io le quali, temendo di non rimaner spogliate de' beni del marito, finsero d'esser gravide armandosi de' coscinetti, e poi al maturo tempo del partorire trovarno una creatura dell'ospitale e dettero ad intendere al bufalaccio marito che quel parto fusse stato da lui generato. Un'altra ancora ne so la quale, temendo di non partorir femina (come poi avvenne) conoscendo il marito desideroso di figliuolo maschio, providde che all'ora del partorire un fanciullo recato le fusse, e così fatto scacco, la sfortunata fanciulla fu condotta all'ospitale e l'avventurato straniero successe a l'eredità. Oh, quante ne fanno, e de quanti scorni sono le traditore cagione! Non è ancora guari che mi fu raccontato da un uomo degno di somma fede esser avvenuto nell'isola de Inghilterra, che essendosi coricata una gentil madonna col suo marito, adormentato ch'egli fu, levosegli dal lato e andossi a giacere con un suo valletto d'infima condizione e quasi per l'amor d'Iddio in casa allevato. Il marito, risvegliato, non sentendosi la cara moglie appresso, pensò per qualche natural necessità levata si fusse, ma indugiando troppo a far ritorno, rizossi tutto pien d'affanno, temendo sopraggiunto non le fusse qualche sinistro accidente; trovolla doppio lungo cercare sì strettamente abbracciata che appena il vento vi sarebbe entrato. Imaginatevi ora da voi s'egli rimanesse intronato, o s'egli avesse cagion di piangerla morendo? Se io volessi per mia fé raccontare sol una minima parte de' fastidi, de' scherni, de' gli inganni e de' disonori ch'esse portano a' mariti, crescerebbe il mio picciol volume a maggior grandezza che non crebbero le Decade di T. Livio. Pensarò adunque di por termine al mio paradosso, essortando ognuno a non pianger mai la moglie s'ella si muore,

buona o rea che ella sia, ma più tosto a relegrarsi che Iddio della sua miseria divenuto piatoso tratto l'abbia da sì molesto laberinto.

PARADOSSO XXV. CHE LA DONNA È DI MAGGIOR
ECCELLENZA CHE L'UOMO

Ho già longo tempo fra me stesso creduto che le donne non solamente non fussero a gli uomini di eccellenza e dignità superiori, ma né anche uguali. Considerato poi assai più minutamente le grandezze loro con e singolari privilegi, sono dalla verità sforzato a credere, e in ogni luogo manifestare, la preminenza che Iddio ottimo e massimo sin nel cominciamento del mondo lor dette, formandole nel paradiso terrestre, luogo sopra ogn'altro ameno e delizioso, di pura e ben complessionata carne, e non di schifevol luto, sì come formato fu l'uomo, al quale non fu ancora (per quel che si vede) data tanta bellezza quanta alla donna si diede, il cui viso chiaro e perpetuamente senza pelo ben mostra per l'uniformità sua d'esser vera fattura del magno Iddio, fonte di ogni bellezza, e il gentil corpo con la sua divina proporzione, qual confessano tutti e prospettivi esser molto maggior nella donna che nell'uomo, dà chiara testimonianza delle celesti misure. Ma che dirò io poi degli animi loro, più costanti e forti, più grati e amorevoli? Quante fiata (se le istorie non son bugiarde) furono cagione di grandissime vettorie, e le squadre per la debil virtù degli uomini già inchinate e in fuga volte animosamente sostennero? Qual capitano fu mai (parlo di qualunque nazione) che di valore, di ardir, di consiglio pareggiar si potesse con l'animoso Camilla, e con l'ismisurata forza di Pantesilea? qual diligenza e incredibil prestezza por si puoté mai al paragone di Semiramis? qual virtù fu mai per alcun secolo veduta che si rasimigliasse a quella di Zenobbia, di Valasca e altre famose donne di quella antica e florida età? chi le suppera eziandio, o per meglio dire, chi è che nella fede e nella costanza non le sia inferiore? Io per me volgo sozzopra la parte mia degli storici in l'una e l'altra lingua, e quanto più posso con attenzione osservoli; non vego però mai di virtù essempii alcuni più illustri di quelli che le donne in tutti e tempi ne dettero. Quante fiata per la chiara fede e immenso amore ch'altrui portano andarono con mille rischi ne gli eserciti, con mille stenti negli esigli, costrette

ben sovente di mutar nome, di cambiar abito, e di mentir sesso, amando sempre e lor mariti più che se stesse, e onorandoli più di qualunque terrena cosa. Non trovai ne anche mai uomo alcuno, e pur sono assiduo nelle conversazioni loro, chi le ponesse il piede avanti nella religione e nella cortesia. Sonosi ritrovate molte donne che per mantener spedali, per agiuttar religiosi, per edificar tempii, capelle, altari, e per riscuotere prigioni hanno dissipato con animo risoluto ampiissime facultà, di sorte che non credo potuto avesse mai uomo alcuno (benché generoso) operar la metà di quel che operârno già alcune donne di non molta fama. Gran cuore nel vero ebbero sempre nel spendere. Fassi menzione per tanto nelle storie pagane d'una generosa femina che tutto l'esercito romano con infinita liberalità raccolse; gran spirito mostrò ella in ogni modo, grand'amore al popolo romano, ottimo giudizio e non minor gratitudine. Non si vidde anche nella bella Frine un eccellente animo poi che si offerse di ridificare le gran mura di Tebe pur che si contentassero e Tebani che il nome suo fusse nelle predette mura scolpito? era questa una spesa infinita, essendo Tebe città sì grande che appena cento porte le bastavano. Tacerò l'altre delle quali ciascuno men che mediocrementemente dotto ha sufficiente cognizione. Fassi menzione doppo molte, nelle storie sacre, d'una Tabita, la quale, per sovenir le povere e afflitte vedovelle, per soccorrere orfani e altri bisognosi pupilli, appena si lasciava di che potersi le sue carni cuoprire: o carità immensa, o carità non mai udita in alcun uomo, degna d'esser lodata da tutte le diserte lingue! Non possono veramente aguagliarsi gli uomini alle donne, né in le virtù morali, né in le naturali. Dican pur quel che lor piace i maldicenti, mormorino pur i detrattori, e vadino al lor piacere per ogni luogo cantando dell'avarizia femminile, che se vorranno senza rancore più adentro al vero che non fanno penetrare, troveranno gli uomini per l'avarizia divenir traditori, ladri, usurai, disleali, e ad ogni libera promessa senza rossore alcuno mancare. E che potrebbero gli aversari delle donne (non volendosi scostar dalla verità) opporgli? diranno forse che per danari (cosa sì vile) vendano l'onore, del quale assai più che della vita calere gli dovrebbe? Deh, guardiamo più tosto che di ciò cagion non sia la dolcezza del sangue loro, la gentilezza del cuore, che le fa arrendevoli a preghiere de gli amanti; o vero che più tosto di ciò cagion non sia l'importunità nostra incomportabile, le

losenghe, le insidie, le minacce, e gli inganni che tutto di cerchiamo lor di fare senza rimordimento alcuno coscienza. Io non potei giamai al mio vivente trovar donna che alle altrui voglie spontaneamente si disponesse; vego io sempre essersi interposta longa servitù, lagrime, lo più delle volte simulate, sospiri finti e inganni sottilissimi; sovente ancora vi s'interpone viva forza, tal volta aitata da' tradimenti ch'usi sono di fare a' padroni e domestici servidori per ricompensa de' buoni trattamenti. Non è gran tempo che in Padova un amico mio molto intrinseco, innamorato d'una bellissima fanciulla, la cui salda mente né per calde preghiere né per larghe offerte mai poté piegare o amorbire, finalmente al suo dispetto, per opra d'un servidore che nella propria camera l'inguattò, godette delle sue rare bellezze. Oh, assassinamento d'esser punito fin'alla quarta generazione! Potrei narrarne molti de simili accidenti, ma il desiderio della brevità che mi sta in ogni mia azione sì fitto nel cuore, non sol non l'acconsente, ma mi esorta a fare il fine, e altre cose addure; per le quali chiunque non crede esser le donne di maggior eccellenza che gli uomini, da sì stolta upinione si rimuova e al dotto Aristotele si accosti, il quale più de gli uomini ingegnose le confessa, dicendo che quelli che hanno la carne più molle sieno di maggior ingegno dotati (niuno è già che dubiti che la carne delle donne non sia e più molle e più dilicata). Oltre che l'ingegno loro nelle belle e grate invenzioni sempre con molta eminenza apparve: legasi il catalogo delle invenzioni delle cose, e inventrici troveranosi di utili e ingegnose opere. Sono ancora le donne, quando vogliono, più atte alli studi de le lettere, né ciò mi è maraviglia, poi che una donna detta per nome Carmenta le ritrovò. Veramente, poi che io tal cosa intesi, cessommi anche la maraviglia se scrisse già Leonzio contra Teofrasto, se confutollo, se vinselo, riempiendolo di scorno. Saffo, inventrice del verso saffico, contese di poesia con eccellentissimi uomini di quella professione e feceli rimaner confusi; lo medesimo non senza gran lode fece ancora la bella Corinna, e a' nostri tempi qual arguto e ingegnoso poeta por si potrebbe mai al paragone della marchesana di Pescara, dell'illustre e cortese signora la signora Veronica da Gambera, o della gentil Emilia Angosciola? Non mi stenderò diffusamente in ragionare di tutte le donne che a' nostri tempi chiare sono per vera nobiltà, e riguardevoli per molta virtù,

avendone di ciò copiosamente scritto monsignor Giovio vescovo in Nocciera e gran scrittore delle storie moderne. Ma perché egli in poche carte non poté chiudere molte cose, ardisco io dire trovarsi al presente donne di valore assai più maraviglioso di quel ch'ebbero gli antichi nostri. Farò la scelta di alcune poche, per non esser nel dir mio troppo rincrescevole, né credo d'aver a ritrovare chi mi contradica, sì nota è oramai a ciascaduno la bontà, la cortesia e onestà loro. Farò principio adunque dalla signora D. Isabella Villamarina, prencessa di Salerno, qual conobbi talmente bella et savia che non sol la real presenza, ma tutti e suoi progressi mi davano stupore. Udilla ancora in Avellino recitar versi latini, e dichiarar prose di tal sorte che riempiva chiunque l'ascoltava d'infinita dolcezza. Conobbi nel medesimo tempo la signora D. Giulia Gonzaga: oh, di quanta onestà, e di quanta continenza viddila io ornata. Or questa, scordatasi la sua bellezza che paragone non ebbe mai, ha tutti i suoi pensieri al cielo rivolti e è fatta nelle sacre lettere assai più esercitata che l'altre femine non sono nell'ago o ver nella conocchia. Conobbi ancora la signora marchesana della Palude, e parvemi conoscer l'idea della liberalità, della piacevolezza, e della discrezione. Ben dette segno il signor D. Francesco da Este del suo singolar giudizio lasciando tutto il resto d'Italia per far elezione in quel florido regno di sì perfetta donna. Certo che non per altro scrissero e poeti che ne que' mari cantassero le sirene, salvo che per darci intendere esservi maggior copia di belle e virtuose donne che inn qualunque altro luogo. Venermi similmente a notizia, mentre a Napoli stetti, due fanciulle sorelle cugine: l'una è Violante Garlona, e l'altra Violante Sanseverina, ambedue belle de modi e di presenza, amiche ambedue d'onore, e studiose di buone lettere. Debbo scordarmi l'immensa contentezza ch'io sentivo conversando all'otta con la signora contessa di Nola, ispezialmente quando aggiunta v'era la sua cara creata Luvigia Carolea? oh, troppo ingrato se non mi sovvenesse di dua sì gentili e graziosi spiriti: credo fermamente che il senno delle famose Sibille rifuggito sia ne que' casti petti, ove non albergano se non candidi e nobili pensieri e donde non escono se non parole cortesi e amorevoli. Ma se io non facessi memoria se non delle napolitane, potrebbero facilmente credere gli avversari nostri che sol Napoli fusse di valorose donne feconda e gli altri luoghi sterili si rimanessero.

Caverolli adunque di errore, affermandogli aver trovato in Siena molte generose madonne, tra' quali Onorata Pecchi e Frasia Venturi sopra l'altre; sì fattamente mi rimasero nella memoria, che mai me l'ho potute dimenticare. E chi si potrebbe facilmente scordare sì virtuose e amabili madonne? certo, chi non le ama e riverisce non sa quai siano veramente le cose degne di riverenza. Ben conosco di perfetto giudizio il buon Gabriel Cesano, poi che d'una Onorata Pecchi favellando mai ne sa ritrovar il fine, e mai stanco si vede di lodarla or di prudenza, or di beltà, e tallora di cortesia. Non ha parimenti Lucca mia donne eccedenti di gran lunga in virtù qualunque vertuoso cavagliere? si ha, veramente, e chi non mel crede specchisi nell'esempio mirabile che di sé dano Caterina Dati e Margherita Bernardini. Non ha Firenze ancora donne da paragonar con e più valorosi uomini di qual si voglia secolo? non nacque in essa M. Maria delli Albizi, che già fu del buon Rinieri Dei? non stupisce ognuno per meraviglia considerando l'acutezza del suo benigno ingegno, e la prontezza delle belle risposte? ben si ralegra Firenze con ragione avendo recuperato sì caro tesoro, né con minor ragione si duolgono e Lionesi di aver perduto sì grata conversazione. Vididi io alla partenza sua più di cento mila lagrimosi occhi, vididi io turbarsi la Sonna e per gran duolo quasi bagnar amendue le sponde, vididi io lo Rodano più del solito suo con gran velocità scorrere, quasi per forza ritener la volesse o vero anch'esso dal suo nido far dipartenza. Deh, come credo che volentieri cambiasse ora le fortune sue con quelle del ben avventurato Arno. Ma vegniamo ora in Lombardia de tutti e beni copiosa, ispezialmente di leggiadre e onorate donne fra le quali ho sempre di buon cuor riverito la signora Gostanza di Nuvolara, signora di bellissimi costumi, di svegliatissimo ingegno, e di litteratura più che mediocre ornata. Ma prima ebbi cognizione, nella città di Mantova, della signora Violante Gambera, la cui alta mente e cortesissimi modi dano fermo indizio di vera nobiltà. Un tal esempio contemplando di continuo la signora Camilla sua ubidente figlia, a tanta perfezione è oggimai venuta che pò e dar altrui materia che di lei si scriva e essa parimenti con la sua dotta penna scrivere le gloriose opere che a' nostri secoli si fanno. Le streme contentezze ch'ebbi io sempre di sì dolci conversazioni mi speronârno a cercar più studiosamente se altre ve ne fussero che simili pedate

seguitassero. Viddi già per tanto più d'una fiata le signore di Corte Maggiore, le quali non tanto per corporal bellezza, quanto per l'infinita cortesia e bontà che in quelle regna, più divine che umane mi parvero. Veramente chi non stupisce contemplando l'aria dolcissima della signora Camilla già consorte del virtuoso signor Cesare, accoppiata con un spirito generosissimo, non ha senso d'uomo; chi non ammira la gravità, la longa sofferenza ne' travagli, senza pur mai piegarsi, e il splendor dell'animo che ha la signora Giulia Trivulza marchesana di Vigevano, è in tutto fuor del senno. D'indi a Piacenza ratto me ne volo, vago di riempirmi tuttavia più di nuove meraviglie, dove non guari stetti che alquanto famigliare divenni della signora Ippolita Sanseverina; io non potrei certo in alcun modo ridire quanto ne rimanessi sempre de' suoi ragionamenti sodisfatto, e meritamente, essendo non men prudenti che tersi, e pieni di dolcezza, oltre che sporti sono con ammirabil grazia. Fui anche ne' medemi tempi assai più assiduo visitatore della signora ISABELLA SFORZA, li cui dilicati modi mi rendevano molto attento, e malgrado d'altri miei pensieri mi facevano star alla contemplazione di quelli sempre tutto raccolto: la dolcissima favella mi dava non picciolo stupore, e l'acutissimo ingegno facevami uscir alle volte di me stesso. Oh, donna rara, veramente non conosco io uomo alcuno che d'ingegno e di accortezza con essa fronteggiar potesse. Or con questa gentilissima signora viddi moltissime volte la signora Luvigia Palavicina da Scipione, signora più di qualunque uomo affabile, discreta, bella e magnanima: meritava ella per la sua rara bontà d'esser moglie di re, e non di privato gentiluomo, quantunque egli sia cavaliere senza alcun rimprocio, e perdonimi il mio signor Francesco se l'offendo, anzi dia la colpa al gran valore della consorte sua, che mi fa nel dir troppo assicurato. Debbo tacere, poi che mi nasce l'occasione di ordire un piccolo catalogo di singolari donne, i gran meriti della signora Emilia Rangona Scotta? la religione, la prudenza e la destrezza in regger sua famiglia? Debbo similmente passarvene senza far memoria della S. Lucrezia Martinenga Beccaria? non, che sarebbe troppo gran fallo a non parlar della sua magnanimità, poi che venuti siamo a sì fatti ragionamenti. Certo non ebbe mai né Cesare né Alessandro un cuor sì generoso, né un animo sì eccelso e liberale. Cicalino pur quanto vogliono gli storici, ma se vorrò

dir al presente di tutte quelle donne che di valore gli uomini superano entraro in pelago troppo per la mia sottil barca cupo. Delle antiche scrissero già molti, ispezialmente Esiodo, Plutarco, e poi Gioan Bocaccio; cantarano similmente di molte moderne i migliori ingegni d'Italia. Chiuderò adunque il mio brieve catalogo col dolce nome de M. Maria Pietraviva, signora del Perone, nella quale dir si pò senza mentire che le virtù morali sieno naturali: in lei è beltà più che mediocre, ingegno e prudenza sopra umana, modi angelici e desiderii santi, e non abbia io mai il cielo se in tutto il tempo che stato sono in Lione, donde essa trae sua nobil origine, viddi io mai cosa di maggior onore e maggior riverenza degna. Seguitiamo ora, poscia che posto abbiamo fine al mentovare delle illustri donne c'ha l'età nostra, a ragionare de' rari privilegi che lor dette il grande e liberale Iddio. Tutte le volte che le divine scritture lego, trovo in ogni lato apertissimi segni della feminil eccellenza. Veggio in quelle aver Iddio comandato ad Abraamo ch'ubidir volesse Sarra sua consorte in tutto ciò ch'essa gli direbe. Trovo ch'egli volesse che la sua santa resurezione fusse primieramente alle donne rivelata, come alle più fedeli, alle più amorevoli, e a quelle che più costantemente creduta l'avessero, parendogli cosa onesta ch'esse ne fussero ancora le prime consolate. Ho letto similmente negli espositori delle divine storie che quando il Signor comandò a Noe ch'egli nell'arca entrasse con la moglie, gran misterio contenersi nel ricordargli la moglie sua. Mercurio ancora Trismegisto (che viene a dir nella nostra volgar lingua tre volte massimo) conoscendo ben la virtù e alta perfezione che dalle donne ci viene, lasciò ne' suoi divini volumi scritto esser quei uomini grandimenti da schivare che moglie non avessero, certo che ogni perfezione e ogni bontà da quelle, come da puro e copioso fonte, ne deriva. E che altro in vero sono le case dove donne non abitano che spedali, porcili e stalle? ove si vedde la vera politezza salvo che in questo glorioso sesso? ove si scorge la vera leggiadria salvo che nelle femine? Volendo Paulo nell'epistola scritta alli Ebrei celebrar la fede, ricorre all'esempio di Raab, femina per altro non però molto famosa. Ma perché la maggior parte de gli uomini si accorda a dir che le femine siano di poco cuore e per conseguente avarissime, qui mi voglio un'altra volta stendere. Ditemi un poco, maligne lingue, non

furono dagli antichi dette donne perché sono al donar sì pronte? Non ho veramente tanti capelli in capo quante ho io donne conosciuto non sol altrui fare cortesissimi doni, ma con quell'animo fargli ch'altri gli riceverebbe, senza pensiero d'esserne mai ricompensate, senza intenzione d'acquistarne gloria o lode alcuna, non li facendo palesamente, come fanno oggidì li ambiziosi signori, non aspettando d'esserne richieste, ma più tosto l'altrui bisogno con la prontezza del donar prevenendo, non rinfacciando mai, né pubblicando il dono fatto perché fusse la lor liberalità dall pubblico grido ne gli orecchi di ciascun portata. Essendo adunque le donne tali, dirassi forse che senza ragione fusse dato alle virtù nome di femina e non di maschio? Conobbero e' Greci esser le femine più che gli uomini amiche dell'onore, e perciò gli dettero nome di femina e non di maschio. Potrei infinite cose addurre per testimonio della donnesca eccellenza, ma poi che vi ho alle istorie rimessi, farò qui fine, essortandovi alla lezione di quelle, ove assai meglio che nelle mie carte vedrete scolpita la grandezza loro. Vedrete ancora (se vi piacerà senza animosità giudicare) aver ciò sempre confessato i più eccellenti uomini, rendendosegli di buon cuore servitori, e come se in esse gran divinità rilucesse averle poco meno che adorate. Amiamole dunque ancora noi, diveniamoli volentieri soggetti, beffianci di queste fracide lingue c'hanno posto ogni lor diletto in lacerarle e in schernirle.

PARADOSSO XXIX. CHE ARISTOTELE FUSSE NON SOLO
UN IGNORANTE MA ANCHE LO PIÙ MALVAGIO UOMO DI
QUELLA ETÀ

Parmi già d'udir risonare di lontano e gridi: "Dalli, dalli al pazzo, al temerario, al quale non è bastato quel che insin'ora ha sì prosuntuosamente detto, che vuole ancora porsi più avanti, et mettere la bocca in cielo". Ma io non mi sbigottirò già per sì vani rumori, anzi farò come sogliono i corbacchioni de' campanili, lascerò altrui gracchiare a suo piacere, e io attenderò a' casi miei. Non posso però fare che gran pietà non abbia di chi si lascia così facilmente cattivare l'intelletto e legare il giudizio, di maniera che come si converrebbe non discorra. Ma fu sempre questo un antico errore, e credomi introdotto fusse dalla tirannia di Pitagora, il quale, non sapendo per avventura render ragione di ciò ch'egli mostrava a' suoi discepoli, voleva bastasse ch'esso detto l'avesse, senza altra ragione assegnare. O temerità insupportabile, o tirannia incredibile! Qual Fallari, o qual Dionisio avrebbe osato di por tal legge a' suoi vasalli? Troppo gran vanità nel vero è la nostra, legandoci da noi stessi. Quelli erano astretti dalla potenza e autorità del maestro ch'ebbe un ingegno tirannico, noi spontaneamente, come se l'intelletto nostro del tutto ocioso fusse, abbiamo messo il collo sotto il giogo ponendo in cathedra questo animalaccio di Aristotele, dalle sue ditterminazioni come da un oracolo dependendo, né accorgendoci ch'egli sia un buffalaccio, ignorantone, al tutto indegno di tanta riverenza e di tanto rispetto quanto gli è stato da' sciocchi avuto. Non mi pò per ancora in alcun modo cessare la maraviglia di chi dotto l'ha repputato, essendo gi errori suoi e tanti e sì manifesti. Sforzerommi di narrarne alcuni e de' più leggieri che vi sieno, che se raccontar volessi quanti ve ne sono credo che assai più agevole mi fora l'annoverar le stelle del cielo. Ditemi un poco, saggi aristotelici, tu in prima, Averrois, che gli facesti il gran commento e diceste che nell'opere di questo tuo novello Iddio non si era mai ritrovato errore alcuno: non errò egli bruttamente dicendo che lo seme dava solamente lo principio motivo al sangue mestruale, sì che egli

avesse ragion sol di opifice e non che di quello si componesse l'animale? Dimmi, bugiardo Averroè: non errò egli rendendo la ragione della similitudine c'hanno i figliuoli verso le madri? non ha egli similmente errato sì pertinacemente affermando che li testicoli inutili fossero alla generazione del seme? Dimmi, barbaro, non comise egli grave error sciogliendo la quistione perché ne rimanga il corpo effeminato segati che sieno li testicoli? Ha pur ancora errato dicendo che lo principio del spontaneo movimento e del senso fusse nel cuore, apparendo per certissime dimostrazioni esser nel cervello. Deh, come appassionato sempre ti mostrasti verso questo tuo indotto precettore. Narra Laerzio nella sua vita che egli abbi scritto quatro cento volumi; non dirò già io per ora che Laerzio ne menta, dirò ben ch'egli fusse poco accorto non avvertendo che abusando esso del favore di Alessandro sacheggiasse spesso di buone librerie, et comprasse de' libri antichi. Non gli mancavano danari, avendo a fare con quel buono uomo di Alessandro, che avea posto ogni suo piacere in donare, sì come e principi moderni pongono ogni lor diletto in rubbar l'altrui. Per quatro favole che detto gli avesse, gli avrebbe dato la metà del scettro; buon per esso che ne que' tempi venne, ch'ora non so se così facilmente gli riuscisse, di maniera veggio e signori nostri divenuti più avari che il fistolo, e più ristretti che il ghiaccio. Furacchiava poi da' libri che comprava, e di pergameno in pergameno trasportando, era di necessità che infiniti errori si commettessero, per ciò che non sapendo il bricone lettere, non si poteva di leggieri accorgere se fedelmente si trascrivessero o non. E così nacquero ne' suoi libri moltissimi falli, quasi insupportabili alle erudite orecchie. Come sarebbe che l'origine de' nervi fusse nel cuore, e che d'indi la virtù nutritiva come da fonte ne venisse. Di qui avvenne forse anche l'abagliarsi nel riferir le cause della visione; e similmente nell'annoverare le parti dell'anima, falsamente da lui facultà chiamate, con ciò sia che tutte insieme unite tal nome non possano meritamente ottenere, il che appare nel conflitto di esse e nella vettoria che dal conflitto risulta. Fece pur anche fallo degno di gran correzione nel narrare la necessità del cervello, e dicendo che il polmone per se stesso si movesse. Ma questi si potrebbero dir peccati da castigare sol con la sferza, rispetto a gli altri quai fece parlando della proporzione delli elementi, ragionando del circolo latteo,

disputando dell'arco celeste, scrivendo del numero de' corpi che riempiono luogo; e trattando nella sua Loica della dimostrazione ove biasma la dimostrazione circolare, et poi nella sua perfetta dimostrazione vuole che le premisse sieno convertibili, di modo che forza sarà o che nulla s'impari da questa tal dimostrazione o che circolare divenga. Finalmente quest'arca di scienza, quasi in ogni parte delle opere da lui fatte con matematiche dimostrazioni riprovar si potrebbe, et noi pazzarelli l'adoriamo come un idolo, e alle sue dimerminazioni come a responso di oracolo chiude ognuno la bocca. È possibile, o dotto Simon Porzio, che col tuo bellissimo ingegno non abbi penetrato mai sì avanti ch'abbi conosciuto che questo tuo tanto familiare Aristotele fusse un bue? hai tu deliberato di morire in così fatti studi? Deh, volge altrove l'animo, né consentire che il testimonio tuo gli dia più autorità di quello che sin ora dato le ha, che pur troppo è stata. Sempre (mi credo io) saremo fanciulli, mai da sì lungo sonno ci risvegliaremo, patiremo sempre che questo mostro sega pro tribunali? L'è pur gran cosa che alcun non appaia a sì dotti tempi che ne lo scacci, e facciano ravedere et della cecità nostra, e delle sue molte inezie. Scrisse il tristo nel settimo de' suoi Morali, e a Nicomaco suo figliuolo scrisse, che il farsi dar le pèsche non fusse vizio, ispezialmente se da fanciullo vi fusse avezzo (sì come vizio non era nelle femine lo congiungersi con l'uomo): e dove hai tu appreso sì malvagia e diabolica dottrina? halla tu forse appresa da Platone, il quale non fu però molto miglior da te (e gracchino pur quanto vogliono li platonici moderni)? paionti queste cose da scrivere a' figliuoli, o gentil filosofo che tu sei, o costumi dilicati? Scrive ancora questo valent'uomo della sodomia nella sua Politica, et in tal maniera ne scrive che secondo il giudizio di alcuni (più di me acuti investigatori) come cosa alle repubbliche utile l'approva, e pare indubitatamente ch'egli lodi quelli che tal cosa usano. Permette il tristo e divorzii, nega l'immortalità dell'anima, e concede la felicità nel stato presente. Scrisse tre libri Dell'anima, e tutto si occupa nel rifiutare l'altrui openioni (sì come far suole), né altro trar se ne può salvo che ella sen vien di fuori e non è cavata dalla potenza di essa materia. Dando poi una diffinizione più tosto esplicativa dell'effetto che della natura della cosa, non l'avrebbe data il più inetto sofista ch'avesse mai alcuna scuola. Scrisse

quattordici libri di Metafisica: miri chi ha intelletto che frutto ne ricolga. Va egli animosamente or questo or quello tassando per riempir il foglio, credendo forse per aver arso tanti buoni libri che li suoi furti non si avessero mai a scuoprire. Scrisse parimenti de' veneni, nella qual cosa credo fusse assai bene esperto come quello che ad altra parte posto non avesse i studi e indirizzati li pensieri suoi che a' malefizii e ad ogni sorte di ribalderie. Con veneno poi di tal qualità fatto che reggere non si potesse salvo che sopra d'una unghia cavallina avvenenò Alessandro Magno, un signor sì valoroso e liberale, dal quale era tenuto in riverenza come padre. O più d'ogn'altro ingrato, traditore, perfido e disleale, come ti dava il cuore che per opra tua morisse il tuo padrone, dal quale ti era nata tutta la reputazione? non ti soveniva allora delle molte grazie fatte a Stagira, dove nascesti, per tuo amore? non ti soveniva che, essendo un furfantello figliuolo d'un spezial fallito, ti avesse fatto sopra ogn'altro tuo pari e ricco e onorato? Et perché credete voi ch'egli comettesse sì grave eccesso? non per altro veramente salvo perché gittò dalle finestre Calistene suo discepolo. Parvi che bastante causa fusse per condurlo a sì gran fallo? Era Calistene un giovanetto greco, tutto baldanzoso, molto vago di aspetto, e da Aristotele amato più che la propria vita, col quale e giorno e notte conversava, né mai si vedevano disgiunti, di modo che per tutta Atene si diceva che più facil cosa fusse a vedere il concavo separato dal convesso che Aristotele da Calistene disgiunto. A che officio poi l'adoperasse lo voglio più tosto lasciar altrui pensare che con la penna mia manifestare. Ma non crediate già che sol verso Alessandro ingrato fusse, perciò che ingratisimo fu ancora al suo maestro Platone, della qual cosa dolendosi, disse più volte ch'egli faceva come far sogliono i pulcini, li quali dano dell'ali alla chioccia poi che da se stessi trovano che beccare. Che dico io dell'ingratitude? egli fu il più vizioso uomo ch'avesse mai secolo alcuno. Ho letto in alcuni fragmenti greci che quando costui nacque apparì nell'aria a mezzo giorno una statova d'un uomo con un libro in mano alla riversa, con la lingua cavata fuori, barbuto solamente la metà del viso, con la fronte di piombo, con gli occhi di serpente e sotto e piedi teneva un scuto dove pinto stavano sole, luna, e stelle. Corsero all'oracolo per intendere il significato della mostruosa statova, a' quali fu risposto che l'apparita statova significava il

nascimento del più scelerato uomo che mai nascesse al mondo; il libro ch'egli tiene alla riversa significa che sarà un filosofo simulato e indotto, la lingua in fuori spinta dà ad intendere l'immoderata loquacità e maledicenza ch'egli ha vera, la fronte di piombo la sfacciataggine sua dimostra; gli occhi di serpente della dannosa curiosità fanno piena fede; la poca barba rappresenta ch'egli abbi da essere effeminato e impudico; il scuto ch'ha sotto e piedi mostra lo dispregio delle cose divine. Fu cercato diligentemente dove fusse questo nuovo parto, e come piacque al reggitor del mondo mai si puòte ritrovare questo infelice. Il quale essendo poi pervenuto all'età virile, innamorossi d'una sfacciata meretrice detta per nome Ermia, e talmente se ne invaghi che prese ella un giorno ardire di porgli la sella sul dosso, cavalcarlo, straziarlo e al tutto vituperarlo. A costei finalmente fece fare ordinatamente tutti li sacrificii che far si solevano alla eleusina Cerere. Parvi che questo fusse indizio d'una mente pia, d'un animo religioso, essendo adunque delle divine cose sì gran sprezzatore? non vi pare che meriti che li nostri reverendi baccalari ad ogni parola l'abbino in bocca, d'altro non si ragioni per e chiostrì loro, né altro s'oda per e pergami allegare? Fu dimandato una volta, essendo io in Padova, a monsignor Bembo perché non andasse la quaresima alle prediche; rispose egli incontanente: "Che vi debbo io fare, poscia che mai altro non vi si ode che garrire il dottore sottile contra il dottore angelico, e poi venirsene Aristotele per terzo a terminare la quistione proposta?". Pensarono già alcuni fratocchi brodaiuoli non poter far meglio che invecchiare in tal lezione afirmando senza Aristotele non potersi intendere la Scrittura Santa, né mai aver uomo alcuno (per acuto che egli fusse) potuto intendere la materia della predestinazione congiunta col libero arbitrio. E così lasciavano il santo Vangelo, abandonavano la Bibbia per attendere a' sogni di questo babuasso. Sopraggiunse poi M. Lutero senza favore di Aristotele, senza soccorso delle formalità di Scoto, solo armato delle Scritture Sante a suo modo intese, e volse in fuga tutti quelli reverendi teologi aristotelici di Lipsia, di Lovanio e di Colonia, facendoli ravedere quanto sia gran fallo lasciar il grano per mangiare delle giande. Fu costui per l'oscurità sua detto sepia perciò che sì come la sepia sparge non so che di tintura sotto il ventre raccolta per non lasciarsi prendere da' pescatori, così

questo valente filosofo, per non lasciarsi intendere, s'è tutto involto nelle tenebre dell'ignoranza, nella quale fidandosi scrisse ad Alessandro non si pigliasse dispiacere se pubblicato avea i libri della Fisica, perciò che intendere non gli potrebbe chi dalla sua propria bocca udito non gli avesse. Credo certamente che né ancora egli l'intendesse, per esser confusi e rapezzati da vari scritti de antichi Greci. Or su, conchiudiamo tosto il fatto nostro, né consumiamo oramai più carte in parlare della poca dottrina ch'ebbe sì famoso filosofo, né de' suoi mali costumi, li quali talmente in Atene si scuopersero, che se egli non se ne fuggiva era ignominiosamente con ogni sorte de supplizii levato dal mondo. E così disperato fuggì in Calcide, dove un giorno considerando di aver perduto la reputazione qual avea per tutta Grezia, e non esser oramai più luogo dove securamente potesse abitare, essendo vicino al fiume Eurippo, trapportato dalle furie che lo guidavano, agitato dalli acuti stimoli della coscienza che per tanti malefizii lo trafigevano, lo rodevano, e lo spolpavano, gittossi nel fiume e affogossi, e così rimase il mondo smorbato di tanto lezzo, e quella brutta anima fu da' crudelissimi demonii strascinata alle dovute pene, quali fugito avea il mal composto corpo. Vadino ora e frati componendo e libri della salute sua e della teologia di Aristotele, dica pur il Trapezonzio di mente di Gregorio Nazanzeno ch'egli sia salvo, che io per me non lo posso credere. Soviemmi d'aver udito che un santo romito che stava ne' deserti di Tebaida pregasse Iddio gli mostrasse qual sant'uomo nel paradiso avesse il più onorato luogo. Compiacqueli il Signore, il quale mancare non suole a' desiderii de' suoi eletti, dil che rimase grandimenti consolato. D'indi a pochi giorni venegli disio di sapere qual fusse il più tormentato corpo nell'inferno, e fugli in visione mostrato Aristotele in abito da filosofo, il quale tre volte al giorno era spogliato ignudo e duramente battuto, poi in più parti minutamente tagliato. Della lingua se ne rapolliva le più immonde parti; gli occhi erano posti per versaglio e saettavansi con acutissime saette; de' capelli e della barba se ne faceva un strofinaccio; ma che miracolosa era questa, che in qualunque particella dal tutto divisa, era per divina volontà quel senso ch'esser soleva in tutto il corpo. Erano poi finalmente gittati que' pezzi in un'acqua bollente, et l'afflito corpo ritornava intiero et sano, e così tre volte al giorno senza mai fallire si rinnovavano

questi duri supplicii, e fino al giorno presente credo continuatamente durino. Rimase il buon romito tutto pien di stupore, e rammentandosi di avere nella sua cella non so che suoi scritti, gittolli incontanente nel fuoco. E così di buon cuore essortarei ognuno a far il simigliante, e lasciar studi sì nemici della religione e de' buoni costumi, e donde niuna sana dottrina imprender si possa. Creda adunque fermamente ognuno ch'egli fusse non solo ignorante, ma il più scelerato uomo di quella età.